



Revista
LOTERIA

Nº 216

FEBRERO, 1974

ROMULO ESCOBAR BETHANCOURT

*Conceptos
de las profesiones liberales
en la Universidad de Panamá*

El tema, naturalmente, es un poco controvertido si lo consideramos bajo el título original que se nos dio que era precisamente el impacto de las profesiones liberales sobre el desarrollo; porque el concepto mismo de profesión liberal es un concepto muy controvertido; es un concepto que tuvo gran vigencia durante la época de la Universidad clásica, de la Universidad de la edad media, donde casualmente lo que se buscaba era la creación de un humanista en el sentido integral, y a eso se debe que generalmente en las universidades en aquella época se encaminara el conocimiento a las grandes especulaciones y abstracciones en el campo de la filosofía, en el campo de la teología, en el campo del derecho y, como una variante, en el campo de la medicina. ¿Por qué?, porque los que posteriormente cons-

tituyeron verdaderas ciencias, se encontraban todavía en un período de discusión, en un período de controversias tremendas. Se explica así que problemas como la física, como la matemática, como la mecánica, la química, etc., no tuviesen todavía una categoría de profesión, e incluso algunas eran consideradas como una especie de brujería, de manera que no tenían dentro de las universidades, la categoría de la medicina, o la categoría de la filosofía, o de la teología o del derecho. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, con esas universidades al igual que con todas las otras instituciones, se cumplen dos aspectos fundamentales. Uno de ellos, el que responde a la realidad de la época que les tocó vivir, y segundo, que por el camino de la especulación pura, de la especulación abstracta, lograron produ-

cir precisamente, a los grandes humanistas que provocaron las transformaciones en el campo de la cultura, el conocimiento y la ciencia. Ese tipo de universidades después se ve profundamente afectado por el surgimiento de la tecnología y de la ciencia aplicada, por la aparición del sistema industrial, por la necesidad del hombre de convertir todas aquellas afirmaciones de carácter filosófico y de carácter teórico en conocimientos aplicados, en conocimientos prácticos, en conocimientos que le permitiesen efectivamente manejar los nuevos instrumentos que habían hecho su aparición y que necesitaban de profesionales con gran destreza técnica para manejar ese nuevo campo de la mecánica y de la tecnología que anunciaba la era industrial que estamos viviendo hasta ahora.

Eso provoca entonces una crisis o una nueva concepción dentro de las universidades. Aparecen rápidamente numerosas carreras que también se convierten en profesiones, pero empieza a suceder un fenómeno muy interesante que es la tendencia a abandonar aquella concepción de la enseñanza para el hombre integral y reemplazarla por la formación del profesional determinado hacia una carrera específica. Entonces en respuesta a la realidad del medio económico, político, social y cultural en que se desenvuelven las universidades se van transformando en universidades profesionalizadas en detrimento del humanismo. Por

otra parte, el conocimiento mismo del hombre se va ampliando en tal forma que prácticamente le es imposible adquirir una visión integral dentro de su profesión vinculándola con todos aquellos campos del conocimiento y de la cultura.

A los países enfrentados a esta situación, los países de desarrollo capitalista, de un capitalismo creciente, que adquirían paulatinamente características universales le interesó más la creación de este tipo de universidades. Los países que no caminaban al mismo ritmo de ese desarrollo industrial y capitalista y que dentro de ese concepto desigual del desarrollo que existe entre los países del mundo permanecían atrasados en cuanto a la producción de bienes mantuvieron en sus universidades el criterio de la universidad humanista clásica, de la universidad que trataba de formar más que un simple profesional a un hombre con una visión más integral de su papel en la sociedad, en el mundo y frente a la naturaleza. Nosotros tenemos ese doble fenómeno durante mucho tiempo en el campo de la cultura superior. En el caso concreto de nuestra república tenemos que reconocer que cuando se funda la Universidad de Panamá, gracias a la visión y a la actitud de nuestro recordado Rector, el Dr. Octavio Méndez Pereira, la Universidad de Panamá mantiene durante buen número de años una lucha constante por mantener o por impregnar la en-

señanza superior universitaria panameña de esa formación humanística, de esa formación integral a nuestros profesionales. Pero nosotros tampoco podemos escapar al fenómeno de todos los países que están buscando su desarrollo económico, su desarrollo social y su desarrollo político y vemos entonces cómo paulatinamente la Universidad de Panamá también va siendo dirigida hacia el profesionalismo como necesidad de poseer en nuestro país personas de gran formación profesional en un campo determinado. Estos planteamientos de carácter general son importantes, consideramos nosotros, porque es lo que nos va a permitir apreciar posteriormente, cuál es el fenómeno al que la Universidad de Panamá se está enfrentando en los actuales momentos. Por otra parte, el impacto mismo del profesional en el desarrollo nacional es una cuestión obvia. El subdesarrollo de los países está íntimamente vinculado y realmente depende en un alto porcentaje del subdesarrollo en la formación profesional de sus respectivos pueblos.

Anteriormente se concebía que el profesional era un individuo que poseyendo un conocimiento alto en comparación con el resto de la población de un país determinado, su papel consistía en moverse dentro del área propia de su profesión y producir un intercambio de servicios de él como profesional y de remuneración de parte de las

personas a quienes prestaba esos servicios. Pero eso no es cierto para los países. La actividad desplegada por el profesional en cualquier ramo profesional, en la medicina, en la arquitectura, en la ingeniería, en el derecho, etc. no solamente produce ese tipo de relación que podríamos denominar bilateral, sino que es una fuente generadora de riqueza y desarrollo económico, político y cultural para los países, porque el profesional en todas las carreras además de esa relación bilateral es constantemente un creador de posibilidades, de elevación de nivel de vida, de elevación de condiciones de salud, de elevación de conceptos que son precisamente los instrumentos que permiten a los pueblos superar sus condiciones de atraso intelectual de conocimiento y de falta de destreza como requisitos básicos para plasmar verdaderos programas de desarrollo. De manera que el impacto del profesional en la vida y en el desarrollo de un país es algo que ya a estas alturas no tiene discusión de ninguna naturaleza. Por el contrario, todos ustedes saben la especie de piratería internacional que existe por parte de los países altamente desarrollados, dirigida casualmente a llevarse hacia esos países a la mayor cantidad de profesionales posible de los países menos desarrollados, porque ellos comprenden que el dinero que pagan o con que sufragan a esos profesionales es una suma ínfima comparada con el enri-

quecimiento que significa para esos países el poseer a individuos de alta destreza tecnológica, científica o filosófica. Ese es el caso específico, por ejemplo, de América Latina en relación con los Estados Unidos, donde ustedes pueden apreciar que mientras que en América Latina la mayoría de nuestros países carecen de servicios médicos para sus poblaciones, en los Estados Unidos se dan el lujo de tener alrededor de sesenta mil médicos latinoamericanos ubicados en los Estados Unidos.

De manera que esos hechos indican que no se puede medir al profesional por medio de una cuestión simplemente económica, no se puede medir la productividad de un profesional en función de hacer cuadros comparativos entre el costo del aprendizaje de ese profesional y el papel que él desempeña dentro de la sociedad, eso no se puede medir así, repito, porque precisamente, el trabajo, el trabajo técnico, el trabajo manual y el trabajo intelectual son los instrumentos que generan realmente los otros tipos de riqueza y mientras nosotros carezcamos del suficiente número de profesionales para hacerle frente a los programas de desarrollo económico y cultural de nuestro país nos estrellaremos con esa realidad. De manera, pues, que en síntesis no hay que mirar el impacto del profesional o de las profesiones llámense liberales o no, en función solamente de lo que desempeñan esos profesio-

nales, si no hay que mirar mucho más allá, determinar qué enriquecimiento o desarrollo producen esos profesionales para el país, en función de entregar sus conocimientos y la práctica de su profesión como instrumentos generadores de riqueza y conocimiento. Creemos nosotros que este segundo punto es mucho más valioso para el análisis verdadero del papel del profesional.

Pero hay otros aspectos que es menester considerar. El profesional, el hombre formado en las universidades y la universidad misma como institución constituyen un agente de cambio, de transformación del pensamiento, del pensamiento no solamente científico, sino del pensamiento político. Esa es la razón por la que nosotros vemos que en la República de Panamá a partir de la fundación de la Universidad de Panamá, se inicia una era que no ha terminado todavía, una era donde marcha paralelamente la formación del profesional en sí con la actitud de esos estudiantes frente a los problemas de la República, frente a los problemas del mundo, frente a los problemas del conocimiento. Y, es que eso es lógico porque es imposible pensar que un estudiante pueda hacer contacto con los libros, con el conocimiento, con la ciencia, con la tecnología y que eso no produzca en él una actitud crítica frente a las realidades del ambiente en que le toca vivir. Entonces, ese estudiante, ese futuro profesional, comienza inme-

diatamente a cuestionar todo lo establecido y comienza a cuestionarlo en función de su actitud crítica y de los conocimientos adquiridos.

La República de Panamá le debe en ese sentido, a la Universidad de Panamá y a los profesionales panameños una deuda tremenda para su desarrollo político y su conformación nacional. Esa era la razón por la cual nuestras oligarquías con muy buen criterio, desde el punto de vista de sus intereses, fueron opuestas a la creación de la Universidad de Panamá. Muchas personas de las aquí presentes, más vinculadas a este período, pueden recordar las luchas tremendas que aquí se sostuvieron para la creación de la Universidad de Panamá. Después las luchas tremendas que se sostuvieron para que se respetase el concepto de autonomía dentro de esa universidad; las luchas tremendas que hubo que realizar para que tuviese sus propios edificios y sus propios laboratorios y las luchas tremendas que se han tenido que librar cada vez que en la universidad se ha tratado de introducir una nueva Facultad o una nueva carrera. Esas son realidades que no se pueden desconocer porque son las realidades que nos permiten entender el impacto de la universidad y de la formación de profesionales en el campo económico y político de nuestro país. Desde el decenio del 30 hasta ahora, la Universidad de Panamá ha jugado un papel de

gran importancia, de importancia fundamental. Tenía y tiene una característica que después se reveló ser sumamente importante para la conformación de nuestros profesionales y era la de ser una universidad eminentemente nocturna. Su carácter de universidad nocturna permitió el acceso a ella a gran cantidad de jóvenes que en otra forma no hubiesen podido realizar estudios universitarios. Muchos de nuestros ingenieros, muchos de nuestros arquitectos, muchos de nuestros abogados, muchos de nuestros profesionales formados en la Universidad de Panamá que rinden gran provecho en nuestro país fueron, precisamente, formados en una universidad eminentemente nocturna. La universidad actualmente funciona en ambas formas, pero no pierde su carácter nocturno, casualmente, porque es una de las formas de capitalizar a un sector cada vez más grande de nuestro pueblo en la enseñanza universitaria. La comprensión de este fenómeno y de los efectos saludables que ha arrojado como saldo en nuestro país pueden verse no solamente en el campo de las realizaciones materiales y en el ejercicio de las profesiones. Pueden verse también en el hecho de que el país cada vez más creciente ha ido buscando un sendero propio, un sendero aupa-do, por esos mismos profesionales desde sus épocas estudiantiles y desde su posición de profesionales.

Ahora bien, si nosotros tenemos una clara conciencia de que

el papel del profesional es fundamental y básico para el desarrollo del país y que produce un impacto en todos los campos de nuestra estructura nacional, tenemos que enfrentarnos entonces a otro tipo de problemas que se presentan en función de esa importancia de los profesionales. Hay diversos aspectos que no pueden soslayarse porque son exigencias de la realidad de nuestro país y de la realidad de la formación del mismo individuo. Una de las cuestiones más debatidas actualmente, no solamente en Panamá sino prácticamente en todos los países o en la mayoría de los países del mundo, es qué tipo de profesional hay que crear. Ustedes comprenden que esta es una discusión de nunca acabar porque sobre ello hay muchísimas teorías y hay muchas posiciones al respecto. Pero lo que sí es cierto es que hay una serie de cuestiones que independientemente de las teorías, la realidad ha demostrado que son obligantes para la verdadera formación del profesional. La primera de ellas es la de rechazar el concepto del profesional aislado. El profesional aislado prácticamente ya no juega ningún papel en el mundo contemporáneo. El profesional aislado es ya a estas alturas una entelequia. En lo que se está de acuerdo es que ese profesional tiene que estar vinculado por una parte, a otras disciplinas que aunque no sean disciplinas propias de su profesión son esenciales para el ejercicio de la

misma y por otra parte, tiene que estar vinculado a las realidades políticas y sociales del medio donde se desenvuelve.

Por ejemplo, el hecho de que ustedes hayan decidido crear esta federación de profesionales universitarios, es una forma práctica de demostrar cómo poco a poco las profesiones tienen que ir adquiriendo un carácter multidisciplinario o interdisciplinario. Ya no se puede concebir por ejemplo, en el campo de la investigación, ese tipo de investigaciones que se hacían en la Universidad aisladamente y que cuando se procedía a hacer una investigación de carácter económico, o una investigación de carácter filosófico, o una investigación de carácter histórico, se notaba inmediatamente que el enfoque era un enfoque exclusivamente hecho por hombres formados en economía, o por hombres formados en historia. Entonces un problema nacional X, que se le entregaba a un cuerpo de investigadores era una investigación que cuando terminaba traía profundos puntos de vista desde el ángulo económico, pero que desconocía otras realidades de la estructura de nuestro pueblo, de la estructura de nuestras comunidades, de la idiosincracia del panameño, de la historia de nuestro país, de las realidades internacionales de nuestro país. Eran, en suma, investigaciones deformadas, porque no lograban abarcar los distintos ángulos que se requerían para presentar un verdadero trabajo que recogiera

la investigación que necesitaba el país en un determinado hecho. ¿Qué significa eso? Eso significa que obviamente todas las profesiones —y la Universidad tiene que enfrentarse a esa situación— las profesiones y los profesionales tienen en el campo de investigación y en el campo de su formación, que ir adquiriendo una noción de trabajo multidisciplinario, de trabajo interdisciplinario, de lo contrario, nosotros proseguiremos con los esquemas tradicionales, cuya consecuencia es la de que nuestros profesionales que podrían prestar mucho más de su conocimiento y su destreza al país, a la ciencia y a la cultura en nuestra patria, se vean limitados por esa realidad de las profesiones aisladas unas de otras. Eso lo consideramos de vital importancia.

También consideramos de vital importancia el otro aspecto que hemos mencionado. Ese profesional así como no puede pretender adquirir una cultura o una formación profesional exclusiva en la rama de su profesión, tiene que enfrentarse a un conocimiento más humanístico, más amplio. Para su verdadera formación tiene que vincularse por medio del aprendizaje y del trabajo con las otras disciplinas del saber humano, tiene que vincularse a las realidades sociales y políticas de su país. Y cuando nosotros hablamos de realidades sociales y políticas de su país, estamos planteando que tiene que vincularse con los proble-

mas propios de la comunidad donde habrá de ejercer su profesión. El profesional no puede darle la espalda a las realidades socio-políticas de su patria. Cuando los profesionales asumen esa actitud, pasa como sucedía antes de 1968 que individuos que no eran profesionales, que no tenían ningún conocimiento, que eran —no todos, pero muchos de ellos— simples aventureros políticos, se daban el lujo de conducir la República por el camino que les daba la gana y se daban el lujo de implantar dentro de nuestro país las estructuras de carácter económico, de carácter político, de carácter educativo que más convenía a sus intereses por encima de los demás profesionales consagrados y por encima de la gente que tenía el conocimiento y la preparación. Entonces se producía en el profesional una especie de aversión y esa aversión la reflejaba encerrándose en su profesión, permitiendo con ello que alrededor de él y en el contexto de su país, se sucediesen estas situaciones negativas. Eso es algo muy importante que deseábamos plantear porque en este período de cinco años de gobierno revolucionario, todavía muchos profesionales cuestionan —como es lógico que lo cuestionen— el carácter revolucionario del Gobierno. Cuestionan los propósitos, o cuestionan las posiciones y las actitudes del régimen actual. Pero consideramos absurdo que el profesional actual cuestione eso encerrándose

en una torre de marfil, porque entonces le está negando a su país todo el aporte crítico y positivo que él puede realizar dentro de un proceso, que precisamente lo que está buscando es el desarrollo de nuestra República, con sus aciertos y con sus errores, pero que trata de dirigirse por ese camino.

Yo, por ejemplo, tengo muchos amigos profesionales que bajo cuerda dicen: "hombre, la verdad es que el Gobierno sí está tratando de desarrollar el país, lo que pasa es que yo no quiero que a mí me vean vinculado con los militares". Esa es una posición. Otros cuestionan y dicen: "no, lo que pasa es que esa no es una posición lo suficientemente revolucionaria y en las relaciones con los Estados Unidos nosotros debemos ser más agresivos". Es decir, son maneras de pensar, posiciones que se ofrecen, que pueden ser correctas para quienes las sostienen; pero que no son justas si cuando se adoptan, la persona se aísla, se pone a buen recaudo, sin comprometerse, sin luchar para señalar y corregir los errores que puedan cometerse. Esto acontece más en el campo de los intelectuales, no tanto en el campo de los obreros y campesinos, pues estos últimos perciben mejor la realidad porque especulan menos y la viven más. Tienen esa ventaja y por eso siempre los movimientos revolucionarios se apoyan, como ustedes lo saben, en esos sectores que son los que primero logran per-

cibir en una forma, hasta cierto punto diríamos intuitiva, la dirección de una política determinada.

Pero en el caso de los profesionales panameños, podemos decir, que grandes sectores de profesionales han constituido un gran aporte para lo poco que se ha hecho durante estos cinco años. Nosotros tenemos profesionales que han hecho trabajos verdaderamente valiosos para nuestro país. Muchos de esos trabajos ya se están plasmando en la realidad; otros trabajos se están discutiendo; otros trabajos se encuentran en período de polémica, en período de discusión. Pero a nosotros nos consta que esos profesionales los han hecho con una gran abnegación y con un gran desinterés.

Por ejemplo, en el área educativa todos estos problemas que estamos mencionando, son problemas que se han debatido intensamente durante casi dos años por intermedio de una Comisión Nacional de Reforma Educativa, dirigida a revisar la educación panameña en todos sus niveles. En el caso específico de la enseñanza universitaria, una comisión de profesionales hizo un trabajo muy completo, con mucho sacrificio, con mucha abnegación, que nosotros —como recuerdan los que son profesores de la Universidad—, distribuimos ya editado hace como un año a los profesores con el propósito de que nos hiciesen llegar sus puntos de vista sobre los distintos enfoques que se

plantean dentro de este proyecto.

De manera, pues, que en el caso de los profesionales se producen las dos situaciones: gran número de profesionales panameños que ayudan con toda honestidad al impulso que se le está tratando de dar a nuestro país, pero que ayudan también y de eso nos sentimos muy orgullosos, con mucho espíritu crítico en relación con los planes, los proyectos, los programas y las actuaciones del gobierno revolucionario que precisamente se jacta de no ser infalible, que no le da vergüenza decir que comete errores y cuando comete un error trata de rectificarlo lo más pronto posible; que es un gobierno, en fin, que como dice el General Torrijos, ustedes han tenido oportunidad de oírlo en distintas intervenciones, le gusta referirse a las cosas que están mal hechas o que no se han hecho y no a las que ya se han hecho o que están bien hechas. Dentro de este panorama de los profesionales panameños nosotros consideramos entonces un deber explicarles a ustedes cuáles son los proyectos o las perspectivas o qué es lo que se ha estado haciendo en la Universidad de Panamá en función precisamente de los profesionales y de la formación de los futuros profesionales. El primer problema de la Universidad de Panamá, como ustedes saben, es el que se refiere a una Universidad que solamente venía dictando carreras clásicas y carreras lar-

gas, mientras tanto el país por su propio desarrollo económico y técnico está demandando profesionales a nivel medio con la finalidad de hacerle frente a las necesidades reales de la industria, del comercio, de la Banca, de la agricultura, de la ganadería. Nosotros en estos dos últimos años hemos iniciado la incorporación de estas carreras intermedias en forma gradual, porque la consideramos inaplazable. Nos ha servido de guía para la incorporación de esas carreras el informe de la subcomisión de reforma educativa que dicho sea de paso presenta en un estudio más de 80 carreras intermedias como carreras posibles de ser incorporadas. Nosotros no tenemos todavía esa cantidad de carreras. Tenemos ahora mismo 14 carreras intermedias. Tenemos carreras intermedias como la técnico en dibujo con especialización en desarrollo de planos, cursos de enfermería en varios campos, profesor de enseñanza preescolar, profesor de primera enseñanza, cursos de traductor, cursos de locutor, técnico en Ingeniería con especialización en edificaciones, técnico en Ingeniería con especialización en electricidad, técnico en Ingeniería con especialización en Topografía, técnico en Ingeniería con especialización en carreteras, asistentes dentales, higienistas dentales, etc. Estas son carreras que se han ido incorporando paulatinamente. Tenemos algunos cursos especiales para formación de profesionales en las

ramas de comercio, en la rama de matemática, en la rama de ciencias, en la enfermería materno-infantil, en inglés y el programa especial de administración y supervisión escolar. Hemos logrado hasta ahora establecer un postgrado que es otro aspecto del problema; el postgrado de mecánica estructural. Este es un problema al que también tiene que enfrentarse la Universidad, el de crear sus propios postgrados, porque muchas veces los postgrados que se adquieren en el exterior, no es que sean malos postgrados, sino que son postgrados que a veces están en tan alto nivel que nos encontramos con profesionales que regresan de sus postgrados y encuentran grandes dificultades para ubicarse, para trabajar dentro de la realidad de un país pobre y de un país subdesarrollado como el nuestro. De manera que estamos ya desde el año pasado estudiando el problema de los postgrados y las maestrías en las distintas ramas de las carreras universitarias. Paralelamente, para revelarles un panorama del crecimiento de la Universidad de Panamá durante estos años, nosotros tenemos 46 carreras completas en la Universidad de Panamá. Creemos que ha sido un crecimiento verdaderamente grande. Tenemos, por ejemplo, carreras completas de Licenciado en Administración Pública, Licenciado en Administración de Negocios, Licenciado en Comercio con especialización en Contabilidad, Licenciado en Re-

laciones Internacionales, Licenciado en Economía, Licenciado en Servicio Social, Ingeniero Agrónomo, especialista en Fitoecnia, especialista en Zootecnia, Profesora de Educación para el Hogar, Licenciado en Arquitectura, Licenciado en Biología con especialización en Botánica, Licenciado en Biología con especialización en Zoología, Licenciado en Biología con especialización en Tecnología Médica, Profesor de Ciencias con especialización en Biología, Licenciado en Enfermería, Licenciado en Farmacia, Licenciado en Física, Profesor de Ciencias con especialización en Física, Licenciado en Matemáticas, Licenciado en Estadística Matemática, Profesor en Matemáticas, Licenciado en Química, Químico Industrial, Profesor de Ciencias con especialización en Química, Licenciado en Derecho y Ciencias Políticas, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización de Bibliotecología, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Educación Física, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Educación Musical, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Español, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Filosofía e Historia, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Francés, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Geografía e Historia, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Música, Licenciado en Filoso-

fía y Letras con especialización en Periodismo, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Publicidad, Licenciado en Filosofía y Letras con especialización en Relaciones Públicas, Profesor de Segunda Enseñanza, Licenciado en Psicología, Licenciado en Ingeniería Civil, Licenciado en Ingeniería Electromecánica, Licenciado en Ingeniería Industrial, Doctor en Cirugía Dental, Doctor en Medicina. Es decir, como ustedes ven, ustedes que han sido, en gran parte, egresados de esta Casa de Estudios, la Universidad de Panamá ha ido creciendo a un ritmo acelerado y las carreras profesionales lejos de mantenerse encajonadas en aquellas carreras tradicionales han ido respondiendo al proceso de cambios que vive el país, creando nuevas carreras completas, dirigidas a llenar un vacío que existía en esas ramas científicas o comerciales o industriales en nuestro país, y a la vez complementarlas con carreras intermedias que van a aumentar el próximo año lectivo, y con cursos especiales. Por ejemplo, en el próximo año, para el caso de la Facultad de Administración Pública y Comercio, y a través de un estudio que ha hecho la Dirección Colegiada de la Escuela de Comercio, nosotros estamos contemplando la creación de la Escuela de Maestría en Contabilidad y en Administración de Negocios, como Especialista en Contabilidad Bancaria, Especialista en Contabilidad de Compañías de

Seguros, Especialistas en Contabilidad de Costos, Especialista en Auditoría Tributaria, Especialista en Control Básico de la Contabilidad para Asentamientos Campesinos y Administración Rural, Administración Sindical, Cursos de Formación Acelerada de Educación Comercial, que antes lo patrocinaba el Ministerio de Educación y el Banco Interamericano de Desarrollo, proyectos de Plan de estudios de Secretariado Ejecutivo. Es decir, la idea es crear aquellas carreras que están siendo reclamadas por el desarrollo del país, en sus distintos aspectos y que la Universidad desgraciadamente no ha estado enseñando. Y creemos, además, que en esa forma se produce un mayor aprovechamiento de nuestros jóvenes estudiantes. Hemos comprobado en la práctica, que no todos los jóvenes quieren hacer carreras largas, no todos los jóvenes quieren hacer carreras de seis años ni de siete años. Muchos de ellos quieren hacer carreras de dos años, carreras de dos años y medio, carrera de tres años, y lo que nosotros estamos buscando entonces es la forma de aprovechar nuestros recursos humanos al máximo con la idea de que en esa forma se le está sirviendo realmente a la República.

En lo que se refiere a las carreras profesionales, lejos de debilitar el concepto de esas profesiones se les está ampliando o se está ampliando el número de profesiones y se les está fortaleciendo con la creación de las ca-

rreras intermedias y con la creación de las especializaciones, de las maestrías y de los postgrado. Esa es la idea general del problema. Además, la Universidad ha tomado otras medidas de gran importancia con el propósito de fortalecer las carreras y ampliar nuestra cantidad de profesionales. Por ejemplo, en la Facultad de Medicina se ha hecho una labor tremenda para permitir aumentar en el período prácticamente de menos de dos años, los estudiantes de Medicina de Primer Año. Los profesores de la Facultad de Medicina y el Decano de la Facultad de Medicina después de revisar, de discutir y de polemizar sobre distintos planes encontraron para este año lectivo una fórmula que permitió absorber a todos los estudiantes de Medicina que llenaban los requisitos para hacer su carrera de Medicina y ahora mismo nosotros, con los dos cursos de Medicina funcionando en el mismo año, tenemos una matrícula que creo que pasa de los 200 estudiantes, lo que representa un esfuerzo tremendo para una Facultad que generalmente su matrícula era relativamente pequeña. Pero, además de ello la Facultad de Medicina se ve abocada ahora a otro problema de más trascendencia y es el hecho de que hemos eliminado la premedicina como concepto. En esa forma, a partir del próximo año lectivo, la Facultad de Medicina recibirá a los estudiantes de Medicina desde el primer año. Lógicamen-

te ustedes comprenden la magnitud de la situación y todo lo que esto implica en sus distintos aspectos, en el aspecto económico, el aspecto docente, el aspecto de edificaciones, de laboratorio, etc. Esa es la razón por la que nosotros le hemos enviado a los profesores de la Facultad de Medicina, a los estudiantes de Medicina, a los estudiantes de Premedicina, a las distintas asociaciones de Médicos una nota para constituir desde este año una comisión que entre a estudiar ese problema a fondo, que examine los programas de la Facultad de Medicina, que examine la estructura de la Facultad de Medicina, que examine la economía de la Facultad de Medicina, en tal forma que podamos nosotros obtener una serie de conclusiones para poder aplicarlas dentro de la Facultad de Medicina y cumplir así con los dos objetivos que se están persiguiendo en esa Facultad: el de aumentar el número de estudiantes en función de las necesidades médicas que tiene el país y el de mantener el nivel de enseñanza que esa Facultad ha sostenido durante todos estos años. Es decir, complementar el problema de carácter académico con el aumento del estudiantado de la Facultad de Medicina. Esa reforma que, repito, fue producto de muchas sesiones y luchas dentro de los profesores de la Facultad de Medicina y que se llevó posteriormente al Consejo Académico marca un paso en la enseñanza de la Medicina en Pa-

namá, marca un nuevo paso porque nosotros ahora rompemos aquella concepción de la Facultad de Medicina cerrada y la convertimos en una Facultad abierta; una Facultad abierta para la mayor formación de médicos sin que eso signifique, disminución de su nivel académico o disminución de años en la escuela. Eso no lo quieren ni siquiera los estudiantes de Medicina, ellos lo han debatido ampliamente y consideran que sus seis años de Medicina es el mínimo para una formación verdaderamente correcta del profesional de la Medicina. En relación con la formación del profesional vinculado con una política interdisciplinaria por una parte y con las realidades del país, por la otra, la Universidad también durante estos años ha elaborado una serie de programas que se han realizado, se están realizando y algunos de ellos van a comenzar a realizarse pronto. Por ejemplo, se comenzó con una serie de giras interdisciplinarias en las cuales los equipos de estudiantes y profesores universitarios de las distintas disciplinas acudieron a distintas regiones del país y prestaron un gran servicio a esas comunidades. Ese fue uno de los primeros pasos de los estudiantes, profesores de Medicina, Odontología, Tecnología Médica, Farmacia, es decir, los relacionados más directamente con la salud del pueblo. Las trabajadoras sociales hicieron una magnífica labor en el Barú, en Tolé, en Sajalices, en Aspavé,

en los pueblos del Lago Gatún, en Cerro Tigre, en Nuevo Guararé, en Chapala, es decir, muchos lugares; pero además de eso, la Facultad de Odontología tiene ya programas casi de carácter permanente en comunidades diversas del país. La Facultad de Medicina anunció hace poco, por intermedio de su Decano, la realización del desarrollo de un programa de medicina comunitaria en el área de Sabanita, en Colón, a través de una donación que hizo la fundación Kellog, precisamente para este tipo de programa. A ese trabajo de medicina comunitaria se van a integrar nuestros estudiantes de Medicina con todo ese equipo que está haciendo un trabajo en Colón en cuestiones de salud y que dirige el Dr. Spadafora. Es decir, son actividades que poco a poco van logrando la incorporación del futuro profesional a las realidades de su pueblo por intermedio de sus disciplinas, por intermedio de la enseñanza que está recibiendo. Se ha creado en la Universidad la Dirección de Asuntos Comunes que precisamente trabaja y coordina muchos de estos programas. Se instaló además la Televisión Universitaria, circuito cerrado, con el propósito de incrementar, por el sistema de televisión, la enseñanza de una serie de materias o asignaturas. Se ha creado en la Universidad la Dirección de Asuntos Estudiantiles como vehículo, como instrumento para conectar al estudiante con la realidad de su Universidad y pa-

ra que participe activamente en la solución de los problemas de la comunidad. Se han creado los consultorios populares, en los cuales los estudiantes de Derecho, por ejemplo, y las trabajadoras sociales y enfermeras prestan servicios a las comunidades. Hasta ahora hemos logrado crear dos, uno en el Chorrillo, otro en Parque Lefevre. Y por último se ha creado algo que ha sido algo muy controvertido, el concepto y el funcionamiento de la Universidad Popular. La Universidad Popular cuando la planteamos no tuvo precisamente una gran simpatía en algunos sectores. Nosotros creemos que eso se debió más que todo a un desconocimiento de lo que realmente significa la Universidad Popular. Algunos profesionales tenían la impresión que al crearse la Universidad Popular lo que iba a producirse era un fenómeno de tipo académico. Es decir, que mientras que la Universidad en su forma tradicional exige una serie de requisitos básicos para hacer las carreras y entrega diplomas en función de determinado número de créditos, la Universidad Popular, sin llenar esos requisitos y cumplir con esos créditos, iba a entregar también títulos que fuesen a constituir una especie de competencia con el profesional formado a través de la Universidad en la forma como funciona. Nosotros hemos aclarado que eso no es así, que en ningún momento esa ha sido la idea porque se le estaría haciendo un tremendo

daño al país si esa fuese la idea. Con la Universidad Popular lo que se persigue es la utilización al máximo de nuestros profesionales en toda la República. ¿En qué forma? Nosotros tenemos en nuestro país, en todas las provincias, profesionales de todo orden, tenemos educadores, tenemos médicos, tenemos abogados, ingenieros, arquitectos, ingenieros agrónomos, enfermeras, etc. ¿Qué sucede? En cada provincia tenemos una población cuyo nivel de formación profesional, de destreza técnica y de conocimiento es relativamente bajo en comparación a las necesidades que el país está requiriendo para su desarrollo más acelerado. Entonces, allí surge el concepto de la Universidad Popular, pues ella no es otra cosa que el instrumento por medio del cual esos profesionales de las distintas disciplinas ofrecerán sus conocimientos y experiencias a esos sectores que tienen menos conocimientos de manera que eleve su formación profesional lo cual se va a traducir en un mejoramiento para las actividades que ya esos sectores están realizando. En síntesis, la Universidad Popular no es otra cosa que un medio para que aquel que sabe más le enseñe al que sabe menos. Nosotros creemos que la experiencia hasta ahora, porque la tenemos funcionando solamente en la Provincia de Colón, ha sido exitosa. Los profesionales dicho, sea de paso, que participan en esa labor lo hacen en forma gratuita. Ellos prestan

su concurso en forma completamente gratuita, aquí hay varios que han ido a seminarios dictados en la Universidad Popular. En Coclé, en el tiempo que tiene de estar funcionando la Universidad Popular, comenzamos con un curso de capacitación para los miembros del Poder Judicial y del Ministerio Público. Varios funcionarios del Órgano Judicial y del Ministerio Público y Abogados de aquella provincia dictaron un seminario dirigido a mejorar la formación profesional de los personeros, de los jueces municipales, de los jueces de circuito y de los funcionarios dedicados a administrar justicia o a investigar los delitos en este lugar. ¿Por qué? Porque en la rama del Derecho se produce el mismo fenómeno que se produce en una serie de profesiones que en ciertas áreas, ya sea por los bajos salarios que se paga, ya sea por las condiciones mismas del lugar, el profesional calificado, el profesional ya formado, no acepta determinado tipo de posición. Pero como esas posiciones tienen que ser servidas de todas maneras, muchas veces se designa en esa posición a personas que no han adquirido una formación profesional completa. Estas personas son, hasta cierto punto, trabajadores empíricos que en la práctica están administrando justicia, están investigando los delitos, están conociendo de la libertad y de los bienes de las personas por medio de fallos y de sentencias judiciales. Entonces, la Universidad Popular

¿qué es lo que hace? Trata por medio de estos seminarios y estos cursos de capacitación de elevar el nivel de conocimientos jurídicos de estos funcionarios. El ensayo nos ha dado muy buen resultado, pues se ha traducido en una mejor administración de justicia, porque en la medida que el individuo tenga mejor noción de lo que es el concepto de justicia, del derecho, de las libertades del individuo, del concepto de los bienes, del concepto de los delitos, en esa misma medida ese individuo, que se encuentra en la posición de administrar justicia, está en mejores condiciones de hacerlo con más equidad y con mejor conocimiento. Además de éste se han dictado allí en la Universidad Popular de Coclé cursos de capacitación para los miembros de los Asentamientos Campesinos, yuntas agrarias de Río Hato Sur. ¿Cuál es la importancia de estos cursos de capacitación? Eso es obvio. Nosotros, por ejemplo, en los primeros meses de la Revolución una de las primeras cosas que se contempló fue el problema de la reforma agraria. Ustedes saben que en América Latina se han buscado mil caminos distintos para realizar las reformas agrarias. En algunos países, por ejemplo, se han hecho expropiaciones de grandes fincas y posteriormente, esas fincas dejaron de producir. En otros se procedió a la repartición de las grandes propiedades y entonces se cayó del latifundio en el minifundio e in-

cluso en la práctica después todos esos minifundistas volvían a vender sus pequeñas propiedades y se formaban nuevamente las grandes estructuras agrícolas. Es decir, no ha habido en América Latina un patrón respecto al *modus operandi* más efectivo para lograr una reforma agraria verdaderamente positiva y fructífera. Lo que sí hay por ejemplo en todos los países de América Latina es la convicción de que se necesita hacer una reforma agraria. Entonces, nosotros tuvimos una serie de experiencias muy interesantes con la creación de los asentamientos campesinos. Han sido experiencias interesantes y que han perdurado y nos han ayudado a reflexionar y a tomar medidas más cónsonas con nuestra realidad nacional. Hemos notado que mientras no se supere el campesino, el asentamiento no se podrá convertir en una verdadera estructura de progreso. Por eso es necesario mejorar la capacidad y la destreza de los campesinos que viven en el asentamiento. Si ese campesino no domina las cuestiones relacionadas con la producción agrícola, con el mercadeo, con la cuestión pecuaria, ese campesino por más que se le proporcionen instrumentos o se le proporcionen semillas no reflejará un progreso real del asentamiento. Usted lleva una maquinaria y no capacita a los mismos campesinos del asentamiento para el manejo de la maquinaria y el mantenimiento de esa maquinaria, cuando

usted regresa ocho meses después, resulta que la maquinaria está tirada a un lado, ese dinero se ha perdido y no se ha desarrollado el asentamiento. Eso significa que hay que entrar realmente al problema básico dentro de los asentamientos campesinos cual es la capacitación y la formación del campesino que vive en el asentamiento. Nosotros en el caso de Coclé, por ejemplo, hemos dictado este curso de capacitación para los miembros de los asentamientos. Allí fueron agrónomos de la Universidad, fueron técnicos del Ministerio de Desarrollo Agropecuario, porque nosotros, les repito, utilizamos a todos los profesionales, no tienen que ser necesariamente profesores de la Universidad, todos los profesionales que quieren participar en esto los designamos profesores *ad honorem* de la Universidad Popular y ellos trabajan allí voluntariamente. Es un sacrificio realmente el que ellos hacen porque entregan parte de su tiempo para la enseñanza de sus compatriotas. Hemos dictado cursos de capacitación sindical para obreros en Natá y Aguadulce; cursos de perfeccionamiento para directores y supervisores de escuela primaria en servicio. Se está dictando el curso de Relaciones de Panamá con los Estados Unidos que es un curso que lógicamente hay que dictarlo en toda la República y un cursillo de Gerente para el Desarrollo.

Acabamos de inaugurar el curso de Hotelería y afines. Se

han dictado conferencias sobre los Recursos Minerales en la Provincia de Coclé, la Cartografía en función de Desarrollo en Coclé; Programa de Salud Comunitaria en Coclé; Información General del Derecho Procesal y Legal; Aspectos Legales sobre la Tenencia de la Tierra en Coclé. Se han efectuado actividades culturales que han estado a cargo del Frente de la Cultura, la Estudiantina Universitaria, la Exposición de Artes Plásticas de Penonomé, todo esto bajo la dirección del Departamento de Expresiones Artísticas de la Universidad que es otro de los organismos creados en la Universidad después de su reapertura y que nos sirve como guía de proyección cultural y artística a las distintas regiones del país.

Como creo que esta conferencia está resultando un poquito larga sólo quería hacerles hincapié en lo que estamos haciendo, mostrarles el panorama de estas proyecciones que se están poniendo en práctica en la Universidad. Ahora mismo tenemos ya en la Universidad una suma de estudiantes que sobrepasa los veinte mil, el año próximo va a ser alrededor de veinticuatro, veinticinco mil. Hemos incrementado e intensificado la enseñanza en los Centros Regionales como política de descentralización con dos propósitos: descongestionar la ciudad universitaria en Panamá y fortalecer los Centros Regionales para que vayan adquiriendo, si es posible, verdadera categoría de universi-

dades de provincias. En esa forma en esos centros se podrán dictar carreras completas tales como se dictan aquí en la ciudad de Panamá, con la misma calidad y en las mismas condiciones de eficiencia. Este es un objetivo a largo plazo, pero por ahora nosotros estamos fortaleciendo esos centros, estamos construyendo los edificios del Centro Regional de Chiriquí y del Centro Regional de Santiago. La Facultad de Agronomía se va a trasladar a Chiriquí en breve. En el aspecto docente, por ejemplo, en el caso de Chiriquí donde únicamente se había prohibido la carrera de Pedagogía teniendo los estudiantes que realizar el resto de sus carreras aquí en la Universidad, ahora se han incorporado, desde hace dos años para acá, una serie de carreras a tal punto que ahora mismo en el Centro Regional en Chiriquí nosotros tenemos la carrera de Pedagogía que es la carrera clásica pero tenemos el profesorado de primaria, por ejemplo, el profesorado de ciencias, el profesorado de química, el profesorado de Biología, el profesorado de inglés, el profesorado de matemáticas. Tenemos también comercio, economía, administración pública, servicio social, enfermería, agronomía, cursos de bibliotecología, curso de periodismo, topografía, ingeniería en el campo de las edificaciones y Educación para el Hogar y Farmacia. Es decir, ustedes ven es un cambio radical al concepto que se tenía de los

centros regionales: descentralizar la Universidad de Panamá y lograr que la enseñanza superior se vaya diseminando por las distintas provincias. Claro que esa no es una cuestión que se pueda hacer de golpe, ni es una cuestión que se pueda hacer en un

solo año. Pero hemos comenzado en Chiriquí y seguiremos haciéndolo en los otros Centros Regionales Universitarios del país. Yo quiero terminar en esta forma a menos que alguno de ustedes quiera preguntar algo.

Ricardo J. Alfaro

REMEMBRANZAS

Este trabajo es una transcripción de una entrevista realizada en enero de 1971, al Dr. Ricardo J. Alfaro. Por razones obvias, las preguntas han sido omitidas. En algunas ocasiones nos hemos visto obligados a realizar algunas correcciones, cuando la grabación no permitió comprender claramente la palabra adecuada. Estos cambios se hicieron conjuntamente con Don Rogelio Alfaro.

Fue nuestra intención que Don Ricardo nos hiciese únicamente recuerdos de su infancia, particularmente de la ciudad de Panamá durante el siglo XIX, como él mismo advierte en la entrevista, *Yo tenía veintiún años al nacer la república.*

Este ensayo autobiográfico ha de ser sin duda de inapreciable utilidad para quienes en el futuro intenten la tarea de una biografía de Ricardo J. Alfaro.

La transcripción de este trabajo ha sido una paciente y cuidadosa tarea de la señorita Laura Kaled.

Agradecemos la cooperación del Lcdo. Juan Antonio Tack, Ministro de Relaciones Exteriores, en permitirnos utilizar los servicios de una unidad de esta dependencia, sin la cual no hubiese sido posible el trabajo de mecanografía.

J. CONTE-PORRAS

Mi nombre es RICARDO JOAQUIN ALFARO. Soy hijo de Luis Ramón ALFARO, muerto hace muchos años, cuando yo era apenas un niño que no había cumplido los 10 años.

El nombre de mi madre era Hortencia JOVANE.

Mi abuelo paterno fue el Prócer de la Independencia de Colombia, Teniente Coronel José ALFARO, originario de Venezuela, de donde él vino en el curso de sus campañas a dar a Panamá en compañía de las

fuerzas que vinieron aquí al mando del General Tomás HERRERA. Mi abuelo era originario de Venezuela; él se alistó en el ejército patriota siendo todavía muy joven, hizo todas las campañas de Venezuela y Cundinamarca y vino a Panamá en 1831, en las fuerzas que trajo el General HERRERA para dominar la dictadura de ALZURU. Aquí en Panamá, contrajo matrimonio y de su matrimonio nacieron dos hijos que fueron mi padre y mi tío Vicente ALFARO.

* Con la publicación de esta autobiografía y el artículo siguiente del Dr. Ricardo J. Alfaro, la revista Lotería quiere rendir homenaje a esta gran figura nacional, este mes de febrero que se cumple un aniversario más de su desaparición.

En Caracas tuve el placer de conocer a la madre de los notables hombres públicos de apellido GUTIERREZ ALFARO, hijos de Doña Laura ALFARO de GUTIERREZ, casada con Jacinto GUTIERREZ, el célebre autor de una pieza popular en Venezuela, que algunos la llaman "el himno popular" y es un joropo que tiene por título "Alma Llanera". Esta familia ALFARO es pariente lejano: tenemos la misma ascendencia. Con el General Eloy ALFARO tenemos también un parentesco lejano, pero que yo creo que se remonta a España, la región donde se encuentra la ciudad de Cervera de Galán; pero no podría decir exactamente en qué grado de parentesco nos encontramos. Sin embargo, mi amistad estrecha con don Eloy ha sido tal, que todos los hijos que quedaron de él nos llaman a mi señora y a mí "tíos", aunque en realidad no tenemos nuestra consanguinidad suficientemente comprobada.

La familia de mi madre es de origen francés. El apellido JOVANE, según todos los datos que hemos podido conseguir, se escribía en francés JOVANET, pero se pronunciaba sin la "t" final; de modo que cuando vino aquí el primer JOVANET en los tiempos de la colonia, él decía que su nombre era JOVANET (pronunciado sin la "t" final) y ese JOVANET se transformó, poco a poco, en JOVANE (pro-

nunciado con la "J" como "Y"*) y al fin quedó convertido en JOVANE, con J y sin "t" final.

La familia JOVANE se avendó principalmente en la Provincia de Chiriquí y de allí proceden todas las diferentes ramas de esa familia.

La fecha de mi nacimiento fue el 20 de agosto de 1882 y un recuerdo que ha quedado muy vivo en la familia es el gran terremoto de aquel año, que ocurrió el 15 de septiembre; es decir, unos 25 días después de mi nacimiento.

El recuerdo más vivo que tengo de mi padre era de las historias que él me contaba de las campañas de mi abuelo, es decir el padre de él, que adquirió por sus méritos militares el título de Miembro de la Orden de Los Libertadores de Venezuela y Cundinamarca. Y le oí decir también a mi padre que en la casa tenían la lanza con que él peleó en los regimientos de caballería hasta que feneció; y también muchos otros de sus recuerdos militares. Todavía conservo un álbum donde se encuentran algunos de los despachos originales de mi abuelo y también algunas de sus condecoraciones, entre ellas una magnífica miniatura del Libertador Bolívar, montada con piedras del Rhin, alrededor de la miniatura; y también una medalla de oro de la Orden del Libertador que fue

* Los paréntesis son de la transcriptora.

fundada, como se sabe, por el Libertador Bolívar, en Lima, para conmemorar la Batalla de Ayacucho. La Orden esa, que después se apropió Venezuela con el nombre de Orden del Busto del Libertador, más tarde Orden del Libertador, acuñó su primera medalla en Lima. Yo tengo esa que dejó mi padre, que perteneció a mi abuelo, con la cinta muy curiosa: era una cinta tricolor, con los colores verde, blanco y rojo. Y esa cinta no está tejida por completo y teñida con los tres colores, sino está tejida por separado cada uno de los tres colores y después unidos. Se ve como que fue trabajo de los indios del Perú.

A este respecto es tal vez de interés recordar que la Orden del Libertador ha venido estando en la familia desde mi abuelo para acá, porque la tuvo mi abuelo, la tuvo mi hermano Horacio y la tengo yo.

Otro recuerdo vivo que tengo de mi padre era el de las horas que pasaba sobre una mesa, haciendo el famoso cuadro del Acta de la Independencia de Panamá, en el año 1821; y recuerdo también que, estando yo muy chiquito —muy chiquito— me mandaba al almacén de Don Nicolás Remón, que quedaba en la casa de las Barrios, en la esquina de la Calle 6a. con el Parque de la Catedral, donde tenía don Nicolás Remón su almacén de artículos de escritorio; y allí me mandaba él a comprarle los lápices especiales que usaba para su

trabajo. Me parece estarlo viendo, inclinado sobre un gran pliego de papel de dibujo, haciendo su gran obra de caligrafía, lleno de diferentes lápices, diferentes tiralíneas, compases y todo, para poder llevar a cabo la obra de ornamentación de esa Acta de Independencia, que es realmente una obra de caligrafía de gran calidad artística.

Mi madre quedó viuda muy joven y con mucho trabajo logró educar a sus hijos. Murió a una edad avanzada, en casa de mi hermana Beatriz, en la Calle 45 del Barrio de Bella Vista, donde pasó los últimos años de su vida. Pero antes de venirse a vivir con mi hermana Beatriz —la consecuencia del viaje mío a Estados Unidos, como Ministro de Panamá, en el año 1922— hasta aquellos años, ella estuvo viviendo en la casa de su propiedad, que queda en la esquina de la Avenida Norte o Avenida 3a., como se llama hoy, y la que es Calle 9a. Esta casa quedaba enfrente de lo que se llamaba siempre PLAZUELA DE ALFARO, hasta la época de la independencia. Después de la independencia, se le cambió el nombre; tuvo varios nombres diferentes y, por último, dejó de ser plazuela para quedar convertida en calle, como se llama hoy, Calle 9a.

Mis primeras letras las aprendí en una escuelita de las que se acostumbraban entonces, con una señora llamada Doña Mercedes URRIOLA, que vivía en la

casa de Doña Manuelita FERAUD de ARIAS, en el mismo terreno que ocupa hoy el National City Bank. En esa vieja casa de Doña Manuelita FERAUD estaba la escuelita de Doña Mercedes URRIOLO, donde los niños aprendíamos a leer con el viejo y conocido sistema del “Cristo, a - b - c”, etc. y naturalmente por métodos muy rutinarios.

De esta escuelita pasé —ya algo más crecidity sabiendo leer, o como se decía antes, “decorar”— a la Escuela de las Hermanas de San Vicente de Paúl, en la esquina de la Calle 3a., en la Avenida B; es decir, en la parte delantera del antiguo Templo de San Felipe Neri, que construyeron para que fuera especialmente esa escuela. En esa escuelita de las Hermanas pasé probablemente 2 años, si no fueron 3, y luego pasé a la escuela que fundó la Señorita Marina UCROS que, al tiempo de su fundación, era escuela para niñitos y para niñas. Allí estuve hasta pasar al Colegio de los Escolapios, ya a hacer estudios de Bachillerato.

En el Colegio de los Escolapios —acerca del cual escribí en una ocasión un artículo que se encuentra publicado en la Revista LOTERIA, si mal no recuerdo en el número de marzo del año 1962 (un artículo sobre lo que era aquel magnífico colegio y su profesorado, y pude conseguir una lista de los que fueron alumnos de ese colegio, lista que es muy interesante por-

que allí se ven los nombres de muchas personas que después tuvieron gran figuración en la vida de la República)— en este Colegio de los Escolapios estuve hasta el año 98, en que fui a estudiar a la Universidad de Cartagena. Mi intención era la de graduarme como Bachiller en Cartagena y seguir después a Bogotá a estudiar Medicina.

Me interesaba mucho la medicina en aquella época; pero en el año 99 estalló la Revolución de los Mil Días y, por esa razón, se interrumpieron mis estudios. No pude obtener el Diploma regular de Bachiller porque la Universidad se cerró y dejó de funcionar; pero obtuve un Certificado de los estudios que había cumplido y que, en realidad, vino a comprender todos los estudios de bachillerato.

Ya después de esa época, me vine a Panamá, comencé a trabajar y mi vida se fue desarrollando en distinta manera a como venía antes.

El primer trabajo con que yo gané dinero mío, fue el de un empleo que se llamaba, en el Muelle de La Boca de la Compañía del Ferrocarril, “exception clerk”; es decir, anotador de excepciones. Yo debía anotar todo aquello que resultaba irregular o excepcional en la carga que desembarcaban los buques en el antiguo Muelle de Balboa.

Creo que lo que me pagaban era algo así como 2.50 pesos

plata, diarios, y estuve allí hasta el año 1901, probablemente, en que el Doctor Ramón VALDES, quien siempre me demostró mucho aprecio y mucho cariño, que yo no puedo olvidar, me llamó para que fuera a desempeñar el cargo de escribiente en la Secretaría de Inspección Pública de la antigua Gobernación del Departamento. Y allí estuve algún tiempo, hasta que después pasé a la Secretaría de Gobierno. En la Secretaría de Gobierno me encontraba yo cuando estalló el 3 de noviembre. Ese fue el mismo año en que yo cumplí los 21; de manera que yo llegué a la mayoría de edad el mismo año en que nació la República.

Los años de mi infancia pasaron tranquilamente, ocupado, en lo principal, con los estudios de las diferentes escuelas que frecuenté. Pero naturalmente, como muchacho que era, tomaba parte en los juegos de todos los que nos reuníamos en la antigua Plazuela de Alfaro, para llevar a cabo los juegos.

Recuerdo que los juegos tenían sus diferentes épocas. Primero venía, por ejemplo, el juego de la rayuela, el juego de los trompos, el juego de las bolas, el juego de los bolos, las carreras en caballo de palo; luego, ciertos juegos de correr y esconderse, perseguirse y tal, como uno que llamaba. "compañerito pie-pie" y otros por el estilo. En ocasiones, los juegos terminaban en pequeñas riñas entre los que tenían pretensiones adversas, principalmente cuando se trata-

ba de juegos entre diferentes equipos. Esto ocurría más frecuentemente en el juego de base ball, al cual éramos muy aficionados los muchachos de la época.

El base ball se introdujo aquí poco después del año 90. En Panamá había un club que se llamaba Club Atlético de Panamá, pero tenía el nombre en inglés: Panama Athletic Club. En ese Club era figura prominente un primo hermano mío llamado Darío, muerto ya hace muchos años, quien era el gran pitcher del Panama Athletic. Recuerdo en ese Club a Carlos MULLER, que era el catcher; a un curazaleño que vino aquí y que se codeaba mucho con los jóvenes de aquella época y a quien llamaban "Chombo Holmes", sin ser "chombo" ni nada parecido.

No recuerdo por el momento más nombres de aquel Club Atlético de Panamá, pero lo que sí recuerdo es que se jugaba contra un club que habían formado los conductores y maquinistas del Ferrocarril de Panamá; eran todos americanos, con excepción del señor Rubén ARCIA, que era el pitcher de este club de los americanos, que le llamaban el Panama Rail Road Athletic Club, y este Rubén Arcia, más tarde Gobernador de Colón y figura muy prominente en nuestra política, tenía un modo peculiarísimo de arrojar la bola: hacía un movimiento con los pies, que elevaba más arriba de la cabeza antes de lanzar la bola, y por esa razón los mucha-

chos le pusieron por sobre-
nombre "Culebra". De mi primo
Darío tengo el recuerdo muy vi-
vo de que cuando él iba al bate,
los muchachos comenzaban a
gritarle: "palo de mango, palo
de mango"... Eso se debía a que
él era muy buen bateador y
cuando le daba a la bola, iba a
dar a un palo de mango que
quedaba lejisimo, fuera del dia-
mante de base ball; de manera
que con un hit de mi primo Da-
río, era carrera entera segura de
él y de todos los que estuvieran
en base.

Después de ese Panama
Athletic Club, en las generacio-
nes subsiguientes, vinieron otros
que se distinguieron mucho en
el deporte del base ball, como
por ejemplo Lencho AROSEME-
NA, su hermano mayor, Carlos
CONSTANTINO; más tarde, un
Club en que figuró Neco
GUARDIA, como un magnífico
short-stop, y luego diferentes
clubes que se formaron en dife-
rentes grupos sociales y en que
llegaron a destacarse algunos ju-
gadores muy buenos, como por
ejemplo Don Domingo DIAZ
AROSEMENA, quien en su ju-
ventud fue un pitcher formi-
dable.

Yo recuerdo mucho una oca-
sión en que desembarcó aquí un
club marino de un buque de
guerra, que dicen que era un
magnífico club norteamericano.
Vino a jugar a Panamá contra el
Panama Athletic Club en que el
pitcher era Domingo Díaz y los
panameños derrotaron a los nor-
teamericanos. Y recuerdo haber

leído en La Estrella de aquél
tiempo: "Este triunfo nuestro se
debió al soberbio trabajo de pit-
cher que hizo hoy el distinguido
joven Domingo Díaz Aroseme-
na".

Tengo de mi infancia recuer-
dos de Taboga porque, en la
época en que estudiaba yo en el
Colegio de los Escolapios, re-
cuerdo que me dieron unas fie-
bres palúdicas muy tenaces, y le
indicaron a mi madre que lo
mejor era que me llevara a Ta-
boga a pasarme allá algún tiem-
po, y que siguiera tomando me-
dicinas, entre ellas, quinina en
grandes cantidades y una especí-
fica, que estuvo muy en boga,
que llamaban "cholagogo". La
cuestión es que estuve en Tabo-
ga y nos hospedamos en casa de
mi querida y bien recordada tía
Doña Virginia AROSEMENA
DE PANIZA, que venía siendo
prima hermana de mi madre y a
quien queríamos mucho porque
era un ángel de buena; la perso-
na más dulce, más simpática y
más afectuosa que yo he conoci-
do.

Allí en Taboga, en casa de mi
tía Virginia, pasamos una tem-
porada hasta que, aparentemen-
te, me compuse de las fiebres
palúdicas y regresé a Panamá a
continuar mis estudios. Después
he ido a Taboga con alguna fre-
cuencia, pero no en los últimos
tiempos. Creo que el último año
de haber ido a Taboga fue en el
año 47, en la época en que es-
taba yo en el Gabinete de Don
Enrique JIMENEZ.

Los recuerdos que yo tengo del Panamá que conocí en mi infancia son tantos, que no sé por dónde comenzar para referirme a ellos. Tal vez lo primero que pueda decir al comparar aquel Panamá que conocí de niño con el que existe hoy, es que Panamá era poco menos que una aldea; pero existía en Panamá, a pesar de su escasa población y de no ser un Estado rico ni de ser el Departamento de Panamá un departamento que pudiera llamarse rico, sí había en Panamá cierta cultura general, ciertas condiciones de vida que la hacían respetable. Y dentro de las deficiencias de nuestras construcciones y de nuestras calles, todavía quedaba algo del Panamá que fuera tan ilustre y que tuvo tanta importancia en la época de la colonia. Por ejemplo, no había viajero que pasara por Panamá, después de construida nuestra Catedral, que no la admirara profundamente, que realmente el Templo de La Catedral tiene cosas muy notables: sus columnas, sus cinco naves, las torres recubiertas en la cúspide de conchas madreperlas, que la hacen brillar en el sol y que todavía se conservan, a pesar del tiempo transcurrido. Todo aquello llamaba mucho la atención de los viajeros, como por ejemplo, uno que escribía con el nombre de "Oran", que estuvo aquí en el año 59. En el año 59, Panamá apenas comenzaba a recobrase de su decadencia anterior, porque ya en el 55 —4 años antes— se había inaugurado

el Ferrocarril de Panamá y ya comenzaba a haber trabajo y actividad y a correr más dinero en Panamá. Pero, con todo, el Panamá del año 59 tenía que ser un Panamá muy atrasado, a lo menos en lo material. Pues este viajero americano, que estuvo en aquella época entre nosotros, acompañado de un notabilísimo dibujante llamado Parsons —y él escribía, por un lado, y el dibujante, por el otro, hacía dibujos muy notables de lo que veía en Panamá— este hombre, sin duda, tenía un sentimiento poético muy marcado. La cuestión es que en aquel Panamá pobre de 1859, él encontró elementos de belleza y de interés que hicieron de la narración de su viaje a Panamá uno de los documentos de viaje más interesantes que yo he visto. Tan interesante lo encontré que, en el año 1949 hice la traducción del artículo de "Oran" que salió publicado en el "HARPER'S WEEKLY", de los Estados Unidos y aquí se publicó aquel artículo en LA ESTRELLA y después en la Revista LOTERIA.

La publicación en La Estrella se debió a que cuando estuvo aquí Oran trabó amistad con el fundador de La Estrella, don Archibaldo BOYD, que fue el fundador de la Familia BOYD en Panamá, padre de don Federico BOYD, Prócer de la Independencia, y de su hermano, don Archibaldo y don Samuel.

Ese Panamá que describe Oran de una manera tan simpática para nosotros, fue, en gran

parte, el Panamá que yo todavía conocí.

Recuerdo cuando la Plaza de la Catedral no tenía la verja que tuvo después. Era una plaza abierta que no tenía el aspecto de parque que adquirió más tarde.

Era costumbre de los muchos reunirnos en el atrio de La Catedral —que llamábamos nosotros impropiamente “altozano”, el altozano de La Catedral—; allí íbamos a hacer juegos y a sentarnos a conversar, entre ellos mi primo segundo José Antonio SOSA, hijo del gran ingeniero que le ha dado tanto lustre a Panamá, Don Pedro J. SOSA, que era casado con una tía mía, de apellido Jované, prima segunda de mi madre.

Acerca de las diversiones públicas, en la época en que yo era un niño, recuerdo mucho los carnavales porque se reducían, casi en su mayor parte, al uso del agua y el añil para mojar y pintar a las personas y, ocasionalmente, a algunos bailes de sociedad; pero, más que todo, bailes populares de tamborito, en los diferentes lugares donde se establecían en pequeños parques.

Los carnavales propiamente se celebraban con disfraces en el mes de noviembre, cuando venían los días de las fiestas conmemorativas del 28 de noviembre, de la Independencia de España. En los días anteriores a la fecha del 28 de noviembre, apa-

recía en todas las esquinas grandes cartelones, con tipos de gran tamaño, y se leía más o menos lo siguiente: “CARRERAS, TOROS Y DISFRACES SERAN PERMITIDOS EN LOS DIAS 28, 29, 30 DE NOVIEMBRE Y 1º DE DICIEMBRE”. De manera que el elemento de los disfraces, que era un elemento de carnaval, no se veía en los carnavales sino en las fiestas del 28 de noviembre.

Las carreras eran carreras de caballos que jockeys improvisados llevaban a cabo desde la Plaza de Herrera, que se llamaba en aquella época la Plaza del Triunfo, hasta el comienzo de Las Bóvedas; es decir, a todo lo largo de la Avenida A.

Recuerdo que uno de los grandes corredores de caballos era Don Antonio LINARES, hermano de Rolando LINARES y del que fue Prócer de la Independencia, Don Enrique LINARES. Montaban caballos cualquiera —no eran caballos finos, de carrera—; en fin, corrían en esos caballos y ganaba la carrera el que primero llegaba a Las Bóvedas.

Los toros se celebraban en un cerco que se formaba en la misma Plaza del Triunfo, donde toreaban los toreros a toreadores pacoreños, como los llamaban entonces. Estos pacoreños toreaban con una manta de las que se usa a veces para dormir y en aquella época se usaba mucho para comprar el hielo en la fábrica, que llamaban “nevería”, o sea el lugar en que se expendía

el hielo. Esas eran las capas o capotes con que toreaban los pacoreños. Y los banderilleros no usaban sino una banderilla. Con la manta en una mano y la banderilla en la otra, se paraban ante el toro, no al frente sino de lado, de manera que si el toro corría muy de prisa, en vez de pegarle la banderilla en el cuello, se las pegaban en las ancas. Eso se veía con mucha frecuencia; pero, en fin, eran unas fiestas muy pintorescas en que la parte más divertida era aquella en que el público se metía también a la plaza a torear y entonces aquellos toreros improvisados se veían con frecuencia rebotados por los toros, a los cuales, generalmente, les cortaban las puntas para que, en caso de cornear a algunos de aquellos toreros, no les hicieran mucho daño.

En cuanto a los disfraces, esos se veían, pues, por todas partes en las calles: disfraces populares que se usaban apelando a cualquier fantasía que tuvieran los enmascarados; o disfraces de lujo, que se veían en los bailes de sociedad.

Poco después de la independencia, y por empeño principalmente de Juan Antonio HENRIQUEZ, que estaba en aquella época en el Consejo Municipal, se dijo que aquello de celebrar la independencia de Panamá con disfraces, no le parecía una cosa digna, que los disfraces eran cosa propia de los carnavales. Y entonces fue cuando comenza-

ron a organizarse aquí los carnavales en gran escala, con reina y con confetti y paseo de los automóviles y los coches para los efectos de las batallas de confettis, etc. Pero las diversiones, como se verá, eran una cosa muy distinta en aquellos tiempos, a lo que son hoy.

Ya cuando se trasladó los disfraces a los carnavales, se organizaron los reinados de carnaval, y vinieron las elecciones de las reinas. La primera Reina del Carnaval fue la dignísima señorita Manuelita VALLARINO, quien era realmente una pintura. Después de Manuelita Vallarino, fue la Reina Isabel ESPINOSA, más tarde esposa del Doctor Joaquín José VALLARINO, y luego ha habido infinitades, desde el año 10 hasta el presente.

En los primeros años de la República, el transporte urbano para las personas estaba reducido exclusivamente a los antiguos coches. Generalmente eran coches que tenían dos asientos para el cochero y un acompañante y en la parte de atrás, para tres personas. Esos coches, me parece que cobraban en aquella época 20 ó 30 centavos plata por carrera. Es decir, por cubrir cualquier distancia dentro de la ciudad.

Para las mercaderías, lo que se usaban eran las carreras tiradas por mulas o caballos. Eran carretas de dos grandes ruedas, que cruzaban las calles muy despacio por todas partes y que descargaban o cargaban sus mer-

caderías en el lugar que correspondía.

Y luego el agua, que era algo de gran importancia, se transportaba en pipotes, de donde vendían el precioso líquido los aguadores, a razón de un real por lata de querosín de agua. Esa agua la sacaban de los manantiales de El Chorrillo y así estuvo surtiéndose la ciudad de agua por muchos años, con la adición de los grandes tanques de hierro que recogían el agua de los techos y que se veían en las casas de las personas más acomodadas.

Se distinguían algunos carruajes de lujo, que tenían, bien el Gobernador del Departamento o bien unas pocas personas o familias muy pudientes, que podían hacer frente al gasto de mantener los caballos y el cochero.

Naturalmente, el aspecto de las calles era un aspecto excesivamente tranquilo y no presentaba ni como sueño lo que vemos hoy con el advenimiento del automóvil.

El primer automóvil que vino a Panamá lo trajo un francés llamado ROSENTHAL, que vino a Panamá a comprar perlas. Esa era la época en que florecían las pesquerías de perlas en toda la República; tanto en el Archipiélago llamado de Las Perlas, como en distintos lugares donde existían los yacimientos. Estos yacimientos, como todos sabemos, perecieron de un modo misterioso, por razón de una en-

fermedad que le cayó al molusco y de la cual no pudo reponerse jamás.

Pues bien, este comprador de perlas trajo el primer automóvil que se vio en Panamá y que pudo andar con relativa facilidad porque ya para esa época se había llevado a efecto la pavimentación de las calles. Esto fue, me parece, en el año 1906. De ese año en adelante, ya comenzaron a venir automóviles, principalmente marca FORD y, poco a poco, fue aumentando el tráfico urbano en la forma fabulosa a que ha llegado en este tiempo.

Otro medio de transporte urbano fue el tranvía, que existía desde antes de la Independencia. El tranvía, según mis recuerdos, lo trajo a Panamá, por primera vez, un francés llamado Monsieur André, y cubría desde la Playa de Las Monjas, es decir, el extremo de la ciudad que queda frente al Palacio de Gobierno de hoy, y llegaba hasta la Plaza 5 de Mayo. Allí terminaba prácticamente la ciudad, y hasta allí llegaba el tranvía. Se pagaba la suma de, según mis recuerdos, 10 centavos plata o sea 5 centavos oro por la carrera desde el centro de la ciudad hasta la plaza llamada hoy 5 de Mayo.

El término del paseo era el establecimiento de restaurante y cantina que tenía el bien recordado francés, don Luis ANGE-LINI, fundador de una notable familia.

Los que hacían ese paseo, generalmente se bajaban en la cantina-restaurant del señor Angelini y allí tomaban el trago de la tarde o bien se quedaban a comer, porque en ese restaurante se sevían alimentos excelentes.

En aquella época, en los años anteriores y posteriores a la Independencia, se reunía la gente con mucha frecuencia en los parques; se veían tanto en el Parque de La Catedral, como en el Parque de Santa Ana grupos de personas que por costumbre se reunían en cierto lugar del Parque y allí se conversaba, se comentaban los acontecimientos del día y se pasaba un rato agradable hasta que llegaba la hora de irse a la comida o retirarse de noche.

En los días domingos tenía lugar la retreta en el Parque de La Catedral y los jueves, en el Parque de Santa Ana, ambas muy concurridas. La costumbre en el Parque de La Catedral era la de pasear de un extremo al otro, por un lado las señoritas, por otro los hombres y, naturalmente, en los casos de amoríos que comenzaban o se continuaban, pues las miradas al pasar y las frases recogidas de una manera incidental... y se escuchaba muy buena música en aquella época, porque la Banda siempre estuvo muy bien organizada, tanto en la retreta de Santa Ana como en la retreta de La Catedral.

Recuerdo bien ciertos lugares del Parque de La Catedral, don-

de se reunían determinadas personas, que cambiaban en la composición del grupo pero que, generalmente, se las encontraba allí en ciertas horas del día y de la noche. Por ejemplo, el grupo que formaban don Julio FABREGA, don Fernando GUARDIA, don Nicolás VICTORIA, don Nicanor VILLALAZ, don Juan MENDEZ y muchos otros que sin duda escapan a mi memoria.

En el Parque de Santa Ana había un famoso grupo en que la voz cantante era la del célebre José LLORENTE, donde comentaban los sucesos políticos y sociales y donde se oían las famosas ocurrencias de José Llorente. A ese grupo se le llamaba generalmente, "la línea de fuego".

Otros puntos de reunión muy populares eran, en la parte de adentro de la ciudad, el Hotel Central; y, en la Plaza de Santa Ana, la Cantina La Plata, punto de reunión de las personas más distinguidas del Partido Liberal, tal vez por la razón de que allí, en los altos de esa cantina, vivió, por algún tiempo, el Doctor PORRAS.

Hacia el final del siglo pasado, los espectáculos más frecuentes eran los que tenían lugar en el teatro llamado SARA BERNHARDT, que fue un teatro construido en el lugar donde se encuentra hoy el Palacio de Gobierno. Ese teatro fue construido por los franceses, en la época del canal francés, y se le

dio el nombre de SARA BERNHARDT porque, según yo oí decir, la misma Sara Bernhardt vino a estrenarlo.

A este teatro venían con frecuencia compañías españolas de zarzuelas o de dramas y este era el principal espectáculo porque todavía no había nacido el cinematógrafo, o por lo menos no había venido a Panamá.

Entre las compañías que vinieron ya después de la República, hubo algunas de primer orden, entre las cuales sobresalía desde luego la de doña María GUERRERO y Fernando DIAZ DE MENDOZA. Entre las compañías de zarzuela hubo algunas muy buenas; había compañías de zarzuela de género chico y otras de género grande, que propiamente eran operetas españolas.

Por supuesto, estos espectáculos no eran muy frecuentes ni continuos, sino que venían por un tiempo y cuando ya el público se cansaba o cuando ya no había asistencia suficiente para que el teatro funcionara con utilidad, entonces había que esperar a que viniera otra compañía.

Por regla general, las compañías que trabajaban en Panamá eran compañías que iban para otra parte, que venían de Europa y se dirigían a países del lado del Pacífico, principalmente el Perú, y algunos de los países de centroamérica.

Cuando se construyó el Teatro Nacional, se estrenó con una compañía de ópera muy buena

y desde esa época, en el Teatro Nacional han venido funcionando compañías de ópera y dramas, de zarzuelas y además de eso, funciones de aficionados o funciones organizadas por los colegios de la capital.

En la época de mi adolescencia, diré, y mi primera juventud, tuvimos con mucha frecuencia representaciones en el Teatro Nacional, dadas por un grupo de aficionados al teatro, que había organizado el bien recordado poeta don Alejandro DUTARI. Nosotros alcanzamos a representar varias funciones en el antiguo teatro Sara Bernhardt y llegamos a poner en escena zarzuelas y comedias que fueron recibidas con gran favor por el público.

Los cinematógrafos no comenzaron a funcionar en Panamá sino ya después de la República. Creo que el primer cinematógrafo que se conoció en Panamá fue el AURORA, que quedaba en el edificio donde se encuentra el Café COCA-COLA, inmediato al establecimiento que fue, en su principio, un establecimiento de refrescos que poseía el señor Luis C. HERBRUGER.

Muy poco después del Teatro Aurora, se abrió el Teatro AMADOR, en el mismo lugar donde existe desde entonces.

Otros espectáculos públicos que ha habido en Panamá han sido las corridas de toros, que han pasado por varias alternativas. En la época del canal fran-

cés, cuando corría en Panamá mucho dinero, existió una plaza de toros, a la cual recuerdo yo haber ido en la época en que era niño; pero esa plaza de toros dejó de existir y aquí no vinieron a darse corridas de toros al estilo español, sino muchos años más tarde, ya al finalizar del siglo, cuando se organizó aquí una cuadrilla de aficionados, entre los cuales figuraban tres toreros de mucho estilo y muy valientes, que fueron, el principal, Rafael LOPEZ, y luego uno que se llamaba Manuel POVEDA, otro a quien llamaban Nato AROSEMENA —me parece que su nombre era Fernando— y algún otro que no recuerdo.

Después de la actuación de estos aficionados panameños, que eran los toreros, ellos contribuyeron a que vinieran aquí toreros españoles. Los primeros fueron los componentes de una cuadrilla en que el primer espada tenía por alias REBUJINA, y con él vinieron un estupendo banderillero llamado CURRINCHI, un saltador de garrocha que se llamaba REGATERO; además otro que era el que daba la puntilla a los toros y que tenía por sobrenombre LILLO. Estos toreros despertaron vivamente la afición panameña y por muchos años estuvieron viniendo a Panamá toreros españoles que daban sus corridas en el patio de lo que era antes el Club Internacional, es decir, el gran edificio construido sobre las ruinas del antiguo Convento de los Jesuitas, en la Avenida A.

Muchos años después se construyó una segunda plaza de toros que no duró mucho tiempo y que al ser sustituida es la que se reemplazó más tarde con la actual plaza llamada LA MACARENA.

Recuerdo que entre los muchachos era común la referencia a aquella primera cuadrilla conocida en Panamá y cantaban una copla al son de una dancita de la época; y aquella coplita decía:

“REBUJINA mata el toro,
CURRINCHI pega banderillas,
REGATERO salta la garrocha
y LILLO da la puntilla”.

Con aquella cuadrilla se volvió a ver en Panamá el espectáculo que no se conocía en las corridas de la Plaza del Triunfo: la muerte del toro.

Otro espectáculo público pero al cual no concurría sino un número muy reducido de personas, eran las galleras. El número de aficionados a las peleas de gallos era muy pequeño en comparación con la población y no tenía mayor importancia.

En relación con las actividades comerciales de Panamá, en la época de mi niñez y mi adolescencia, reducida como era la población de la ciudad, el comercio, naturalmente, tenía que ser también muy reducido. Los establecimientos más importantes de la época eran, en el ramo de la mercadería seca y de ropa y calzados, en primer término, el BAZAR FRANCES,

fundado por don Máximo HEURTEMATTE, quien tuvo aquí casi toda su familia. El Bazar Francés existió en el mismo lugar donde se encuentra hoy el Registro Público, exactamente el mismo edificio; pero, en los primeros años de la República, se extendió y tuvo una sucursal en otro edificio cercano que da sobre la esquina de la Avenida Central y Calle 8a.

Otro establecimiento de la misma clase e importancia de los finales del siglo pasado, fue el llamado LA VILLE DE PARIS, perteneciente a un señor ASCOT, a quien sucedió, a su muerte, su esposa doña Millie MADURO, casada más tarde con don Herbert DE SOLA, pero quien se fue para El Salvador y no volvieron más a Panamá.

El almacén La Ville de París fue adquirido más tarde, según entiendo, por don Félix MADURO, recientemente muerto, pero cuyo establecimiento continúa ejerciendo el comercio en Panamá.

El Bazar Francés, que no solamente vendía en Panamá, sino que suministraba gran cantidad de mercancías para el Cauca, porque los almacenes del Cauca enviaban sus compradores a Panamá, fue fundado, según mis recuerdos y lo que he oído decir, como en el año 58, de manera que hoy sería más que centenario si todavía existiera. Otro almacén que sería centenario si existiera, fue el de don Emanuel LYONS, quien tuvo una ferrete-

ría en el edificio que queda sobre la Avenida Central, entre las Calles 8a. y 9a., y cerca de este almacén, sobre la Calle 8a., quedaba el de los señores PIZA Y PIZA, compañía que se ocupaba principalmente del comercio al por mayor.

Había en aquella época muchas tiendas de chinos; éstas estaban ubicadas casi en su totalidad en la llamada Calle de Salsipuedes —Calle 13—; pero había un gran almacén chino, en la esquina de lo que hoy es la Avenida B y Calle 6a., que pertenecía a un chino llamado Wing Wo CHONG, que traía a Panamá tal vez los artículos más finos que podían encontrarse con procedencia de Oriente, en aquella época.

Se veían también en Panamá vendedores ambulantes; es decir, lo que eran propiamente buhoneros, palabra que se aplica hoy con incorrección a los que tienen puestos de venta en la Calle de Salsipuedes. El buhonero es el que va de puerta en puerta vendiendo sus mercancías. Estos fueron principalmente hindúes, que vendían todos los artículos, principalmente telas procedentes de su tierra; e italianos, que vendían prendas baratas y anteojos.

En aquella época, cuando yo era niño, todavía no habían venido a Panamá oculistas que examinaran los ojos de un paciente, para determinar qué cristales necesitaba. Estos italianos vendían anteojos e iban de puerta en puerta, y donde había una

señora o un señor que necesitaba anteojos, se probaba los diversos grados que ellos tenían y cuando encontraban uno que medio les quedaba, decía: "¡ah!, con esto veo mejor", y así se quedaba.

Aquí no comenzaron a venir oculistas verdaderos sino allá por el año 1894, cuando vino aquí un Doctor HUNTINGTON, que fue quien me examinó y encontró que yo era miope y me puse anteojos, ya por medio de la receta, que tuvieron que enviar para que fuera llenada a Nueva York.

Después de ese Doctor Huntington, vino aquí, como oculista, el Doctor Pedro DE OBARRIO, que fue el primer oculista panameño que trabajó en su profesión en Panamá.

Cuando me pusieron mis anteojos, yo tenía la edad de 12 años y desde entonces los he usado invariablemente.

En lo relativo al aprovisionamiento de víveres, lo tradicional y lo único que había era lo que llamaban Plaza del Mercado; situada en el mismo lugar que ocupa hoy, en la Avenida llamada hasta hace poco Eloy Alfaro o Avenida Norte; el estableci-

miento de víveres y algunos otros artículos de abarrotes, como por ejemplo la tienda llamada LA CAMPANA, de don Nicolás ARDITTO, que quedaba en la esquina del Mercado y la Avenida B; también tuvo allí una tienda don Octavio VALLARINO, que se llamaba LA CONFIANZA. Hubo también una tienda de mucha importancia y que llegó a tener un gran valor comercial, de propiedad de don Gustavo Adolfo ALVARADO; otra, de don Mateo SIMMONS y de don David ABAD.

También había vendedores de frutas, de carbón y de otros efectos, llevados en carretilla y voceados por las calles. Y, desde luego, eran nota típica del antiguo Panamá, los dulceros que salían con sus bandejas llenas de dulces sobre la cabeza, a vender voceando su mercancía. Por donde pasaban, gritaban: "el dulceeeero".

Los mercados o supermercados de nuestros días, tal como los llamaban impropriamente por un tiempo, comisariatos, son cosa de los últimos tiempos y, por lo tanto, no corresponden a mis reminiscencias del antiguo Panamá.

Manuel Amador Guerrero

Desde que la antigua Castilla del Oro fue descubierta y colonizada por los conquistadores hispanos, el Istmo de Panamá se ha caracterizado en lo político al igual que en lo geográfico, como algo especial, algo que formaba una unidad separada, homogénea y definida, distinta de las unidades adyacentes.

La sociología y la geografía se han aunado en el transcurso de los siglos para señalar el destino político del Istmo. Garganta territorial colocada en el centro de las Américas y entre los dos grandes océanos, Panamá ha tenido siempre una alta misión que desempeñar y necesidades peculiares que satisfacer. Como lo dijo con tan elocuentes palabras Tomás Herrera en 1840, "el Istmo debe al movimiento mercantil del mundo civilizado los servicios para que lo ha destinado el Ser Supremo, acercan-

do entre sí los océanos y abatiendo en él la alta cordillera de los Andes".

El tráfico interoceánico, ya en una dirección, ya en otra, con mayor o menor intensidad en las diferentes épocas, realizado en distintas formas según las modalidades y el desenvolvimiento de los medios de transporte y según el mayor o menor auge de las diversas rutas marítimas, ha sido el servicio trascendental que el Istmo ha venido prestando a la civilización humana. Ese servicio tuvo en los días de la colonia el aspecto aventurero y pintoresco de las ferias de Portobelo y de los Galeones españoles que transportaban a la Metrópoli el oro y la plata de las Indias y traían a las colonias las mercaderías de Castilla. Tras la época en que Panamá era arca del real tesoro español, vinieron los días álgidos de la California,

cuando los buscadores de oro que iban de la una a la otra costa de los Estados Unidos tomaban la ruta istmeña de preferencia a la travesía del desierto y de las Montañas Roçallosas. Vinieron luego los tiempos del ferrocarril de Panamá, la primera vía férrea trascontinental construida en América, que por espacio de 80 años sirvió de lazo de unión a las flotas que surcaban el Atlántico y el Pacífico. Y la facilidad del comercio marítimo tuvo su coronamiento en la construcción del canal interoceánico, la maravillosa obra que ha acortado las distancias, que ha dejado sin solución de continuidad las aguas del globo terráqueo y que al dividir la tierra panameña ha unido y acercado entre sí a todos los pueblos del mundo.

En el desempeño de la misión histórica que la naturaleza impuso al Istmo de Panamá, era, pues, natural que su población tuviera necesidades especiales que no podían confundirse con las de las entidades políticas adyacentes. Un pueblo que vivía para el tráfico y por el tráfico necesitaba leyes que fueran favorables al libre y seguro paso de personas y de mercancías por el puente del mundo.

Un pueblo que se mantenía así en contacto permanente con gentes de otras tierras y en cuyo suelo se daban cita todas las razas y todas las civilizaciones, debía desarrollar una mentalidad esencialmente liberal y cosmopolita, radicalmente distinta de

la mentalidad de los pueblos vecinos, concentrados en las altiplanicies andinas y alejados del mar.

Por eso han sido artificiales y no han tenido más vínculos que el puramente político las uniones del Istmo de Panamá con las circunscripciones territoriales vecinas. Desde el punto de vista sociológico, había tanta razón para que Panamá formara parte de la Capitanía General de Guatemala, como pudo haberla para agregarla al Virreinato de Nueva Granada. Desde el punto de vista geográfico difícilmente podría hallarse que las comunicaciones de Panamá con los centros administrativos de las dos entidades eran más fáciles con el uno que con el otro. Y si se prescinde de la contigüidad territorial y se atiende sólo a la facilidad de las comunicaciones y al intercambio mercantil, se hallará que mayores vínculos existían con el Virreinato del Perú que con cualquiera de los otros dos.

Por estas razones nos hallamos frente al hecho histórico de que el antiguo gobierno de Tierra Firme se mantuviera desligado ya de derecho, ya de hecho, de las entidades coloniales colindantes. Tierra Firme fue siempre para la Corona española algo especial y diferente de esas entidades y por lo tanto la madre patria trataba directamente con sus autoridades. En 1538 fue creada la Audiencia de Panamá como entidad política independiente de otras circunscripciones

coloniales, y a los miembros del Cabildo panameño se les concedió el privilegio de llamarse *veinticuatro* como los de Sevilla y Córdoba. Suprimida la Audiencia de Panamá en 1543, fue puesto el gobierno de Tierra Firme bajo la dependencia de la Audiencia de los Confines, establecida en Guatemala. Pero este cambio duró poco, por cuanto cinco años más tarde (1548) el Gobierno de Panamá fue separado de la Audiencia de Guatemala y puesto bajo la dependencia del Virreinato del Perú. Esta nueva organización resultó sin duda insatisfactoria para la Corona, pues por Real Cédula de 1563 se suprimió la Audiencia de los Confines y se restableció la de Panamá, dándole una jurisdicción que se extendía por el lado del Pacífico desde el puerto de Buenaventura hasta el Golfo de Fonseca en Nicaragua, y por el lado del Atlántico desde los confines de Veragua hasta el río Atrato.

Por espacio de casi dos siglos disfrutó Panamá de esta situación privilegiada que reconocía su importancia y su derecho a constituir por sí misma una entidad política. No fue hasta mediados del siglo XVIII, en 1740, cuando las provincias istmeñas fueron incorporadas al Virreinato de Santa Fé, con el cual mantuvo vínculos más nominales que efectivos. En 1812 el Virrey de Nueva Granada ejerció su autoridad desde Panamá y restableció allí la Real Audiencia, situación que duró hasta

1813. El Istmo envió diputados a las Cortes de Cádiz y el monarca concedió a Panamá franquicia comercial que por algún tiempo dio notable impulso a su prosperidad. En 1820 el Virrey Sámano trasladó de nuevo a Panamá la sede del Virreinato santafereño, que de hecho existió allí hasta que Panamá consumó su emancipación de España en 1821.

Cuando Panamá rompió sus vínculos con España fue materia de deliberaciones si el Istmo se unía al Perú, con el que mantenía estrechas relaciones mercantiles y sociales, o a la gloriosa Colombia que acababa de crear la espada de Bolívar. El pueblo panameño, deslumbrado por la gesta del genio americano, resolvió unirse a Colombia, pero el regionalismo istmeño siguió manifestándose vivo y tenaz en los movimientos separatistas de 1830, de 1831, de 1840, y de 1861. La tendencia a la autonomía local encontró satisfacción en la creación del Estado Federal del Istmo en 1855 y más tarde en la constitución federal de 1863, que erigió a Panamá en Estado soberano, pero el regionalismo quedó ahogado por la reacción centralista y conservadora de 1886, que convirtió el antiguo Estado soberano en Departamento sujeto a leyes especiales.

Esta breve ojeada histórica revela que la autonomía y la independencia han sido en el Istmo de Panamá una tradición, una

tendencia, una aspiración permanentes y que por tanto su destino manifiesto era el de conquistar algún día la personería internacional.

Si los hombres que realizan el destino manifiesto de un pueblo se hacen acreedores a esa nombradía que traspasa los linderos patrios para convertirse en figuras históricas mundiales, Manuel Amador Guerrero ha conquistado en el templo de la fama el sitio que corresponde a los emancipadores y a los constructores de nacionalidades. Lo que fue noble aspiración de Tomás Herrera en 1840, lo que buscó con su genio político Justo Arosemena en 1855, lo que constituyó el anhelo de los patriotas panameños en las diferentes épocas de la vida política de su tierra natal, vino a ser un hecho consumado, irrevocable y permanente mediante el esfuerzo y el coraje de Manuel Amador Guerrero en 1903. Como conspirador y como revolucionario Amador Guerrero puso de manifiesto cualidades de energía, de sagacidad y de inteligencia que le hicieron jefe indiscutible del movimiento del 3 de noviembre y le llevaron después a la primera Magistratura de la nueva República.

Deslumbrador es en verdad el espectáculo de los hombres que realizan obra trascendental en plena juventud. El fuego, la fuerza, la belleza de los años mozos tienen atractivo irresistible. Se experimenta un sentimiento avasallador de asombro

cuando se piensa en Bolívar que antes de cumplir los 40 años había libertado tres naciones y había realizado la esplendorosa creación de la Gran Colombia; en Iturbide, que era un gallardo mozo cuando consumó la independencia de México; en O'Higgins, que se ciñó sobre una cabeza todavía juvenil los lauros inmortales de Chacabuco y de Maipo en San Martín que paseó por tres naciones el estandarte de la libertad cuando apenas había pasado de los ardores de la juventud a las serenidades de la madurez.

Pero así como son de brillantes las proezas de la mocedad, así son de imponentes las de los hombres que no sucumben bajo el peso de los años y comienzan en la senectud la labor fundamental de su vida. John Brown subió al cadalso por la libertad de los esclavos a una avanzada edad y coronó así con el martirio la cruzada abolicionista que comenzó en el crepúsculo de su existencia. Máximo Gómez emprendió la campaña final de la libertad cubana cuando ya la nieve de los años cubría en su noble cabeza la llama de su espíritu. Tomás Masaryk era un anciano cuando comenzó su valiente apostolado por la libertad de Checoslovaquia, y el bravo octogenario sigue mostrándose en el solio presidencial como prodigio de vigor mental y físico. Manuel Amador Guerrero había cumplido los 70 años cuando llevó a cabo la emancipación de Panamá. Hasta

esa avanzada edad había conservado el ímpetu, la audacia, los entusiasmos, la energía de la juventud.

En la obra trascendental a que consagró los cinco últimos años de su vida, Amador Guerrero pensó como viejo y actuó como joven. Sin duda él se dio cuenta cabal de las responsabilidades enormes que asumía, de los riesgos en que ponía a la que fue no su tierra natal, pero sí la tierra de sus afectos, y el escenario de su vida. Más de una ocasión pudo pensar que no era a él, hombre del pasado, a quien correspondía preocuparse por los trascendentales problemas que afectaban el porvenir. Pero por encima de estas posibles reflexiones privaron en su espíritu las decisiones valerosas y los impulsos batalladores. Conspiró, se agitó, viajó, hizo propaganda, sufrió contratiempos, encontró obstáculos, pero su voluntad inquebrantable lo mantuvo siempre en el camino de triunfar o de sucumbir. Como hombre de acción y de visual él comprendió que en 1903 había llegado para el Istmo el momento de jugar la carta suprema de su existencia como pueblo: o se liberaba definitivamente o seguía languideciendo en la miseria económica y en la insignificancia política. Y ante este dilema, el viejo patricio que contaba ya dos generaciones de descendientes, el apacible ciudadano que con su trabajo de medio siglo había labrado fortuna modesta que le aseguraba el descanso de

su vejez y la tranquilidad de su familia, el respetado médico que en lo social, en lo profesional y en lo económico había alcanzado todas las satisfacciones que podía proporcionarle el medio en que vivía, puso a un lado toda consideración egoísta para lanzarse en cuerpo y alma a la incierta aventura altruísta. Con la intrepidez, con el vigor, con el fuego de un mozo, el enérgico anciano cruzó su Rubicón, corrió sus riesgos y vio sus esfuerzos coronados por el éxito. El sentimiento nacionalista del pueblo panameño, adormecido hacía ya tres generaciones, despertó vigoroso al toque del clarín de 1903. Las masas ciudadanas acuerparon al caudillo de cabeza blanca, y la independencia de Panamá fue hecho consumado e irrevocable.

Amador Guerrero ha pasado a la historia como jefe del movimiento emancipador de 1903 y primer Presidente de la República de Panamá. Mas no fue esa la única ocasión en que había ligado su nombre a la vida pública, ya que él tuvo figuración de importancia en la política del Estado soberano de Panamá. Sin embargo, no fue político profesional. Dedicó su tiempo en primer término al ejercicio de la medicina, en la que puso de manifiesto un acierto clínico notable y mediante la cual conquistó posición, nombre, fortuna. Fue un médico eminente, que sentía por los asuntos públicos el interés de un buen ciudadano. Sin abandonar jamás del todo su ca-

rrera, no dejó de tomar en las grandes cuestiones nacionales la participación a que le daban derecho sus cualidades superiores.

Aunque la tierra istmeña fue el escenario histórico de Manuel Amador Guerrero, no fue esa su tierra natal. Pertenecía a familia prócer de Cartagena de Indias y nació en Turbaco, cerca de aquella ciudad, el 30 de junio de 1833. Educado en la Universidad de Cartagena, allí recibió a los 22 años de edad el título de doctor en medicina y cirugía.

Era el año de 1855. Hacía seis años que habían sido descubiertos los placeres del oro de California y el movimiento de pasajeros por el Istmo de Panamá había revivido la prosperidad de aquella región. El tránsito era penoso y tardío, y para acelerarlo y hacerlo cómodo se pensó en construir un ferrocarril de mar a mar. La obra se realizó a despecho de la naturaleza brava y del clima inclemente y a tiempo que el joven Amador recibía en Cartagena su diploma universitario, el pito de la locomotora resonaba por primera vez entre las selvas del Istmo.

Amante del progreso como lo fue Amador toda su vida, resolvió marchar allí donde el progreso ponía su planta. De la obra del ferrocarril había surgido la ciudad de Colon que pronto supeditó al viejo Portobelo. Amador Guerrero comenzó a ejercer su profesión en el puerto recién fundado. De allí pasó más tarde a Panamá, donde se

radicó definitivamente. Ubi bene ibi patria. Panamá vino a ser desde entonces la patria del joven facultativo granadino.

Su participación en la política activa como miembro del Partido Conservador le llevó a ocupar dignidades de importancia. Como representante por la Provincia de Veraguas ocupó una curul por algún tiempo en el Congreso de la Nueva Granada. En el año de 1866 fue elegido primer designado para ejercer el poder ejecutivo del Estado soberano. Al año siguiente fue electo presidente del Estado, pero una revuelta amada le impidió ejercer el cargo. Vencido y prisionero en el campo de batalla, hubo de sufrir luego destierro que se prolongó por un año.

Menos agitada fue la actuación de Amador Guerrero en la época que siguió. Aunque no dejó de tomar participación activa en la política, no figuró en puesto alguno hasta el año de 1886, en que por la renuncia del jefe civil y militar del Estado, General Santodomingo Vila, Amador Guerrero se encargó temporalmente del mando supremo.

Fue notable durante los 30 últimos años de la pasada centuria la labor realizada por el doctor Amador en pro de la organización del Hospital de Santo Tomás, vieja institución de caridad que databa de la época de la colonia, y que por la pobreza crónica del país no podía realizar con la debida amplitud la

misión humanitaria a que estaba llamada. Como médico siempre, en ocasiones como superintendente, y sin recibir remuneración alguna la mayor parte del tiempo, Amador Guerrero fue alma y brazo de la institución y a ella le consagró sus esfuerzos y sus entusiasmos filantrópicos con abnegación y espíritu público ejemplares.

En 1890 se debatía una cuestión de importancia vital para el Istmo de Panamá. Era patente que la Compañía Francesa del Canal que había comenzado la construcción de la vía interoceánica estaba imposibilitada para concluirla dentro del término estipulado en el contrato. La compañía fue declarada en quiebra por los tribunales franceses en 1889. Los trabajos fueron suspendidos casi totalmente y en el Istmo comenzó a sentirse de nuevo terrible postración económica. Había esperanzas de que mediante una prórroga de la concesión la empresa pudiera reorganizarse y de asegurar así la terminación de obra tan vital para la vida económica del país. Panamá, afectado directamente con la crisis, dispuso entonces enviar a Bogotá una comisión integrada por cuatro de sus más representativos ciudadanos con el objeto de gestionar la prórroga ante el Gobierno central. Para esa comisión fue designado el doctor Amador Guerrero, en unión del célebre ingeniero panameño Pedro J. Sosa, autor junto con Wyse y Reclus del trazado de la ruta escogida para

el canal, el obispo de la diócesis, Dr. José Alejandro Peralta, y el prominente ciudadano don Ricardo Arango, más tarde gobernador del Departamento.

El éxito coronó las labores de la comisión. El Gobierno colombiano convino en conceder una prórroga de 10 años que comenzarían a contarse en 1894, mediante la cual logró organizarse una nueva compañía y la empresa se salvó de una pérdida total. Empero, la obra estaba herida de muerte. Los fuertes desembolsos de los primeros años habían agotado el capital original y era evidente que el costo de la empresa era inmensamente superior a los recursos de que podía disponer una mera compañía comercial. Los trabajos continuaron con parsimonia y el último esfuerzo de la administración francesa se redujo a salvar del desastre lo más que se pudiera y a no dejar que feneciera la concesión.

Mientras tanto pasaba el tiempo. La miseria hincaba sus garras cada día con más fuerza sobre la tierra istmeña. Una revolución en 1895 vino a aumentar la angustia pública. Otra guerra civil — más sangrienta y devastadora — que estalló en octubre de 1899 y no terminó hasta noviembre de 1902, consumió la ruina del Istmo. Comercio, industria, propiedad urbana, agricultura, ganadería, todo quedó aniquilado. El país se vio en una postración que recordaba las palabras de don Rufino Cuervo

cuando atravesó el Istmo a mediados del siglo pasado: "El que quiera conocer a Panamá que corra, porque se acaba".

Perdida toda esperanza de que la compañía francesa pudiera realizar la obra del canal, tanto la compañía como el Gobierno colombiano adquirieron la convicción de que no había en el mundo más que una entidad que contaba con los recursos necesarios para llevar a cabo la obra de comunicar entre sí los dos océanos: el Gobierno de los Estados Unidos. Y se tenía asimismo la persuasión de que ese Gobierno debía acometer la obra no tanto como empresa mercantil cuanto como elemento de defensa nacional. Cuando estalló la guerra entre los Estados Unidos y España el acorazado *Oregón*, anclado en aguas de California, tuvo que dar la vuelta por el Cabo de Hornos para poder reunirse con la flota del Atlántico y llegó a Cuba en los precisos momentos en que se daba la batalla de Santiago. Aquel viaje memorable, que mantuvo en suspenso la atención del pueblo americano durante casi todo el período de duración de la guerra, fue ejemplo palpable de lo que significaba un canal para la protección y seguridad de los Estados Unidos.

El interés nacional americano se manifestó en la expedición de la Ley Spooner por la cual se autorizaba al Presidente para negociar un tratado con Colombia para la construcción del Canal de Panamá, y si no llegaba a un

acuerdo con aquella nación, para entablar negociaciones tendientes a la construcción del Canal por la vía de Nicaragua.

Las negociaciones diplomáticas entre Colombia y Estados Unidos culminaron en la firma del Tratado Herran-Hay, que fue objeto de largos y apasionados debates tanto en Colombia como en Panamá y que fue al fin rechazado por el Congreso colombiano en agosto de 1903.

El rechazo del tratado Herran-Hay, como dijo el eminente Pablo Arosemena, "era para el Istmo de Panamá el golpe de gracia. Adoptada otra ruta para la construcción de la vía marítima que requieren intereses universales, el desarrollo pacífico y aun la seguridad de la unión americana, volvía el Istmo al 1848, es decir, a situación rayana en la indigencia: un pueblo que daba apenas señales de vida; los últimos resplandores de un fuego que se extingue. Y el derecho de vivir es irrenunciable, sagrado. Implicaba la independencia sacrificio doloroso; pero la salud de la patria estaba en peligro y los derechos de la patria sobre sus hijos no tienen límites".

Pero sería un error considerar que el rechazo del tratado Herran-Hay fue causa única y exclusiva de la independencia de Panamá. Fue sin duda la causa determinante del movimiento, la chispa que encendió de nuevo en el Istmo la llama de la separación. Pero esa causa inmediata

habría sido insuficiente para producir transformación política tan fundamental, si no hubiera estado superpuesta a causas mediatas de vieja data histórica y a hechos recientes que habían acentuado entre los habitantes del Istmo la convicción de que su bienestar como colectividad humana exigía que ellos tomaran en sus manos la dirección de sus propios destinos.

El mismo doctor Arosemena, colombiano de corazón hasta el día de su muerte, pero patriota panameño antes que todo dijo en notable artículo titulado "La secesión de Panamá y sus causas:

"Juzgo que el hecho de la independencia del Istmo de Panamá, consumado el 3 de noviembre de 1903, ha sido el resultado de estas causas:

Primera: la geografía.

Segunda: la regeneración; nombre que lleva en la historia de Colombia el régimen político que enunció el doctor Rafael Núñez en 1884, que provocó la guerra civil de 1884 a 1885, destruyó el sistema federal, abolió la legalidad y decretó el destierro de los hombres superiores de los partidos políticos.

Tercera: la conducta de los jefes militares de ambos partidos respecto del elemento istmeño en la guerra civil de 1901 a 1902; y

Cuarta: el rechazo por el Congreso colombiano del tratado Herran-Hay".

El talento de Amador Guerre-

ro se manifestó en el conocimiento de esas causas latentes que desde 1830 hasta 1903 empujaron a los istmeños en seis ocasiones diferentes a la autonomía o a la separación; en la apreciación certera de que el estado de ánimo existente en Panamá había revivido notablemente el sentimiento regionalista que debía ser base lógica de toda intentona nacionalista; en la determinación precisa y atinada de que había llegado el momento psicológico para encarar una vez por todas el problema trascendental de la emancipación; en el aprovechamiento sagaz de todos los factores que tendían a favorecer el movimiento y a darle probabilidades razonables de éxito. Y a ese talento, a esa perspicacia, a esa visual política, es justicia agregar el coraje, la firmeza y la energía con que Manuel Amador Guerrero encabezó, dirigió y consumó el movimiento separatista mediante el cual nació la República de Panamá a la vida de las naciones independientes.

Por eso al ser elevado al solio presidencial por el voto de la convención y el querer de sus conciudadanos, el presidente de la legislatura pudo decir con razón y justicia a Amador Guerrero:

"Al elegiros Presidente de la República en el primer período constitucional, por unanimidad de votos, la Convención Constituyente, ha cumplido mandato implícito de los pueblos del Istmo. Vos sois, señor, el elegido

de la opinión: los miembros de este cuerpo nos hemos limitado a refrendar título que ya había extendido en vuestro favor ese tirano de las democracias.

Tal designación no ha sido el resultado de una veleidad popular: la han impuesto vuestros precedentes tan honrosos; la participación principal que habéis tenido en el hecho de la independencia; vuestra lealtad a la fe empeñada; vuestro amor a la patria panameña; vuestra rectitud y vuestra firmeza”.

En la Presidencia de la República demostró Amador Guerrero que las condiciones de mentalidad y de carácter que él había puesto en evidencia le calificaban de manera especial para el mando: inteligencia, calma, energía, patriotismo ardiente, conocimiento profundo del corazón humano, integridad a toda prueba y un sentimiento arraigado de orgullo y de responsabilidad por la carga de honor y de confianza que pesaba sobre sus hombros.

El gobierno de Amador Guerrero echó las bases de la estructura nacional. En un país donde virtualmente no había nada de lo que requiere la vida moral y material de un Estado, era preciso crearlo todo. Era necesario organizar la administración pública, consolidar las relaciones internacionales, levantar el nivel intelectual; formar una ciudadanía preparada para las funciones del gobierno propio; estimular las industrias, proteger el comer-

cio, fomentar la riqueza pública, en una palabra, dar aspecto decoroso de nación a la provincia pobre, de desarrollo incipiente y de cultura rudimentaria que alentaba la aspiración de ocupar con honra un puesto en la comunidad internacional.

En la ejecución de los planos constructivos de la nacionalidad panameña Manuel Amador Guerrero realizó obra notable, cuyos lineamientos generales han señalado rumbos a todas las administraciones posteriores.

En lo material se comenzó por dotar al Gobierno de edificios apropiados de los cuales carecía; se construyó el palacio de Gobierno y el Teatro Nacional, se inició la construcción de buenos caminos, se tendieron puentes sobre los ríos más difíciles de cruzar, se organizó la navegación nacional para el comercio de cabotaje y se construyeron muelles en tres principales puertos del interior, se llevó a cabo la obra del acueducto y del sistema de albañales en las ciudades de Panamá y Colón y se substituyó el arcaico empedrado de las calles por la pavimentación de ladrillos que al mismo tiempo que cambió favorablemente el aspecto de la ciudad aseguró su salubridad y limpieza.

No menos notable fue la labor de organización administrativa. Al Presidente Amador Guerrero tocó poner en ejecución, reglamentar y desarrollar las numerosas leyes orgánicas expedidas por la Asamblea Legislativa.

Se llevó a cabo la colocación en Nueva York del fondo de 6,000,000 de dólares reservados a la posteridad por la Constitución Nacional. Se celebró el convenio monetario mediante el cual aseguró Panamá la paridad de su moneda de plata con el oro americano y se substituyó el antiguo medio circulante con moneda de novecientos milésimos de ley. Se incorporó la República a la Unión Postal Universal y se perfeccionó notablemente el servicio de correos. Se organizó por primera vez en el país una Oficina de Estadística. Se atendió con esmero al cobro de las rentas públicas y se tomaron medidas protectoras para la conservación de las riquezas nacionales.

La asistencia social entró por rumbos nuevos mediante la organización y ensanche del Hospital de Santo Tomás —objeto de los constantes desvelos y del interés personal del Presidente— así como también la inauguración de la Casa de Maternidad y de la Escuela de Obstetricia. Se hicieron además arreglos para el establecimiento de un lazareto y un manicomio y se mejoró notablemente el Asilo de Bolívar para ancianos y valetudinarios indigentes.

La causa de la enseñanza popular encontró en Amador Guerrero entusiasta paladín. En pocos ramos de la administración ha llevado a cabo Panamá progreso tan efectivo, y el impulso inicial se dio en los comienzos de la República. Se abrieron nu-

merosas escuelas y se dio a la enseñanza una orientación moderna y científica. Se envió a estudiar al exterior por cuenta de la nación a numerosos grupos de jóvenes de uno y otro sexo, para que trajeran al país en el futuro el contingente de conocimientos adquiridos en los centros de más avanzada civilización. Se fundó la Escuela de Artes y Oficios, destinada a producir artesanos científicamente preparados que eliminaran la necesidad de traerlos de fuera. Se fundó también una escuela de telegrafía, y una escuela para propagar en el interior la fabricación de sombreros de paja toquilla o jipijapa. Y la República pudo ostentar como muestra brillante de su nivel cultural el Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

En materia internacional Amador Guerrero anudó los lazos diplomáticos y consulares con que la nueva República consolidó sus relaciones con los demás Estados de la tierra. Celebró diversos tratados con las principales potencias; envió representación plenipotenciaria a la Conferencia de Paz de La Haya y a la Tercera Conferencia Internacional Americana celebrada en Río de Janeiro. Animado por ferviente deseo de anudar relaciones con la antigua metrópoli, entabló con Colombia las negociaciones que terminaron con la firma de los tratados tripartitos; y celebró con Costa Rica el mejor tratado con que pudo ponerse fin a la vieja cues-

ción de la frontera con esa nación.

Recibió Amador Guerrero durante su período de mando la visita de los tres hombres más ilustres de los Estados Unidos en aquella época: el Secretario de la Guerra William H. Taft, con quien concluyó, después de grave controversia diplomática, el *modus vivendi* que llevó su nombre; el Secretario de Estado Elihu Root, quien terminó en Panamá la memorable excursión que dejó tan honda huella de confraternidad en las relaciones interamericanas; el Presidente de la Unión Teodoro Roosevelt, quien fue así el primer Presidente de los Estados Unidos que puso el pie en territorio extranjero.

Altamente significativas fueron las muestras de distinción y de aprecio que Amador Guerrero recibió de aquellos grandes estadistas y no pudo menos de recordar estas palabras de Roosevelt el 15 de noviembre de 1906, pronunciadas desde el atrio de la catedral en la plaza donde se juró la independencia:

“Hace apenas unas semanas que el Secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Root, fue vuestro huésped en esta ciudad de regreso de su gira por los países de la América del Sur, excursión que por su importancia intrínseca y trascendental ha superado todo cuanto a ese respecto había efectuado hasta entonces un Secretario de Estado de los Estados Unidos.

Señor Presidente Amador: El señor Root os protestó en aquella ocasión a vos y al pueblo panameño el espíritu de cordialidad y buena voluntad de la República del Norte; y yo quiero acentuar hoy de la manera más enfática las palabras del señor Root, reiterando lo que os dijo: que el único deseo de los Estados Unidos con relación a la República de Panamá es verla crecer en población, en riqueza y en importancia, para que llegue a ser, como yo lo deseo ardientemente, una de las Repúblicas cuya historia haga honor a todo el Hemisferio Occidental”.

Cuando se contempla en la perspectiva de un cuarto de siglo la labor realizada por Amador Guerrero como Primer Presidente de Panamá; cuando se recuerda lo que era Panamá en 1904 y la transformación que había sufrido ya en 1908; cuando se consideran los escasísimos elementos de todo género con que Amador Guerrero llevó a cabo su ponderosa tarea de organización de la República, la posteridad no puede menos de rendir a la memoria de aquel anciano fuerte y probo el tributo de su admiración y de su gratitud.

Y sin embargo, Amador Guerrero hubo de sufrir en sus días de gobernante la saña de las oposiciones políticas. Fue atacado, vilipendiado, calumniado de modo inmisericorde. A un hombre que se distinguió por la probidad con que manejó los fon-

dos públicos se le hicieron cargos infames de malversación. A un caudillo que había subido al solio en hombros de sus conciudadanos y con el voto unánime de todos los partidos se le enfrentó oposición formidable. Posible es que Amador Guerrero cometiera errores, que son patrimonio de todos los hombres ya que están especialmente expuestos los que en la difícil tarea de gobernar tienen que habérselas con ese factor frágil, voluble, caprichoso, ilógico e injusto de la baja política y de los apetitos y concupiscencias ajenas. Pero cualquier error que pudiera haber cometido queda borrado por el espíritu conciliador de que dio muestra constantemente, por su probada integridad personal y por el respeto incommovible que siempre profesó a las libertades públicas. Amador Guerrero conservador, buscó siempre la colaboración de sus adversarios en ideas y soportó con estoicismo, defendido por sus hechos y abroquelado en su conciencia, los más rudos ataques de la prensa. En su período de mando no se conocieron las persecuciones políticas y supo conservar siempre la ecuanimidad

en medio de la tormenta de pasiones que agitó la República en los dos últimos años de su administración.

Terminado su período de mando, Manuel Amador Guerrero volvió a la serenidad de la vida privada a descansar de la dura brega. Allí en su hogar, acompañado por la mujer superior que fue compañera de toda su vida y que tanto brilló por su cultura, su inteligencia y su belleza; confortado por la conciencia del deber cumplido y de la obra trascendental realizada; rodeado del cariño de los suyos, de la admiración de sus conciudadanos y del respeto de sus adversarios, Manuel Amador Guerrero bajó a la tumba el 2 de mayo de 1909. Sobre su sepulcro cayó en impulso incontenible el dolor de la República que él había fundado. Al cumplirse los cien años de su nacimiento la República renueva el homenaje a su memoria venerada y la Historia inscribe en sus páginas con caracteres de oro el nombre de un varón insigne cuya obra sobre la tierra decidió el porvenir de un pueblo entero.

PEDRO J. MERIDA *

Santa Fe

Cabecera del distrito del mismo nombre.

Distancia a la ciudad de Santiago por camino sumamente accidentado y transitado por vehículos de rueda penosamente en la estación veraniega, 34 millas.

En invierno el transporte se hace a lomo de caballos y mulas.

El gobierno revolucionario ha emprendido ya la construcción de la carretera, teniendo en cuenta la importancia de esta región montañera de Veraguas.

POBLACION:

En el año 1871	3.508 habitantes.
En el año 1904	4.385 habitantes.
En el año 1911	4.278 habitantes.
En el año 1920	3.800 habitantes.
En el año 1930	4.717 habitantes.
En el año 1940	5.917 habitantes.
En el año 1950	6.857 habitantes.
En el año 1960	7.358 habitantes.
En el año 1970	7.602 habitantes.

Población Indígena de Santa Fe de acuerdo con el Censo de 1970: 338 habitantes.

(*) Esta monografía sobre Santa Fe, la dedica el autor a la directora de la Lotería Nacional de Beneficencia, Lcda. Amanda V. de Savaraín, y a damas ilustres de Santa Fe.

VIVIENDAS: 1.452

Corregimiento Cabecera	: 349 viviendas.
Sin agua potable	: 308 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 252 viviendas.
Con piso de tierra	: 304 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 347 viviendas.
Corregimiento Calovébora	: 165 viviendas.
Sin agua potable	: 165 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 165 viviendas.
Con piso de tierra	: 111 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 165 viviendas.
Corregimiento El Alto	: 319 viviendas.
Sin agua potable	: 319 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 297 viviendas.
Con piso de tierra	: 310 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 318 viviendas.
Corregimiento El Cuay	: 223 viviendas.
Sin agua potable	: 222 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 216 viviendas.
Con piso de tierra	: 222 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 223 viviendas.
Corregimiento el Panatano	: 153 viviendas.
Sin agua potable	: 153 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 105 viviendas.
Con piso de tierra	: 151 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 151 viviendas.
Corregimiento Gatuncito	: 243 viviendas.
Sin agua potable	: 243 viviendas.
Sin servicios sanitarios	: 239 viviendas.
Con piso de tierra	: 239 viviendas.
Sin luz eléctrica	: 243 viviendas.

DATOS GEOGRAFICOS:

Santa Fe es región cafetalera.

Su clima es delicioso, el más fresco y agradable de toda la Provincia.

Sus cumbres desafiantes cuajadas de verdura, sus paisajes inigualables, el rumor peculiar de sus montañas, rumor seco de multitud arbórea, provocado por la inquieta gimnasia del viento a través del follaje profuso, misterioso y oscuro, rumor que produce pavor con alucinaciones o con realismos de tigres y animales fieros, tull-viejas y monas chará en las noches de espesas tinieblas; sus abundantes ríos y quebradas en tumultuosa carrera por peñascos y abis-

mos, bautizando con fecundante humedad las tierras de Urracá; la caballería proverbial de sus moradores, el suelo ubérrimo, sus aguas cristalinas y frías, sus frutas lozanas y dulces, todo, todo hace de Santa Fe un pueblo de atracción singular, un pueblo envidiable, destinado a un venturoso porvenir.



A distancia, el majestuoso Cerro Tute, la más elevada cima de Santa Fe.



Tierras ubérrimas de Santa Fe. Al fondo yergue su cresta el cerro Tute.

CERROS Y COLINAS:

Es aquí en Santa Fe donde la Cordillera levanta con más garbo su penacho de altura dentro del área veraguense, donde viste su túnica de encanto con más elegancia, túnica de perenne fiesta con la gala de sus naturales maravillas y es aquí donde el turista y el santaferense mira severa y desafiante, con severidades de majestuoso desafío en confusiones multicolores y agrestes tonalidades.

En ningún otro distrito de Veraguas ni en otras provincias, exceptuando la de Chiriquí, la cordillera luce más imponente, más bella y más rica que en Santa Fe.

El TUTE que es la más elevada cumbre del distrito y la segunda en toda la provincia, es mudo vigía de Santa Fe.

Ese TUTE enhiesto y soberbio ha sabido de luchas fraticidas en la revolución de los Mil Días y de hombres valientes que supieron enfrentarse con coraje al tigre montañoso, a las serpientes venenosas o a los machos de monte que esconde la maraña no hollada de sus faldas tupidas de coposos follajes de verdor oscuro o de otras cimas que desde su atalaya pueden avizorarse como: Cerro Sapo, Cerro Narices, la Montaña del Pajarito y Alto del Palmar.

Al Norte de Santa Fe está Chilagre, región de indiscutible porvenir, cuyas tierras exhuberantes constituirán en un futuro no lejano, cuando se construya esa carretera que tanto necesita Santa Fe y que tanto necesitan las tierras altas del Istmo que bien podríamos llamar, tierras de promisión, la redención de Veraguas, una verdadera fuente de grandeza agrícola y ganadera.

Al Norte de Santa Fe igualmente existen las ricas minas de oro de Veraguas, minas éstas que dieron nombre y prestigio a Concepción y despertaron ambiciones desmedidas a numerosos extranjeros y panameños que vieron en estos filones el medio de resolver sus problemas económicos.

Viven también en la región Norte de Santa Fe los indios de Calovébora, dedicados a variadas actividades y que salen cargados con motetes, con chácaras o cañizos a vender sus productos a los pueblos de Veraguas o a la costa Atlántica donde son transportados en cayucos o en lanchas de motor a la ciudad de Colón.

El indio de Calovébora que va desapareciendo poco a poco, vende generalmente: chácaras, sombreros, redes, chinchorros, caraña, chirri-chirri, mariscos disecados, etc.

Cocuyo es otra región famosa del Norte de Santa Fe porque esconde en sus entrañas ricos filones de oro que fueron en cierto tiempo explotados por una Compañía Inglesa, la Panama Corporation de donde extrajo grandes cantidades del áureo metal.

En tiempos de la Panama Corporation, Compañía que se dedicó a sacar oro de las diferentes regiones poseedoras del codiciado metal en Veraguas, Cocuyo adquirió una gran importancia como la adquirió Concepción allá por los años comprendidos entre 1559 y 1589 cuando se descubrieron las zonas auríferas de Turlurí.

El transporte de víveres, herramientas, máquinas y artículos comerciales se hacía en recuas de mulas y caballos y numerosos hombres acudieron a ese manantial de riqueza afrontando dificultades, en busca de trabajo.

Para ir a Cocuyo o a Calovébora o a la costa Atlántica hay que pasar por la famosa loma de Baltazar, larga y escarpada e importante porque en ella nace el caudaloso río Santa María.

EXTENSION:

Santa Fe posee costas en el mar Caribe.

Es el más extenso de los once (11) distritos de Veraguas. Tiene actualmente una extensión de 2.050 kilómetros cuadrados.

RIOS Y QUEBRADAS:

Los de la vertiente del Caribe son inferiores en número a los de la del Pacífico pero ambos tipos influyeron visible y prácticamente al desarrollo y ubicación de la población del distrito desde los tiempos de la colonización.

El oro de placer que, gracias al poder erosivo de sus aguas se acumulaba por todas sus orillas, transformaron los ríos Concepción,

Belén, Caimito y otros en sitios integradores de pequeñas comunidades o núcleos tribales que fueron creciendo o fueron desapareciendo a medida que las fuertes crecientes y las grandes lluvias fueron desmineralizando la tierra y sólo permanecieron aquellos poblados que vieron en la agricultura y en la ganadería el mejor medio de subsistencia.

El principal río de Santa Fe que nace en su territorio y le pertenece es el río Santa María en cuyo curso y a poca distancia de la población cabecera se le ha construido un puente.

Este mismo caudaloso río cuenta con otros dos puentes: el puente colgante en el paso de la Culebra cerca de San Francisco y otro enorme puente que anteriormente era también colgante en la carretera central, en la región denominada Divisa y que ahora se ha construido fijo, de doble vía y moderno.

Otros ríos importantes de Santa Fe son: El Mulabá, El Bermejo, Bermejito, El Chilagre, río Lajas, Santiago, río Veraguas, etc.

Todos estos ríos de montaña, de aguas puras, sumamente frías y de corrientes impetuosas presentan bellísimos y envidiables balnearios.

Balnearios de los santafereños y de los visitantes son los charcos del Santa María que corre a corta distancia del pueblo, los charcos del Mulabá, los de Quebrada Muelas en la misma población.

Conviene advertir como medida de precaución que los ríos de Santa Fe crecen sin ensuciar o enturbiar sus aguas. Estas se mantienen cristalinas dando la impresión de completa normalidad.

Muchas personas han sido víctimas de la traición de sus crecientes, pereciendo por inmersión al cruzarlo a lomo de bestia o al vado.

CLIMA:

El clima de Santa Fe es su principal motivo de atracción.

Ningún pueblo de la provincia tiene un clima tan fresco, tan agradable, tan delicioso como este pueblo escondido en los mágicos rincones de la cordillera baudiana.

Podemos afirmar que Santa Fe es otro Boquete paradisíaco enclavado en la región norte de Veraguas.

PRODUCCION:

Sus tierras feraces adecuadas para cultivos en grandes proporciones sólo esperan el establecimiento de implementos y métodos

modernos de agricultura que reemplacen a los viejos o arcaicos que actualmente se usan.

Santa Fe es región cafetalera y sería una zona de primer orden en el cultivo de este grano si se pusieran en práctica los sistemas de avanzadas agrícolas que una actividad de esta naturaleza requiere.

A pesar de los medios anticuados que se practican actualmente para este cultivo, medios que arruinan y agotan los plantíos, Santa Fe es el distrito de Veraguas que más café produce.

La Provincia de Veraguas ocupa el tercer puesto en la producción de café en toda la República.

Esta producción va en decadencia, pero, es Santa Fe la región que produce la mayor parte de este grano.

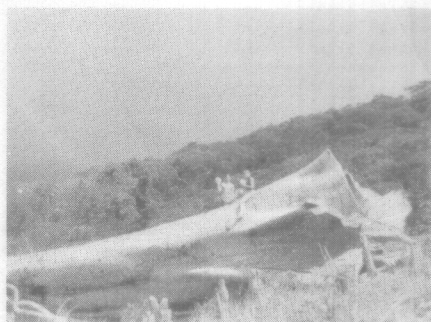
Es de esperarse que la actual administración revolucionaria interesada como está por ofrecer a Veraguas la importancia que le corresponde como provincia del porvenir, dé eficaz protección al cultivo del café introduciendo sistemas nuevos relacionados con la industria cafetalera.

Santa Fe es región admirable en la producción de ricas y jugosas naranjas.

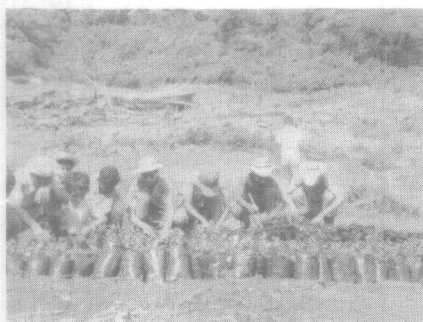
Las naranjas se pierden porque no hay vías de comunicación y se pierden los productos de hortalizas: repollos, tomates, zanahorias, lechugas y remolachas y se pierden los chayotes y las verduras y se pierden las variadas frutas que allí la tierra da con tanta facilidad.

Ni en Chiriquí donde la producción agrícola ha alcanzado proporciones admirables, he visto los repollos y los chayotes que se dan en suelo santafereño.

Las naranjas de Santa Fe sin ser injertadas, rivalizan con las de Boquete en dulzura y abundancia de jugo.



Tronco de uno de los múltiples árboles legendarios que pueblan las selvas santafereñas.



Vivero de la Escuela Alto de la Piedra, en plena selva de la región norte santafereña.

ALGUNOS DATOS HISTORICOS DE SANTA FE:

Sabemos que el litoral Norte de Veraguas región esa donde tierra adentro de la montaña se fundó la población de Santa Fe, fue visitado en 1502 por el Almirante y Descubridor de la América Cristóbal Colón en su cuarto y último viaje al nuevo Continente.

Más tarde, en el año 1509, las expediciones de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa llegaron a las mismas costas veragüenses con propósitos de fundar aquí la primera colonia del Istmo.

La fama que obtuvo Veraguas como región aurífera fue la causa de que fueran numerosas las incursiones que se realizaron, primero, por la parte Norte y más tarde por las tierras bajas en esta importante provincia de la República.

Realizaron estas expediciones, movidos por el interés del oro, entre otros: Diego de Albitez, Juan de Panes, Juan Tellez, Francisco Gordón y otros.

Estas incursiones de extranjeros ambiciosos e inconsiderados, de hombres que sólo venían a obtener oro y más oro sin reparar en medios, obligaron la rebelión de Urracá, el indio valiente y patriota que en el año 1520 inició sus ataques contra los españoles invasores y que durante nueve (9) años se mantuvo inexorable en lucha ejemplar por sacarlos del territorio nacional y afianzar así la libertad y la soberanía en sus propios dominios.

URRACA, SIMBOLO GLORIOSO DE VERAGUAS:

Este indio veragüense rehusó obediencia a los Reyes de España oponiendo resistencia a la dominación española siempre que la ocasión se le presentara, tendiéndole desde los puntos estratégicos que le servían para otear al enemigo, sus inteligentes emboscadas y sus certeros ataques.

Indómito, valiente y arrogante, no escatimó medios ni oportunidades para detener el avance de los españoles, presentándoles batallas y obligándolos a huir desaforadamente por esas tierras que los conquistadores desconocían pero que Urracá y su gente conocían palmo a palmo como dueños que eran de ellas.

En el año 1520, el Licenciado Gaspar de Espinosa salió de Panamá con el fin de combatirlo y dominarlo.

En el Golfo de Montijo a cuyo puerto llegó, se unió a las fuerzas de Francisco Pizarro y allí, los dos jefes expusieron planes, acordaron estrategias e iniciaron la campaña de persecución del Cacique que tanto los hostilizaba.

Urracá los rodeó con sus aguerridas huestes obligándolos a regresar a Montijo donde tuvieron que reembarcar para dirigirse a

la Isla de Cébaco y más tarde a Natá donde Espinosa, después de obtener el debido permiso de Pedrarias, fundó la ciudad de Natá, el día 20 de mayo de 1520.

Urracá no permaneció quieto. Salió de su escondite ubicado en las montañas de Santa Fe, acompañado de miles de sus hombres para cercar a Natá que entonces se encontraba bajo el mando de Francisco Compañón.

Ni Compañón ni Hernando de Soto pudieron avasallar y vencer al Cacique ni acabar con el asedio en que los mantuvo por mucho tiempo.

Fue Francisco Pizarro quien logró después de larga y sangrienta batalla, valiéndose de recursos crueles que no estaban al alcance de los indios, derrotarlos, obligándolos a retirarse hacia la montaña.

Pero, los ataques continuaron.

Convencidos los españoles de que era imposible vencer totalmente a los rebeldes indios capitaneados por el implacable Urracá y animados por otros Caciques como Mulabá, París y Esquegua, recurrieron a la persuasión velada, a la artimaña artera.

Le enviaron mensajes de paz al Cacique, le prometieron admiración y reconocimiento, lo invitaron a visitar Natá para sellar un pacto de amistad y no agresión.

Y el indio autóctono que no sabía de felonías ni de maquinaciones alevés ni de las insinceridades de los que venían a América a establecer pautas de cultura y civilización, dio crédito a esos mensajes falaces, concurriendo, despojado de toda malicia, sin compañeros y sin armas, al lugar de la cita.

Y allí, el cobarde Compañón ordenó su prisión y, cargado de cadenas lo remitió a Nombre de Dios.

Pero el valiente ejemplar de nuestra raza logró en el trayecto, romper las cadenas, logró su libertad y con esa furia del indio que ha sido engañado, que ha sido traicionado, pudo alcanzar nuevamente las montañas veragüenses, dispuesto, con sangre en los ojos a presentar al invasor una lucha despiadada y sin tregua que, duró nueve (9) años, según dice la historia.

Para Veraguas, Urracá es un símbolo, una gloria, una credencial de orgullo.

Urracá representa la pureza de la raza y el origen de una sangre ardiente y tonificante.

Encarna el espíritu de la libertad, de la soberanía y del derecho.

Urracá es el más legítimo baluarte de la democracia.

Urracá es ejemplo de fe y de valor. Es bandera que el veragüense debe empuñar para las causas nobles.

De acuerdo con algunos historiadores, la población de Santa Fe fue fundada en 1557 por el Capitán Francisco Vásquez, Alcalde Mayor de Natá.

El ilustre historiador Doctor Alfredo Castillero Calvo, Catedrático de la Universidad Nacional de Panamá, manifiesta que: "el caudillo, refiriéndose al Capitán Vásquez, eligió las lomas de Urracá para establecer allí el primer núcleo poblador en el año 1558".

Indudablemente, este núcleo poblador ubicado en los predios de Urracá, protegido por "Cerro Nuca del Toro", Cerro Narices y otras estribaciones de la cordillera, fue la población de Santa Fe que, se encuentra en un valle accidentado entre estos cerros y el TUTE, regado por el Gatú, Santa María y el Mulabá.

En la Cabuya, caserío colindante con los predios de Urracá, donde el visitante puede observar aún los muros de piedras que los indios solían construir para su defensa o para sus cementerios, se avizoran los puntos estratégicos que el valiente Cacique había establecido para alertarse del enemigo por escondido que tratase de transitar, caso que sea cierta la aseveración de que allí vivió el indio defensor de la autonomía veragüense.

En aquellas cumbres, me decían los buenos y queridos amigos: Genaro Vernaza, Aníbal Vernaza, Ernesto Hernández y Benjamín Rodríguez, indicando con sus índices la cima del Cerro "Nuca del Toro" se apostaba Urracá con su gente para otear los pasos trillados por donde el enemigo podría sorprenderlos.

En este caso y, de acuerdo con el Doctor Alfredo Castillero, Santa Fe fue fundado en el año 1558.

El descubrimiento de ricos yacimientos de oro en Concepción, población que fue fundada a orillas del río del mismo nombre en la región Norte de Veraguas, comprensión del distrito de Santa Fe, contribuyó a darle nombradía al ya citado poblado y en donde también se encontraron filones de dicho metal.

En las orillas de sus ríos montañosos encontraron los españoles un fácil medio de obtenerlo en los lavaderos de placer.

Santa Fe se constituyó en centro de suma importancia para Veraguas porque desde allí se inició la distribución de colonos para sitios de otras latitudes en donde se levantaron otros caseríos o poblados y porque, la fertilidad de sus tierras permitían abundantes cosechas agrícolas y, el rápido mercadeo de los productos con los buscadores de oro, entusiasmo y llevó a los santaferenses a dedicarse a las faenas de la tierra y también a la ganadería.

Su importancia se hizo aún más destacada al ser considerada, allá por los años finales del siglo XV como sede gubernamental y capital provisional de la Provincia de Veraguas.

Efectivamente, en el año 1630, Santa Fe vino a ser la capital provisional de la Provincia.

En el año 1855, Santa Fe recibió el nombre de "distrito de Herrera", pero, en el año 1863, ocho años después, se le anuló ese nombre de "Herrera" para continuar con el de origen: "Santa Fe".

En el año 1879 se suprimió el distrito de Santa Fe para ser considerada esa región como una aldea de la Provincia de Veraguas.

Ya para esta época, Concepción no era aquel prestigioso o afamado centro de vida económica de Veraguas.

Factores de diversos órdenes intervinieron en la decadencia de Concepción e indirectamente de Santa Fe: natural agotamiento de los lavaderos de placer y del oro de la cordillera, dificultades de acceso, carestía de alimentos, producción agrícola poco halagadora, escasez de la carne, dureza de la selva o de la montaña, cuya tala para fines ganaderos era sumamente lenta, etc.

Todo, todo obligaba a marchitar el apogeo de que gozaron esas regiones auríferas y, a condenar a Santa Fe al olvido de quienes podían brindarle una carretera para el desarrollo de sus actividades agrícolas y ganaderas y para el cómodo transporte de su inagotable producción.

En el año 1890 volvió Santa Fe a ser distrito y a continuar como tal hasta los actuales momentos.

LA CARRETERA DE SANTA FE:

Desde hace muchos años se ha venido implorando una carretera para Santa Fe.

Los propios santaferños han sido incansables en esta justa y muy razonable solicitud.

Y otros pueblos de la provincia, considerando la riqueza de este distrito y su importancia en todos los sentidos, sin egoísmos y sin malas voluntades se han unido a su favor rogando a las administraciones la construcción de esta carretera.

Han pasado los años, han pasado diferentes gobiernos, se han elevado memoriales, se han enviado Comisiones y, Santa Fe, no logró este beneficio.

Fue necesario el movimiento revolucionario del 11 de octubre de 1968, dado inteligentemente por un veragüense valiente y de firmes decisiones, el General de Brigada Omar Torrijos Herrera.

Y ahora que este meritorio veragüense rige los destinos del país, la carretera de Santa Fe ya entró en el rol de las obras positivas de la revolución y pronto, muy pronto será inaugurada.

Y con esa carretera se inicia para Santa Fe la era de progreso que le corresponde y que la miopía de administraciones pasadas no le permitían poner en evidente desarrollo.

Santa Fe, con sus ilimitadas riquezas naturales, como pueblo de indiscutible porvenir, bien merecía una buena vía de comunicación y ya pronto contará con ella.

Con esta carretera, indudablemente el turismo será consecuente. Numerosos panameños y extranjeros acudirán a Santa Fe buscando la agradabilidad de su clima, buscando el regalo a los ojos de sus bellos paisajes, buscando las aguas puras, frías y cristalinas de sus ríos y quebradas, buscando el sabor delicioso de sus naranjas, buscando esa hospitalidad tan llena de sentido humanitario de sus buenos moradores y buscando el rumor armonioso y misterioso de sus majestuosas montañas.

Precisa ahora que, el santaferño empresario olfaté ese futuro prometedor que ya nadie osará detener y se dedique a construir cómodas pensiones para huéspedes, confortables hoteles, presentables establecimientos comerciales de: café, de refrescos, de licores, de billares y otros motivos de placer y recreación.

SANTA FE TIENE YA SU CARRETERA:

El día 22 de enero de 1973 fue inaugurada la carretera de Santa Fe por el Ministro de Obras Públicas Ingeniero Edwin Fábrega y el séquito de funcionarios de la Administración que lo acompañaron.

Y esta obra de envergadura, que costó al gobierno revolucionario varios millones de Balboas, constituye el más valioso aporte de buena voluntad, la huella más perenne y más viva que, veragüense alguno haya podido ofrecer a un pueblo de la Provincia de Veraguas.

Y este veragüense es Omar Torrijos Herrera que ya esculpió en caracteres indelebles su nombre en los corazones de los santaferños de ahora y de los siglos por venir.

CASERIOS:

CORREGIMIENTO DE CONCEPCION: Barrera, Belén, Calovébora, Caloveborita, Cayán, Concepción, Chonte, Chúcaro, Guabal, Guacamaya, Guázaro, Río Bejuco, Soledad.

CORREGIMIENTO CABECERA: Altos del Carmen, Bajos de Higuí, Bajos de San Juan, Banquillo, El Cedro, Cedro Redondo,

Ciruelito, Corotúes, Corral Viejo, El Carmen, El Hatillo, El Sapo, El Tute, Escuchadero, Guásimo, Cuay, La Herradura, La Pandura, La Porcada, Las Lajas, Las Trancas, Los Bajos, Los Hoyos, Los Pardos, Paja Peluda, Santa Fe y Vuelta Larga.

CORREGIMIENTO EL ALTO: El Alto, Bajo Grande, El Gallito, El Gallo, El Hinojal, La Culaca, La Golondrina, La Puente, Palmerito, Piedra de Moler, Piura.

CORREGIMIENTO EL PANTANO: Bermejito, Bermejo, Calabancal, El Guayabito, El Guayabo, El Palmar, El Pantano, Las Lajitas, Narices.

CORREGIMIENTO GATUNCILLO: Alto Corona, Caimito, Cañas Blancas, Cerrillos, El Común o Los Tiburcios, El Gatú, Espavé, Gatuncito, La Montaña, La Ciénaga, La Peña, La Sabaneta, Los Chapos, San Cristóbal, Santa Bárbara, Santa Ana, Valle Alegre, Videncias.

PROGRESOS ALCANZADOS:

Santa Fe a pesar de encontrarse ubicado en el laberinto de estribaciones cordilleranas, en la ladera meridional de esa misma cadena de montañas, en un sitio poblado de bosques y tierras fértiles y, a pesar de su lejanía de los centros civilizados de la provincia, cuenta con una Casa Municipal, un Acueducto Municipal fuera del control del Instituto Nacional de Acueductos y Alcantarillados (I.D.A.A.N.), una Escuela para la enseñanza primaria, una Oficina de Correos y Teléfonos, varias bombas artesianas para proveer de agua potable, un puente sobre el río Santa María, varias residencias confortables.

Este gobierno revolucionario ha dotado a Santa Fe de una excelente carretera asfaltada, varios servicios estatales para el fomento económico, agrícola, vocacional, etc.

En el lugar denominado Alto de Piedra, paraje enclavado en la misma selva, se ha establecido una escuela agrícola que ya está produciendo abundantes y variados productos de hortalizas.

Igualmente, este gobierno revolucionario ha iniciado ya el corte de una carretera hacia el Atlántico y son varios los kilómetros que se han abierto con rumbo hacia la costa norte.

Panamá y sus Estatuas: Calles

IV. LOS BUSTOS EN LAS CALLES

El primer busto que se erigió en esta ciudad de un hombre notable, fue el del General Tomás Herrera, Héroe máximo de nuestra historia, instalado en 1868 en la Plaza de la Independencia, trasladado en 1886 al Cementerio que lleva su nombre y posteriormente llevado a la ciudad de Chitré en 1935.

En 1911 la familia del ingeniero Luciano Napoleón Bonaparte Wise, uno de los constructores del Canal de Panamá, obsequió al Municipio capitalino un busto de bronce del insigne empresario, que fue colocado en el Paseo de las Bóvedas —hoy llamado Paseo Esteban Huertas—, donde se mantuvo hasta 1903, cuando se le trasladó a la Plaza de Francia para que hiciera parte del grupo de ingenieros que rodean el busto del Conde

de Lesseps en el monumento de los zapadores franceses del Canal. Este grupo lo constituyen el Conde de Lesseps, Bonaparte Wise, Reclús, Sosa y Boyer, colaboradores del primero.

Además de éstos, en la misma Plaza de Francia ha sido colocado un busto de bronce de Charles R. Zachrisson, Prócer de la independencia, autorizado por la Ley 40 de 1926.

En la Plaza de la Independencia hay ocho bustos que corresponden a las siguientes personas:

Dr. Manuel Amador Guerrero, Primer Presidente de la República. Ley 49 de 1924. Inaugurado el 12 de junio de 1926.

Don José Agustín Arango, Presidente de la primera Junta de Gobierno Provisional (1903). Ley 49 de 1924. Inaugurado el 12 de junio de 1926.

Don Federico Boyd, Miembro de la Junta de Gobierno Provisional (1903). Ley 49 de 1924. Inaugurado el 12 de junio de 1926.

Don Manuel Espinosa Batista, Miembro de la Junta de Gobierno Provisional (1903). Ley 49 de 1926. Inaugurado el 12 de junio de 1926.

Don Tomás Arias Miembro de la Junta de Gobierno Provisional (1903). Erigido el 3 de noviembre de 1953.

Don Ricardo Arias, Miembro de la Junta Revolucionaria de 1903. Ley 23 de 1937. Inaugurado el 3 de noviembre de 1953.

General Nicanor A. de Obarrío, Miembro de la Junta Revolucionaria de 1903. Ley 45 de 1941. Inaugurado el 2 de noviembre de 1950.

Ingeniero Carlos Constantino Arosemena, Miembro de la Junta Revolucionaria de 1903. Inaugurado el 3 de noviembre de 1953.

— * —

En la Plaza de Santa Ana existen los siguientes bustos:

Dr. Carlos A. Mendoza, Prócer. Ley 9 de 1916. Inaugurado en junio de 1926.

General Domingo Díaz, Prócer. Ley 18 de 1925. Inaugurado en junio de 1926.

Don Pedro A. Díaz, Miembro de la Junta Revolucionaria de 1903. Ley 18 de 1925. Inaugurado en junio de 1926.

Don Francisco Arias Paredes. Escultura de Arboleda. Inaugurada el 21 de enero de 1957.

En la Escuela que lleva su nombre hay otro busto que fue instalado el 13 de diciembre de 1972.

— * —

En la "Plaza Belisario Porras" están los bustos de los próceres cubanos **Martí** y **Maceo**, obsequiados por el Ayuntamiento de La Habana a la Municipalidad de Panamá. El de **José Martí** tiene una leyenda que dice: "José Martí, Apóstol de la independencia cubana, honor de América. La Ciudad de Panamá erige este busto ofrecido por el Ayuntamiento de La Habana". La inscripción de **Antonio Maceo** reza: "Al General Antonio Maceo, brazo de la independencia cubana. Ciudadano ejemplar. La Ciudad de Panamá erige este busto ofrecido por el Ayuntamiento de La Habana".

Al extremo de la Avenida Ecuador, en su unión con la Avenida Balboa, está el busto del **General Eloy Alfaro**, que fue Presidente del Ecuador, erigido el 8 de enero de 1939. Tiene la siguiente leyenda: "La Ciudad de Panamá al ilustre Americano Eloy Alfaro, que en vida fue el eslabón de la amistad ecuatoriano-panameña".

En el campo de la Universidad existe otro busto del mismo personaje, que fue inaugurado el 3 de noviembre de 1951. En su pedestal hay esta sobria inscrip-

ción: **"ELOY ALFARO. 1842-1912"**. Es donación de la familia Alfaro.

— * —

En el campus y edificios de la Universidad hay una serie de bustos de personajes de celebridad mundial, así: frente al edificio principal, donde están la Rectoría y Biblioteca, se erigió el 1 de noviembre de 1953, día de la inauguración de la Ciudad Universitaria, un busto de bronce del Libertador Simón Bolívar, obsequio del Gobierno venezolano. En el pedestal se lee: **"SIMON BOLIVAR, EL LIBERTADOR. 1783-1830"**.

— * —

Frente a la Escuela de Ingeniería está el busto del ingeniero panameño **Pedro J. Sosa**, en cuyo pedestal sólo se leen las siguientes cifras: 1851-1898.

De este distinguido científico panameño existe otro busto frente a la Escuela de su nombre, en la Vía España, cuya leyenda dice: **"Ingeniero Pedro J. Sosa, 1851-1898, Valioso factor en la construcción del Canal de Panamá"**.

— * —

En un pasillo de la Escuela de Medicina hay un busto, donación de un Embajador cubano e inaugurado el 8 de febrero de 1955, del **Dr. Carlos J. Finlay**.

Otro busto del mismo personaje fue instalado el 15 de agosto de 1926 en el campo del Hospital Santo Tomás.

En uno de los patios de la Universidad está el busto de **Ruy Barbosa**, prominente repúblico brasileno. Una placa dice: **"1849-1923. Homenaje del Brasil a la Universidad de Panamá"**.

— * —

En la Biblioteca de la misma Casa de estudios hay el busto de **Horacio Mann**, con una inscripción que dice: **"Presentado en la Universidad de Panamá por el Canal Zone College Club. Mayo 27-1950"**.

— * —

En el pequeño parque que está al costado de la iglesia de San Francisco de la Caleta, cuyo barrio fundó como Presidente de la República, está instalado otro busto del **Presidente Porras**, obra del escultor nacional J.M. Ambulo, en cuya base hay una inscripción que dice: **"El Consejo Municipal de Panamá al ilustre estadista Dr. Belisario Porras, N.º 28 de 1957"**.

Un tercer busto recuerda al insigne estadista, esculpido por el artista Carlos Arboleda, y cuya ejecución autorizó la ley 48 de 1961, en la Gerencia de la Lotería Nacional de Beneficencia.

Una cabeza de bronce del mismo mandatario se halla en la Dirección del Archivo Nacional.

— * —

En la Biblioteca de la Universidad se muestra un busto del **Dr. Justo Arosemena**, cuya inscripción expresa: **"Donado por**

el Excmo. Sr. Paulo G. Hasslocher, Ministro del Brasil. Sep. 25-43. Escultor J.G. Mora Noli”.

— * —

En uno de los jardines de Panamá la Vieja fue erigido el 22 de mayo de 1967 un busto en bronce de la Reina Isabel la Católica, obsequio del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Dos placas colocadas en la base contienen las siguientes inscripciones: “El Instituto Panameño de Cultura Hispánica y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid erigen este monumento a Isabel la Católica, Reina de Castilla, España, quien con su decisión y generosidad hizo posible el descubrimiento por Cristóbal Colón, de un nuevo Mundo. Panamá, Diciembre de 1966”. La otra inscripción reza: “Isabel I, Reina de Castilla y de España, Mujer extraordinaria, magnífica en la más excelsa encarnación de la Hispanidad. Poseía la sencillez solemne que refleja la verdadera grandeza. Para americanos y españoles constituye el más alto símbolo de nuestra estirpe y de nuestra comunidad espiritual en el mundo. Panamá, Enero de 1967”.

— * —

En otro jardín de Panamá la Vieja fue inaugurado el 29 de agosto de 1960 un busto de Don Juan B. Sosa, en cuyo pedestal se lee: “Juan B. Sosa. 1870-1920. Historiador panameño. Fue leal a la Patria y fiel a la Historia”.

Otro busto del mismo escritor se ha instalado en la Escuela que tiene su nombre.

— * —

En el patio de la Escuela María Ossa de Amador, del Parque Lefevre, se ha instalado un busto hecho por el artista Carlos Arboleda, de esa distinguida Prócer, que fue inaugurado el 5 de julio de 1968.

En el edificio donde funciona el Laboratorio de investigación de las enfermedades tropicales, de la Avenida Justo Arosemena, bautizado con el nombre del insigne médico General William C. Gorgas, ha sido colocado un busto de bronce del científico norteamericano, esculpido por el artista Brian A. Baker. Tiene una leyenda que dice: “General William Chramford Gorgas. Donado por Don Baldomero Tarté D., en Diciembre de 1929”.

— * —

Una cabeza de bronce del máximo poeta nacional, Ricardo Miró, ha sido colocada sobre un pedestal en el conocido “Parque Urraca”, que fue rebautizado “Parque Miró”, en el barrio de Bella Vista. En el pedestal se ha grabado esta estrofa de su famoso poema PATRIA:

*“Oh Patria tan pequeña que cabes toda entera
Debajo de la sombra de nuestro pabellón.
Quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
Llevarte por doquiera dentro del corazón”.*

El busto fue inaugurado el 3 de noviembre de 1943 por el Alcalde del Distrito Don Fernando Alegre.

— * —

En otro Parque, en el Barrio del Cangrejo, se ha instalado un busto de **Don Andrés Bello**, filólogo Venezolano. En la base se lee: "**Andrés Bello. Venezuela a Panamá. Noviembre de 1965**". Fue un obsequio del gobierno venezolano a la ciudad.

Por Acuerdo N° 77 de 9 de noviembre de 1965, el Consejo Municipal de Panamá autorizó erigir en la urbanización de Paitilla un busto de bronce de **Don Tomás Gabriel Duque**, ex-Presidente de la República. En el pedestal se inscribió: "**Tomás Gabriel Duque. Homenaje del Municipio de Panamá en reconocimiento de sus virtudes ciudadanas. Acuerdo N° 77 de 9 de noviembre de 1966**". El busto fue inaugurado el 1o. de abril de 1967.

— * —

En la misma barriada de Paitilla, en la Avenida República de China, el Consejo Municipal de la ciudad autorizó la erección de un busto al líder de aquella nación, que fue creador de la República de China en 1911, **General Sun Yat Sen**. Su inauguración fue el 12 de noviembre de 1965. Una inscripción en el pedestal dice: "**Sun Yat Sen. 1866. Nov. 12-1965**".

— * —

En el parque de la Urbanización El Carmen se ha instalado sobre una columna una cara del inmortal mexicano **Benito Juárez**, debajo de la cual hay escrito el siguiente pensamiento del

mismo: "**El respeto al derecho ajeno es la paz. Panamá-México 1967**". Fue inaugurado el 6 de mayo de 1967.

— * —

La colonia hebrea de Panamá hizo erigir en la urbanización El Cangrejo en un triángulo formado por la conjunción de tres calles, una gran cabeza de piedra del sabio judío de fama mundial, **Alberto Einstein**, que pesa una tonelada. El ejecutor fue el artista **Carlos Arboleda**. La inauguración tuvo lugar el 25 de enero de 1968.

En la Avenida Manuel Espinosa B., por iniciativa de la Embajada de Chile y el Instituto Panameño-chileno de Panamá, fue erigido el 21 de enero de 1967, un busto en bronce del **Prócer General Bernardo O'Higgins**. En la cara frontal del pedestal ha sido inscrito "**Bernardo O'Higgins, 1778-1842. Libertador de Chile. Prócer de América**". Al respaldo se lee: "**El Instituto Panameño-chileno de Cultura a la Ciudad de Panamá**".

En la Avenida Federico Boyd, entre la Vía España y la Avenida Bolívar, ha sido erigido el busto del **General José de San Martín**, que ostenta en el pedestal la inscripción: "**MCML. Año del Libertador General San Martín. Homenaje del Municipio de Panamá**". Otras inscripciones existentes en el mismo pedestal dicen: "**El ejército Argentino al pueblo de Panamá**" y "**Al Libertador Gral. José de San Martín. Homenaje de la Escuela Nacio-**

nal de Guerra de la República Argentina. Panamá, Octubre, 1963". "El Libertador General Don José de San Martín. Homenaje de la Nación Argentina en el centenario de su muerte. Panamá, 17 de Agosto de 1953". Año del Libertador San Martín".

— * —

En el vestíbulo de las oficinas de La Lotería Nacional de Beneficencia se inauguró el 21 de agosto de 1957 un busto de Don José Gabriel Duque, fundador de la Lotería, cuya leyenda dice: "José Gabriel Duque 1849-1918, Figura Prócer de nuestra Nacionalidad, insigne Filántropo y Fundador de la Lotería. Agosto 31 de 1957".

En el vestíbulo del Centro Escolar Manuel Amador Guerrero que está en el Relleno de Barraza, hay un busto de este insigne mandatario que fue nuestro primer Presidente; y en la parte exterior del edificio, en un pequeño jardín consagrado al Maestro, fue instalado el 29 de junio de 1969 el busto en bronce de Manuel José Hurtado, en cuyo pedestal hay una placa de mármol con esta inscripción: "Manuel José Hurtado, Padre de la Educación Popular de Panamá, 1821-1887".

Una réplica en yeso del mismo busto está en la Escuela Manuel José Hurtado de la calle 14 Oeste.

— * —

En el jardín que rodea el Colegio San Agustín, en Paitilla,

hay un busto de mármol que representa al Santo Patrono del Colegio, San Agustín. Y en memoria del R. P. Rogelio Bora-soain, Frayle Agustino por muchos años Rector y fundador del Colegio, fue instalado en 1969 un busto con la inscripción: "Al Padre Rogelio B. Graduados de 1968".

— * —

Un busto de mármol de Cristóbal Colón que fue donado al Consejo Municipal de Panamá por el Consejo Administrativo de la ciudad de Génova, Italia, fue instalado por aquél entre las ruinas del antiguo Cabildo de Panamá la Vieja. Tiene en el pedestal las siguientes inscripciones: "Genna Mater Christophori Columbus filli. Ex antiquo litore ad novum adpetentis imaginim urbi Panameñei donavit et dedicavit. Panamá, Calendis apriles MCMLXX". — "Génova Madre a la ciudad de Panamá en recuerdo de su ilustre hijo Cristóforo Colombo. Panamá 1º de Abril de 1970". La inauguración tuvo lugar en esta fecha por un enviado oficial de la ciudad de Génova, el Dr. Carlos Pastorino, Presidente de la Provincia de Génova, en compañía de otros delegados.

— * —

Frente a la Escuela Profesional Isabel Herrera Obaldía hay un busto de la poetisa Amelia Denis de Icaza, que es un obsequio de Don Gervasio García al plantel.

— * —

Asimismo, donación del propio caballero español señor García, es el busto en bronce que representa al Dr. Mateo Iturralde y que está frente a la "Escuela de Artes y Oficios Melchor Lasso de la Vega". En una placa se lee: "YO NO VENDO A MI PATRIA. Mateo Iturralde. Obsequio de Don Gervasio García a la Escuela de Artes y Oficios. 28 de Nov. 1934".

— * —

En el campo del mismo Colegio está el busto, obra de Ambulo, del educador Profesor Melchor Lasso de la Vega, cuyo nombre lleva. En una losa de mármol se han copiado las siguientes estrofas del poeta Miró:

"A Don Melchor Lasso de la Vega.

*"Ni mármoles ni bronce. Tu gloria es más sencilla.
Es la inefable y dulce gloria del sembrador
que prepara la tierra, que arroja la semilla
y la ve lentamente tornarse fruto o flor.*

*"Por eso mientras otros ostentan galardones
como lauros inútiles para su vanidad,
Tú, sobre el hombro firme de tres generaciones
pasarás en silencio a la eternidad.*

RICARDO MIRO,

"Abril 17 de 1925".

— * —

Esculpido por el escultor Lloyd Bertley es el busto del periodista Sidney A. Young, fundador del PANAMA TRIBUNE, que el 19 de mayo de 1968 fue inaugurado en Río Abajo, frente a la Vía España. El homenajeado con este recuerdo, disfrutó de mucho aprecio entre el elemento de color de origen antillano en la ciudad de Panamá.

— * —

En el Aeropuerto de Tocumen, frente a la pista de aterrizaje se ha erigido un busto a Marcos A. Gelabert, pionero de la navegación aérea nacional, quien tuvo una muerte trágica.

— * —

En el antiguo Hospicio de Huérfanos, hoy Instituto Técnico Don Bosco, existe un busto de mármol de Don Nicanor de Obarrio, gran benefactor de la institución educativa.

— * —

El 1º de diciembre de 1971 se instaló un busto del Profesor Fermín Naudeau en el colegio que lleva su nombre, como recuerdo a su labor educativa en la Cátedra.

— * —

Un busto del Maestro José Ma. Torrijos, viejo educador, fue inaugurado en la Escuela que en la Ciudad Radial lleva su nombre, el 20 de diciembre de 1972.

— * —

En el Distrito de San Miguelito, cruce de las Avenidas Bolívar y Ricardo J. Alfaro, se ha instalado un busto del General Victoriano Lorenzo, cuya inauguración, el 15 de mayo de 1973, estuvo encomendada al Dr. Rómulo Escobar Bethancourt, Rector de la Universidad. El artista que lo esculpió fue Juan Delgado, ecuatoriano.

— * —

En julio de 1964 se inauguró en los Talleres del diario EL PANAMA AMERICA un busto de

bronce del **Dr. Harmodio Arias**, ex-Presidente de la República, dueño y Director del periódico, esculpido por el artista Carlos Arboleda. Ahora ese busto está en el Museo Nacional.

En la Biblioteca de la "Escuela Profesional Isabel Herrera O.", se exhibe una cabeza de bronce del **Dr. Octavio Méndez Pereira**, fundador, con el Presidente Belisario Porras, como Secretario de Instrucción Pública, de dicho plantel de educación.

— * —

El 26 de octubre de 1973 fue inaugurado en el Colegio José Dolores Moscote un busto de este distinguido educador, obra del escultor nacional J.G. Mora Noli.

Otro busto de este prominente jurista, que fue el primer Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Política de la Universidad, fue inaugurado el 4 de diciembre de 1973 en esta alta Casa de estudios, por iniciativa de la Agrupación Juventud Nacionalista de la Universidad de Panamá.

Figuras del Proscenio:
Rogelio Sinán

Pocas veces se mantiene sólido el hilo de una amistad a través de los años, como el que me une a Rogelio Sinán. Podría escribir una biografía sobre él: No una narración monótona como las que se acostumbraban antes de Maurois, que detallaban hasta el color de los pañales del recién nacido, sino un ensayo destinado a hacer resaltar muchos de sus rasgos personales.

Desde luego su iniciación acaeció en Roma, ciudad donde viví y estudié un poco. La Ciudad Eterna inspiró al Poeta y lo condujo hacia la tendencia vanguardista. Su primer libro *Onda*, fue editado allí.

Una noche, durante una reunión del "Comité Dante Alighieri" que él presidía, expresó Sinán: "Doña Lola fue mi maestra". Yo sabía que aludía a nuestros diálogos romanos, así como a mi expresada creencia

de que antes que un famoso escritor de cuentos, de maravillosos poemas y de novelas, palpita en él la inspiración hacia el Teatro y a la tragedia en especial. No olvido las veces que repetidamente asistió a las proyecciones de la cinta "Las noches de Cabiria", esa creación que contiene todos los elementos del teatro griego; además sus producciones llenas de colorido como "La Cucarachita Mandinga" y muchas otras lo señalan como un creador.

Cuando Rogelio regresó de Europa, trajo a su primera esposa: una muchacha italiana de acabada cultura y ligada a los círculos literarios de Roma. La depositó suavemente en la amplia casona fresca y cómoda de su padre, hombre de holgada posición económica. Sólo a un soñador, a un joven que vivía fuera de la realidad, como Roge-

lio, se le ocurría arrancar una encendida amapola de "El Pincio", para transplantarla en las cálidas y tropicales tierras panameñas. Inmediatamente llegó con ella a mi casa para que conversara en italiano y apreciara su belleza y la calidad de sus conocimientos; tenía unos luminosos ojos verdes que por mucho tiempo obsesionaron a Sinán y entraban en el tema de sus producciones. La llevaba de la mano, con una especie de callada adoración, olvidado por completo de su explosivo temperamento y de la absoluta desadaptación al ambiente. La soñaba diosa, a pesar de que su temperamento apasionado encontraba en ella la respuesta a sus amorosos impulsos. Sin embargo, aquellos diabólicos ojos verdes se clavaban con rabia sobre él, en las horas de sueño, y una noche despertó con el frío de una daga en su pecho: detrás, los relampagueantes ojos verdes clavados también como puñales. Fue una paradójica fusión de amor y delito.

Rogelio frecuentaba mi hogar, y mi esposo lo tenía en gran aprecio. Lo acompañaba casi siempre Herbert de Castro y entre el poeta y el músico había una comprensible aproximación: ambos intentaban revolucionar los círculos artísticos con las nuevas tendencias e idearon una presentación en el Teatro Nacional. Sinán planeó los programas en estilo vanguardista; yo, desde las columnas del Panamá Améri- ca les hacía propaganda; resulta-

do: el público indignado por la incomprensión de los temas, salió airado del recinto. Cuando Ricardo J. Bermúdez llegó de la Universidad de Stanford con su bien ganado diploma de Arquitecto, trajo también bajo el brazo un manojo de poemas suyos de vanguardia; alguien lo aproximó a Sinán y fue éste quien hizo su presentación al público en una forma cálida y entusiasta; desde ese momento, el contacto de los dos altísimos liridos fue permanente. Bermúdez no sólo era el escritor y Poeta de las nuevas tendencias, sino el iniciador de las grandes innovaciones en arquitectura: joven de fibra rebelde. Romántico en sus ideales se incorporó a cierto grupo y mientras él sufrió encarcelamientos y persecuciones, algunos le produjeron una gran decepción. Andando por caminos disímiles su adhesión a Sinán se mantiene tan firme como en su iniciación, y cuando en su linda casa, adornada con objetos de otras épocas, reúne a varios amigos, no olvida descolgar la bocina telefónica para llamar al colega, quien, alguna vez, desmemoriado o embutido en su "cueva" llena de libros, deja a todos con la cuchara suspendida en el aire, por su vana espera.

El Dr. Alejandro Tapia Escobar fue el primer Contralor General de la República en el año de 1931. Sinán que ha recorrido muchísimos países, no conocía entonces París y acuciaba a mi esposo para que le despachara pronto un cheque a que tenía

derecho. Intrigada, le inquirí la causa de esa insistencia: "es que me voy a París" contestó. Ante mi sorpresa, me explicó que aunque se fuera arrebujado en una sábana como Mahatma Gandhi, tenía que conocer la oscura mole de Nuestra Señora de París. "Salúdame a Cuasimodo y a la "Rive Gauche", le dije y recordé la revista en la cual colaboré por algún tiempo.

Una de las más resaltantes cualidades de Rogelio Sinán es el sentimiento de unidad en su familia. Ha logrado agrupar cerca de su residencia propia a algunos hermanos que se comunican constantemente con él, y soporta con infinita paciencia las travesuras de los nietos cuando alguna de las hijas tiene que ausentarse. Disfruta la satisfacción de que sus hijos son profesionales de valía y aun la menor, de su último matrimonio con Berta Cabezas, se graduó en México y desempeña una buena posición. Esa preocupación por los suyos se revela desde su juventud: su libro *Onda*, lleva esta dedicatoria: "y si no a ti, ¿a quién, papá?". Para Rogelio Sinán la mujer que fue su verdadera compañera, es Berta: inteligente, con gran equilibrio mental y emocional, cultiva con ella una amistad tan firme que si su último libro, "*Saloma sin sal o mar*" salió impreso con la pulcritud y belleza que ostenta, se debe a la dedicación de Berta, quien hacía repetir la impresión

de cada página, si encontraba un error por pequeño que fuera. Es admirable el compañerismo entre ellos: se van de fiesta, al cine o sostienen comentarios sobre literatura, ya que ella ha escrito y editado por años una revista de selección.

Quiero cerrar estas líneas que he pergeñado sobre Rogelio Sinán con una anécdota graciosa: en los días que frecuentaba mi hogar, vivía conmigo una linda jovencita, sobrina de mi esposo. Era inteligentísima, dulce, con dientes tan perfectos que parecía difícil que estuvieran tan bien alineados en su pequeña boca; cursaba el segundo año en la Escuela Normal que dirigía entonces Doña Esther Neira de Calvo y pasaba sus vacaciones con sus padres en Aguadulce. Una tarde, sonó el teléfono y al alzar la bocina, percibí la voz de Rogelio: "Es Virginia". Yo, fingiendo le dije: "Sí, Virginia". La voz del poeta se hizo emocionada para expresar los más encendidos requerimientos de amor: "te amo Virginia y me es imposible decírtelo personalmente, porque siempre está presente doña Lola". Muchos años más tarde, le referí la anécdota a Rogelio, quien rió largamente de mi broma; pero percibí como el temblor de un sollozo cuando le dije que Virginia, joven y bella, de resplandecientes virtudes, había dejado esta vida cuando aún palpitaban esperanzas en su generoso corazón.

RELACIONES ENTRE PANAMA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Berty Bissac

Félix C. Delgado

Everardo Bósquez De León

Alfredo Castillero Calvo

Jorge El Manigal

Donato José Sánchez

Marcel Salas

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

Reynaldo Solís

BIBLIOTECA NUEVO PANAMA

MINISTERIO DE EDUCACION

PANAMA, R.P.

Este libro reúne los textos de las conferencias pronunciadas en el *Primer Seminario Nacional de Historia de las Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos*, acto verificado en la Universidad de Panamá, durante los días transcurridos del 2 de febrero al 2 de marzo de 1973.

Se ha preservado el orden, a través del cual, se expusieron estas conferencias en el desarrollo del mencionado Seminario. Sin embargo, debido a la importancia que tiene la reunión del *Consejo de Seguridad*, para el conocimiento del devenir histórico nuestro, incluye el discurso de inauguración de las sesiones de este organismo, reunido en la ciudad de Panamá, del 15 al 21 de marzo del pasado año, pronunciado por el *General de Brigada Omar Torrijos Herrera*, así

como el discurso de clausura del mismo Consejo de Seguridad, por parte de S.E. *Juan Antonio Tuck*.

Se añade, en forma de anexo, lo que puede considerarse la historia de la cátedra "HISTORIA DE LAS RELACIONES ENTRE PANAMA Y LOS ESTADOS UNIDOS".

Anotamos los temas expuestos en esta obra y sus respectivos autores:

Transitismo y Dependencia: El Caso del Istmo de Panamá, por el Dr. Alfredo Castillero Calvo;

Significado del Istmo de Panamá en la Expansión Europea Durante los Siglos de Dominación Hispana, por el Dr. Alfredo Castillero Calvo;

Significado del Istmo de Panamá en la Expansión Europea Durante los Siglos de Dominación Hispana, por el Lcdo. Everardo Bósquez De León;

Balance y Liquidación de la Dominación Española, por el Dr. Alfredo Castillero Calvo;

Panamá en la Encrucijada Independentista, por el Lcdo. Marcel Salas;

Panamá en la Encrucijada Durante la Primera Mitad del Siglo XIX, por el Lcdo. Everardo Bósquez De León;

Sobre el Artículo XXXV del Tratado Mallarino-Bidlack, por la Lcda. Marcia Rijfkogel;

El Oro de California en la Vida Panameña, por el Dr. Alfredo Castillero Calvo;

Repercusiones del Incidente de la Tajada de Sandía, por la Prof. Dalva Acuña de Molina;

Las Rivalidades por la Ruta en la Segunda Mitad del Siglo XIX, por el Lcdo. Everardo Bósquez De León;

Presencias Imperialistas y Dependencia Istmica en la Segunda Mitad del Siglo XIX, por el Dr. Omar Jaén Suárez;

El Imperialismo Norteamericano, por la Dra. Judith M. de Salamín;

La Independencia de Panamá de Colombia —Sobre el Problema Nacional Hispanoamericano—, por el Dr. Ricaurte Soler;

Las Luchas Reivindicatorias Panameñas, por el Lcdo. Félix E. Bolaños R.;

El Canal de Panamá: su Operación y Defensa Durante la Segunda Guerra Mundial, por el Lcdo. Boris Blanco;

El Tratado Remón-Eisenhower, por el Dr. Humberto E. Ricord;

Las Actuales Negociaciones Sobre el Canal de Panamá, por el Dr. Jorge E. Illueca.

El libro RELACIONES ENTRE PANAMA Y LOS ESTADOS UNIDOS corresponde al volumen 3 de la BIBLIOTECA

NUEVO PANAMA, del Ministerio de Educación, dirigida por el profesor Osman Leonel Ferguson.

EN TORNO AL LIBRO DEL PROFESOR CATALINO A. GRAELL

La obra HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE PANAMA — SUS ANTECEDENTES Y SUS CAUSAS (1821-1903), del distinguido Profesor CATALINO ARROCHA GRAELL, ha merecido un número plural de opiniones laudatorias por calificadas autoridades panameñas y extranjeras, por lo que hace pensar si alcanzará su propósito el esfuerzo de este modesto comentario nuestro.

Entre las personalidades autorizadas, que han emitido conceptos de valor sobre este libro, encontramos a Salvador Caldeón Ramírez, Antonio Sánchez de Bustamante, Luis Martínez Delgado, José Dolores Moscote, Guillermo Andreve, Juan Demóstenes Arosemena, Nicolás Victoria Jaén y Enrique Geenzier.

Es interesante el prólogo escrito por el Dr. Octavio Méndez Pereira, en el cual se exponen los méritos de nuestra separación de Colombia, así como la nota introductoria del Lcdo. Víctor Florencio Goytía, que acompaña la presente re-

impresión del libro del profesor Arrocha Graell.

Nos habla del lenguaje ameno y elegante de esta obra de carácter histórico, el profesor Claudio Vásquez V., quien expresa, en un atinado párrafo, que "la medida, claridad y sencillez de su lenguaje, su corrección idiomática, limpieza literaria, el orden lógico y metodológico sostenido con elevada objetividad, ajena a pasión alguna que pudiera desvirtuar la exactitud histórica, respaldada por documentos de primera mano y su análisis de los mismos dentro de las realidades de la época, ponen al conocimiento público su gran interés y ésta es su contribución por enderezar la Historia de la Patria".

El poeta y arquitecto Ricardo J. Bermúdez nos dice que, "a fin de cuentas de lo que se trata es de probar categóricamente, lo cual consigue Arrocha Graell con "reconocible erudición y equidad" que los varios intentos separatistas para lograr la independencia de la confederación de provincias que llegaron a constituir la República de Colombia constituían una inequívoca vocación panameña. He aquí un motivo del cual se podrían escribir páginas enteras enaltecedoras de la gran valía del pensamiento panameño".

Pascal ha dicho —cita Bermúdez—: "No me buscaríais si no me hubieras ya encontrado". Es decir, trae aquí la idea en la similitud de la búsqueda de los

panameños en pueblo. Para buscar como pueblo lo que somos es menester conocer lo que siempre hemos sido. Y añade Ricardo J. Bermúdez que se trata de "descubrir las constantes que acentúan los rasgos de nuestro particular acontecer histórico".

Todo el turbulento siglo XIX de nuestra patria en el panorama americano, ha sido presentado en este libro documento de Don Catalino Arrocha Graell.

Otro concepto interesante e importante que hemos encontrado en el apunte del Arquitecto Bermúdez es el que se refiere a la difusión de este libro: "La difusión del libro de Don Catalino Arrocha Graell constituirá un antídoto eficaz contra las insidias que pretenden presentarnos como un pueblo abúlico, cobarde, cicatero o servil. También resultará un mentís para quienes se esfuercen por hacernos creer que no somos dignos de laborar colectivamente y de acuerdo con el querer mayoritario el sistema institucional que mejor se ajuste a nuestras pretéritas, presentes y futuras luchas independentistas". La historia, en efecto, ha confirmado la verticalidad de nuestro pueblo.

Hay, ciertamente, cabal exactitud en la exposición del profesor Arrocha Graell, luego del minucioso examen histórico del período de 1821 a 1903. Al estudiar lo concerniente al Tratado Mallarino-Bidlack de 1846 se revela el intelectual preocupado

y estudioso que, con claridad meridiana, manifiesta: "No pudo prever la protección moral y material de una nación extranjera para conservar su soberanía en el Istmo, garantizada contra la agresión de potencias extranjeras, aseguraba a los hijos de esta tierra (Panamá), el mismo derecho a solicitar esas fuerzas para alcanzar su independencia necesaria a su progreso, a su bienestar y a su felicidad, y a la realización de hechos transcendentales e imperiosos de la civilización humana".

Al hablar de Justo Arosemena y su obra "El Estado Federal de Panamá", en atinado estudio, conviene con el Dr. Octavio Méndez Pereira, en relación con la idea primera de la genial obra de Arosemena: "Se trata de un estudio histórico-sociológico, realizado desde el más entusiasta punto de vista panameño, con el objeto de descubrir, desde sus primeras manifestaciones, la raíz de nuestra constante aspiración a la independencia".

De inmediato presenta el texto adicional de la Constitución de 1855, así como otros temas:

El Dr. Justo Arosemena, propone en el Congreso de Colombia, la Neutralidad de Panamá; el Istmo Reasume su Soberanía; El Convenio de Colón y la Compañía Francesa del Canal; El Tratado Herran-Hay; La Junta Patriótica Revolucionaria; Llega a New York Mr. Phillip Bunau Varilla, etc. Son algunos de los sucesos importantes analizados por C.A.G. en capítulos objetivamente tratados con abundancia de datos y fuentes de primera mano.

Por estos motivos y los ya expuestos por críticos de reconocido mérito, se hace necesario este libro para todos los panameños, inquietos por conocer nuestra historia patria, pues es un estudio documentado acerca de los antecedentes y las causas de nuestro movimiento emancipador de la metrópoli española.

La obra del profesor Arrocha Graell debe ser utilizada en los Cursos de Historia Patria, tanto en los colegios para estudios magisteriales como en los Liceos.

OSMAN LEONEL FERGUSON

Alfredo Figueroa Navarro

BRUSELAS Y TOCUMEN

BRUSELAS

*Es la mañana pluviosa que ruge.
Es el otoño rojo y amarillo.
Es Carlos quinto a quien coronan en la Plaza Mayor.
Es un insomnio continuo, un sabor de ausencia.
Es un enjambre de excesos barrocos, el
funcional museo neoclásico, Godofredo de Bouillon,
cruzado y rey de Jerusalén.
Es un tranvía impersonal, populoso.
Es Brabante, antigua posesión española.
Es la casa sombría —de la Avenida de la Corona—
donde expiró Puccini en 1924.
Es un rascacielos pimpante que linda con una abadía
del siglo XIII.
Es la eterna juventud universitaria y jovial.
Es Jean-Paul Sartre hablando sobre Viet Nam
y la guerra abominable.
Es un teléfono abandonado, una exposición, la nieve.
Es el tiempo de nuestro asombro.
Es la princesa Paola que pide, a nuestro lado, un helado
para su hija, como cualquier ciudadano común y corriente.
Es una piscina municipal, provista de calefacción.
Es remar en un estanque circular del Bosque de la Cambre.
Es un domingo solitario de 1967.
Es el deslumbramiento de los primitivos flamencos;
la música patética del romántico Vieuxtemps.
Es el astrónomo Quételet quien inventa, aquí, la palabra sociología.
Es un hippie entonando melodías de su California natal.
Es la ansiedad de un turista simplón.
Es un exilado portugués, obrero.
Es una muchacha que hemos olvidado, y que nos olvidó.
Es el ocaso veraniego (que dura hasta las nueve de la noche).
Es, en suma, una parcela de la perplejidad del mundo,
de mi perplejidad, y de la tuya también.*

TOCUMEN

*Para mí, la madrugada tiene que ser dichosa.
Desde el avión anónimo, los hechos humanos se debilitan, no logran
capturar mi atención.
Fatigados viajeros sudamericanos están pensando en la próxima escala.
En rigor, un jet sigue siendo ese lugar indefinido y plurilingüe,
forjado a partir de coincidencias, innumerables reencuentros, pasaportes,
nerviosismo, expectativas, y rutina a quemarropa.*

*Continuamente, el ruido de un motor exige que tengamos en cuenta
nuestra contingencia aérea.
Pese a la música pacífica que escuchamos, la vida, en todo caso, pende
de un hilo estelar, débil, nocturno.*

*Entonces, diviso un claror a lo lejos. Son las cuatro de la mañana.
A través de la ventanilla, voy percibiendo luces harto familiares,
faroles tenues, pero endemoniadamente conocidos.
El ritmo de mi sangre picotea, se apresura, cabalga.
Siento el paisaje, la incipiente topografía de mi ciudad, el oscuro
Mar del Sur, la Bahía de Panamá, durmiente, alguno que otro ómnibus.*

*Retornar es aprender a cambiar.
Practicar las mismas calles de otrora,
las imaginadas esquinas (que uno juzgaba ya inexistentes).
Retornar es hacer uso de una lengua nacional.
Reencontrar la miel tropical de la palabra y la amistad.
Establecer arbitrariedades del tiempo y del destino.
Definir nuevos hábitos.
Integrarse a la patria, hervir bajo su sol de mediodía.
Para mí, esta madrugada tiene que ser dichosa.*

CUENTOS
DE
JOSE MARIA SANCHEZ B.

SUPLEMENTO



SONETO POR JOSE MARIA

"Ante la muerte sólo morirse cabe"

Tristán Solarte.

"If I were king..."

Francois Villon.

*"It matters not how strait the gate
or charged with punishment the scroll,
I am the master of my fate!
I am the captain of my soul!"*

William Ernest Henley

(1849-1903).

*Desgarrada mi voz, enmudecida,
sólo tengo el silencio, la amargura,
tu presencia en la sangre, en la espesura,
la nostalgia en el tiempo retorcida.*

*¡Qué zarpazo en el alma esta partida,
que me arrastra a la angustia más oscura
y me asfixia y consume en la tortura,
por saberte en la sombra sombra y vida--!*

*Se ha evadido tu imagen (tú te has ido);
Tú no vuelves del viaje hacia este predio.
Yo lo sé. Tú lo sabes: no hay remedio,*

*y esta angustia sin nombre definido
sólo tiene un camino, una vereda:
¡Tú en la recta final, por siempre aeda!*

**GUILLERMO LUCIANO SANCHEZ
BERNASCONI.**

ANTE LA TUMBA DE JOSE MARIA SANCHEZ BORBON

palabras de RODRIGO MIRO

Por mandato obligante, para mí honroso, de comunes amigos, vengo a decir las rituales palabras de despedida ahora que cesa la experiencia terrena de José María Sánchez, palabras absolutamente necesarias dada la calidad de su persona.

Desde los días ya remotos de su juventud institutora, José María, quien llegaba de la tierra de promisión de su nativa Bocas del Toro, se mostró discreto y cordial. Pronto sus espléndidas condiciones físicas le ganaron prominente sitio en el deporte estudiantil, y casi en seguida dio pruebas de aficiones literarias que maduraron después en una de las más consistentes, equilibradas y originales creaciones de nuestra literatura de ficción. Se iniciaba entonces una etapa de lo que hoy, con la perspectiva adecuada, empezamos a reconocer como brillante jalón en el proceso de nuestra cultura literaria y artística; etapa que constituye, en su significado mejor, la insurgencia espiritual de la provincia y de los sectores mesocráticos y populares.

A partir de aquellos días, en efecto, José María Sánchez, sus hermanos Olga y Guillermo fueron ofreciéndonos, con palabras y pinceles, una entrañable y profunda versión de su mágico mundo; César A. Candanedo, René Brenes y Eudoro Silvera alzaron la voz de Chiriquí; a Mario Augusto Rodríguez, Mario Riera Pinilla y Carlos Francisco Changmarín tocó decirnos las angustias y esperanzas de Veraguas, lo que hizo a su vez Ramón H. Jurado por Coclé, y aquí en la Capital, Tobías Díaz Blaitry, Guillermo Luciano Sánchez, Stella Sierra, Joaquín Beleño y Fermín Azcárate dieron comienzo a lo que auguraba y luego se confirmó ser una valiosa

cosecha literaria. A esa generación, de la que José María fue siempre unidad descollante, pertenecen también, en el orden de las artes plásticas, Juan Manuel Cedeño y Alfredo Sinclair, y en el campo del pensamiento discursivo inteligencias como las de Raúl Wong, Carlos Manuel Gastcazoro y Hernán Porras, entre otros que escapan en este instante a mi memoria. La sola enumeración de los nombres citados revela la importancia del movimiento que pusieron en marcha.

José María Sánchez fue, además, en su vida de hombre público, profesional del Derecho, economista, diplomático. Funcionario de la Cancillería en lo interno, representó al país luego como Embajador en Argentina y Colombia; y su competencia en economía y finanzas lo puso al frente de instituciones oficiales y privadas de mucha envergadura. Pero la porción de su quehacer que garantiza la perdurabilidad de su nombre está, no cabe duda, en su obra novelesca.

Tres Cuentos (1946), *Shumio-Ara* (1948), *Cuentos de Bocas del Toro* (1973) son los títulos donde se reúne lo mejor de esa obra, un sustantivo capítulo del cuento en Panamá e Hispanoamérica. Así lo entendieron, en efecto, algunos de los más capaces críticos e historiadores de las letras continentales, y por eso cuentos suyos enriquecen más de un repertorio del cuento hispanoamericano, incluyendo los destinados a lectores de otras lenguas. A ese respecto quiero destacar su inclusión en la antología preparada por Juan Liscano, notable poeta y ensayista de Venezuela, para la editorial Seghers, de París, donde sólo se ofrecen textos de veinte autores. Si agrego que entre ellos se cuentan Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges, Miguel Angel Asturias, Eduardo Mallea, Arturo Uslar Pietri, Juan Rulfo, Guimaraes Rosa, se tendrá cabal cuenta de lo que su presencia en ese libro comporta.

Acaso me haya excedido en consideraciones no estrictamente pertinentes. Pero al tratar de poner orden en las reflexiones que suscita el inevitable e inaceptable deceso de José María, a quien me unieron vínculos fraternos, se me aparece en su exacta medida la trascendencia de la generación a que perteneció. Y he creído oportuno dejarlo consignado aquí.

Para sus familiares, para sus amigos no será fácil acostumbrarnos a esta cruel realidad que trunca prematuramente una vida digna de prolongarse en nuevas experiencias y realizaciones. Nos queda, en cambio, la pobre satisfacción de saber su existencia ejemplar, y el auténtico legado de belleza y panameñidad que sus cuentos proclaman.

Panamá, 9 de noviembre de 1973.

NADA

Cuando se asomó a la puerta, la lluvia tendía una cortina espesa sobre el fondo borroso de la lona. Los árboles comenzaban a oscurecer.

Llena de angustia, trató de penetrar la tristeza del paisaje. Cerca, el río brincaba, encabritándose en el recodo. Nada. Sólo, a veces, la sombra fugitiva de un tronco sobre las aguas turbulentas.

De regreso, a la luz del fogón el cuerpo dibujó una figura grotesca. Caminaba con lentitud, meciéndose como hamaca. Se acomodó en la cama haciendo un gesto infantil de miedo.

La voz de la india le hizo volverse, sobresaltada:

— ¡Tonta! No tengas miedo. Yo'a tenío muchos.

Afuera, el rumor de la creciente se metía por todos los rincones de la noche. Los árbo-

les de las orillas se empinaban a la defensiva, templando los cables nudosos de las raíces.

* * *

Con el alba el marido había salido en busca de la comadrona. La dejó con la certidumbre de que el alumbramiento vendría en cualquier momento. Después, llovió torrencialmente y tuvo el primer dolor. Casi cae de rodillas. Un poco asombrada se agarró el vientre, pugnando por ahogar el grito que le hervía desde muy adentro. Aquello pasó pronto. Salió al patio. Al otro lado del río una india lavaba bajo el aguacero. Llamó. La mujer no oía, ensordecida por el ruido parejo de la lluvia. Llamó desesperadamente hasta enronquecer. Fue en vano. Desalentada regresó al rancho y se acostó con las ropas mojadas y los pies llenos de lodo. Casi todo el día

hiló con prisa una plegaria. Tenía los labios hinchados a fuerza de refrenar la mordida de las entrañas. Atardeciendo hizo tregua el aguacero. Volvió a salir. Aún estaba la india lavando. Llamó. La mujer levantó la cabeza. Cruzó el río y subió al rancho. Juntas continuaron repasando la madeja interminable de la oración. No; ella no tenía miedo. Al contrario; se sentía feliz. Solamente quería que el marido estuviera presente a la llegada del hijo.

De pronto escuchó con atención hacia el bajo. El acento bronco del río subía, incontenible, la loma, arrastrándose pesadamente en dirección al rancho. La hendidura de la puerta adelgazó ese sonido amenazador, ese soplo siniestro semejante a una brisa húmeda que, barriendo el piso, subía hasta el jorón y la pared recalentada de cañajira. El fogón, inquieto, estrujaba sombras en la pared.

Un crujido de árbol cambió la queja bronca del río. Se sintió un griterío de piedras que ruedan. Las piedras, locas, salpicaron choques. Los choques saltaron al cuarto, se hundieron en los oídos. ¿Era ella una piedra rodando sobre abismos roncós, o era ella el centro de un choque de peñas y alaridos? Así

rodando, rodando, se descuajaron las caderas. El cuerpo se transformó en un solo, inmenso nervio retorcido. Se hizo más tirante y le llegó, pobrecita, una oleada de sonidos como campanadas. Luego, del sonido quedó solamente el dolor. Del dolor, una carne prieta y rojiza de cholo recién nacido. Lejos, a una distancia inasible, se desvaneció la caravana de piedras que ruedan. Las carnes, cansadas, se apaciguaron. Sobre el techo mordía con rabia el aguacero.

* * *

En la madrugada la puerta se abrió. El hombre, agarrotado por el frío y la fatiga, se acercó a la cama. Habló, y el tono de su voz traslucía pesar, remordimiento:

— María, pobrecita. ¡El río ta creció!

Ella volvió la cabeza y sonrió al ver el gesto de su cara. Fue que se quedó mirando el pequeño bulto que yacía a su lado. Mirándole los ojos, le dijo:

— No fue na'a. Naa'ita.

El viento, madrugador y huracán, rascaba la nuca áspera del cañablancal.

1937.

EL MONTEADOR

Aunque ya estaba un poquito viejo, todo el mundo lo reconocía. Era el mejor monteador de la comarca. En el patio de su rancho, de acuerdo con los meses y las frutas que caían en la montaña, se asoleaban siempre tasajos de zaíno, venado, conejo, macho de monte.

No había nacido por allí. Llegó desde la costa con una muca de ropa al hombro, un machete sin afilar en la mano, y una ignorancia increíble para todo cuanto se relacionara con las faenas cansinas del "chapiador" y el palanquero. Pero no tenía pereza, y era dueño de una abierta sonrisa de costeño que se ganó la simpatía de todos.

Poco a poco se hizo al trabajo del machete, aprendiendo a sobrellevar con paciencia la mordida del sol, la filuda vegetación de los rastrojos, erizadas de espi-

nas y de ortigas. También se hizo botero: transportaba enormes cargas de banano en canoas que desafiaban las correntadas, el río largo, espumoso, semejante a un camino infinito que reverberaba en el sol y el aire, hirviendo de choques y de aguas pulverizadas.

Sin embargo, en lo más profundo de su condición de monteador, escondido entre los pliegues más remotos de su conciencia, había un secreto terrible que pesaba en sus cavilaciones más íntimas, en esos momentos en que, a solas consigo mismo, pensaba, pensaba en los misterios de la vida, del destino. ¡Parecía increíble! Era flojo, de una flojera definitiva que, para su desgracia de monteador, tenía manifestaciones muy raras. El estómago, ese órgano que en el resto del género humano tiene funciones tan vegetativas, tan sencillas, en él tenía la mons-

truosa propiedad de recoger los estímulos del mundo exterior y transformarlos en un molesto proceso de retortijones, urgencias y ansiedades que culminaban en la necesidad inaplazable de expulsar esa angustia interior, recurriendo al natural expediente de desatarse la majagua que oficiaba de cinturón; y, de cuclillas, mirar estúpidamente, con gesto humillado, un punto neutro ubicado a dos o tres cuartas de los pies. ¡Puñetera vida! Para él, el mejor monteador de la comarca, el estómago era, como quien dice... el barómetro de su flojera.

Casi siempre fue así, desde que era chiquillo y vivía en un pueblecito de pescadores. En aquella época, claro, no se detenía a analizar el hecho un poco molesto, un poco inquietante de sentir que cuando una ola demasiado alta amenazaba con hacer zozobrar la canoa; que si un pez grande se pegaba del anzuelo y tiraba con fuerza, un frío de hielo subía desde las piernas y el estómago y daba un vuelco que le ponía ceniza la piel de la cara. A pesar de todo, trató de esconder esa debilidad tan poco en consonancia con las necesidades de la vida y del trabajo en los pueblos de pescadores. Hasta que un día, bañándose con otros muchachos sintió de cerca el remolino de una tintorera que se varó a muy poca distancia de sus piernas. No lo pudo evitar. En medio de las risotadas de los compañeros, se fue para la casa profundamente humillado, cami-

nando entorpecido por un peso de plomo que tiraba la parte posterior de sus pantaloncitos. A partir de ese momento, los muchachos, el poblado todo, comenzó a hacer burla de su defecto. Un día se alejó para siempre de la costa, y llegó a los caseríos de tierra adentro.

Hizo rancho y se buscó una mujer. Cuando los hijos llegaron, encontró que no había manera de satisfacer el apetito de los chiquillos con el solo producto de los miserables jornales. Absolutamente solo, comenzó a meterse en la montaña buscando cacería. De más está decir que eran incontables las veces que recostaba la escopeta a los tucos fornidos e impenetrables. Al amparo de la hojarasca se desataba el cinturón y daba libertad a esa cosa de adentro.

De noche también iba solo y resultaba peor. El retortijón del estómago culminaba ante los hechos más pueriles. Un grito de pájaro, una rama que crujía. Pero, a filo de recia voluntad, desentrañó el misterio de los comederos, de las picas escondidas y, la montaña espléndida, le entregó sus secretos.

Un día, el patrón de una finca cercana lo mandó a llamar. Un tigre asolaba la comarca con sus ruinosas incursiones. No había localidad, por habitada que fuera, que no hubiese sentido en las manadas el atrevimiento del gatazo que mataba casi todos los días terneros, potrillos; que en una memorable ocasión, sacó

del tambo de un rancho una lechona parida y se la llevó a pesar de los tiros que le hizo el amedrentado dueño. Dos o tres días después, el animal dejó, en las cercanías del mismo rancho, su huella ancha de tigre cebado.

El asunto se convirtió, desde luego, en una cuestión de prestigio profesional que habría de mantenerse por encima de las inconveniencias de un estómago demasiado sensible. Además, el patrón ofreció la respetable cantidad de veinte pesos por el cuero del animal. Por otra parte Mandador, un hondureño mal encarado que cometía tropelías entre los indios del Teribe, llegó atraído por la cuantía del premio y ofreció sus servicios de excelente cazador. La presencia del hondureño despertó apasionados comentarios en la gente, y hubo quienes apostaron en favor de uno u otro. En eso se estaba, cuando llegó la noticia esperada. El tigre cazó en un potrero cercano a la montaña. En una arboleda, al lado de una loma, mató a un ternero y le comió el pecho y los intestinos. Todos sabían que el animal regresaría a comer.

Mandador se acercó, y le propuso una cosa muy razonable. La cacería se reduciría a sentarse en un veladero y esperar con paciencia que el animal, hostigado por el hambre, regresara. Dividirían la noche en dos turnos, acomodados en el mismo veladero, y el que tuviera la suerte de tirar al gatazo compartiría el

premio con el otro. El viejo, presionado por las circunstancias, se vio obligado a aceptar la proposición, y exponerse a que el maldito estómago, en presencia del otro, pudiese poner en entredicho su hombría, sus cualidades extraordinarias de monteador.

Rivalizando en detalles que denotaban gran experiencia, acomodaron en la horqueta de un árbol una plataforma de cañabrava. Mandador pretendió amarrar los restos del ternero con una majagua trenzada, pero el viejo se opuso. Arguía Mandador que el bicho, desconfiado por naturaleza, podía coger la presa sin dar tiempo al tiro.

—El plomo camina má— sentenció el viejo.

Temprano en la noche se treparon al veladero, dispuestos a la larga espera, con las lámparas tapadas. A lo lejos distinguían, en el potrero, las pelotas oscuras del ganado, iluminadas por la débil claridad de una luna en cuarto creciente. La montaña, cercana, sacudía sus rumores.

Casi al amanecer, durante el turno del viejo, las hojas del suelo fueron restregadas por un cuerpo que se escurría sigilosamente. Mandador se incorporó en silencio y le dio agua a la lámpara del otro. De golpe, alumbraron el suelo concentrados sobre dos brasas verdes. Detrás de ellas, un cuerpo elástico, levemente moteado de amarillo, esperaba el rugido de la escopeta.

— ¡Déle, viejo!

El disparo cortó la canción de los pájaros nocturnos y se perdió en la montaña. Amanecía rápidamente. En un matorral cercano, el tigre se revolcaba con un quejido bronco, quebrando palos y ramas secas.

Bajaron los dos cazadores del árbol. Antes de ir hacia el tigre, el viejo se volvió con naturalidad a Mandador:

— Vo'a vé si ta cayendo una verbá po'allá, pa vení a matá dispué zajino.

Apenas subió el barranco, corrió, desesperado, desatándose con dedos torpes por la prisa la majagua que le servía de cinturón.

Cuando regresó, el gesto de apuro había desaparecido. Lleno de dignidad se acercó a Mandador. Este, con ademán de conocedor, dijo señalando el tigre:

— Ta bellaco el tiro, viejo. Le metió el plomo en to'o el codillo.

1938.

EL LLANTO DE LA VIBORA

Por el sendero de la montaña resbala la terciopelo. De cuando en cuando reluce bajo el humo plateado de la luna. Hilo de sonido, sombra, miedo, noche, la terciopelo avanza despacio ator-nillando la cabeza ceñuda en la alfombra del hojarascal. El pulmón del bosque respira en el canto de la cigarra.

Un grito muere en la noche. El lomo del silencio, herido, sangra en las hojas y las ramas el eco multiplicado por las hon-donadas. La víbora se inmovi-liza. Poco a poco, infinitamente cuidadosa, se arrolla en la mam-ba de un almendro cimarrón. Levanta, una pulgada más arriba del áspero raízón, su cabeza afi-lada, el dardo de la lengua ras-gando la tensión de sus dos me-tros bellos, terribles.

Regresa la calma, el canto de las cigarras. Sale el animal de su escondite y se mece indeciso en

el sendero. Hay algo, una velada amenaza que flota en las som-bras, y se enciende de inquietud la respiración de la víbora. La noche queda cundida de estalli-dos. Nuevamente un grito parte la noche. Resbala, alejándose, la terciopelo. El padrote de los puercos de monte ha gritado. Probablemente, un tigre vela el sueño de la oscura manada. El sonido de los colmillos entre-chocados acelera la marcha del animal. Bajo esos hocicos de pe-sadilla, dos, tres dentelladas bas-tan para convertirla en una masa sanguinolenta.

Un crujido corta la fuga relu-ciente. En un segundo se trans-forma en una rodaja de mús-culos retorcidos. La cabeza toma un ritmo de péndulo. Luego la apoya en los anillos y se aquie-ta, inmóvil como una piedra. No tarda en sentirse un roce pulido de precauciones. Inesperadamen-

te, a pocos centímetros de su cabeza, se precisa una garra. Con la velocidad del rayo mueve la cabeza, golpea la piel afelpada y se escurre debajo de un tronco. Un gruñido desgarrador la oscurece, y la silueta elástica del tigre surge en un claro de la selva. Luego se aleja trotando, perdiéndose en la espesura. La noche queda trémula con la ferocidad de los puercos de monte.

Cauteloso, el cuerpo de la terciopelo busca el sendero perdido entre las raíces. El terreno baja, se quiebra sobre una pendiente; y el cielo, sin la pantalla del ramaje, se derrumba en la charca encendiendo luceros en la linfa. En la orilla se detiene. Nada mueve la quietud de la luna y de la noche. Solamente la brisa mece con suavidad el agua en los hierbajos de la ribera.

Entra en la charca. Una rana de ojos desorbitados se hunde con un chapuzón en las aguas verdosas. Al ganar la terciopelo la otra orilla, vuelve a sonar el canto del batracio. Hace más lenta su marcha. Bajos llenos de humedad, pitaales rezumantes reparten en tono de sordina el canto idiota de la rana solitaria. La muerte acecha detrás de cada tronco forrado de musgo. La muerte acecha también en las mandíbulas de la bella terciopelo que se desliza centelleando bajo el toque plateado de la luna.

Inicia la ascensión de una pendiente, alejándose de la humedad del bajo. A medio cami-

no se detiene, presa de un malestar que aumenta gradualmente. La pequeña loma crepita con el furor desencadenado de las cigarras. El tronquerío agranda el canto tristísimo, hasta convertirlo en un alarido que vibra enloquecedor en la oscura cavidad del cerebro. La selva, el mundo con un tamaño que supera la loma hasta perderse en la inmensidad de las quebradas y los bajos, asumen un ritmo de gigantesco pulmón. Se sacude furiosa. Levanta su cabeza hasta un metro de altura. Mensajera del terror, silba una cólera de locura tirando mates sobre las hojas batidas por la brisa de la montaña.

Trepa la loma, lanzada en silenciosa carrera, alejándose del canto de las cigarras como un arpón de cañajira. Una náusea violenta se apodera del vientre plateado. Entra el animal en un hueco. El sueño le invade como una caricia. Arrolla sus dos metros estremecidos por el fenómeno angustioso de la digestión.

Un golpe de brisa sacude al monte, y la terciopelo levanta la cabeza airada. A un lado del hueco se cierne un desborde emocionante como si el cielo se vaciara en una lluvia de guijarros. La brisa se extingue, el ruido pierde intensidad. La terciopelo afloja la tensión provocada por el insólito rumor. Afuera golpean, a una distancia cada vez mayor, las menudas frutas del verbá parido, sacudiendo la riqueza de sus ramas en la sombra.

Ese hueco tenebroso, esa ne-grura perfumada por retoños aplastados de platanillo, se enfrenta a visiones de terror y de violencia, al abismo vertiginoso en donde late el sueño temible de las terciopelos. El cuerpo se sumerge en una inmovilidad semejante a la muerte. Sólo adentro, en el vientre estirado por la gigantesca rata poco antes devorada, el infierno de la digestión se verifica bajo la acción corrosiva de los jugos gástricos. Sueña tal vez la terciopelo. Sueña con raíces de un verbá que correspondió a su espera con el regalo de una rata que pasó a dos pies escasos de su cabeza. La escena desfila envuelta en la gelatina amarillenta del sueño. El episodio regresa con claridad, recorriendo, uno por uno, los movimientos perfectos que culminaron en la cacería. Allí está la rata, enseñando los afilados dientecillos en un gesto absurdo de amenaza, nadando en un ambiente de desesperante lentitud, mostrando el lomo blandito en una patética invitación al arponazo de los colmillos. La sangre, espesa, baja del lomo gris del bicho, manchando el suelo cubierto por las frutas del árbol. La víbora se estremece en el sueño. Ha cambiado la escena. Ahora traga el cuerpo voluminoso de la presa. Angustia, terror. Una imposibilidad secreta paraliza los músculos del cuello y el roedor baja despacio, despacito, agitando su desnudo rabo entre los colmillos de la terciopelo. Cae de nuevo el verbá, sacudido por

el viento. La fiera se revuelve irritada. Ha despertado. Los ojos recorren la mamba.

Se despereza dominada por un recuerdo remotísimo, vinculado por una sucesión de extraños temores a un pasado imposible de precisar. Sorprendida, recorre el antro formado por el tronco. Gana fuerza el desasosiego de la terciopelo, como si en el ruido de las frutas que caen hubiese alusión a un hecho monstruoso, anterior a su propia condición animal. Ese hecho surge como una posibilidad oscura y se mueve hacia adelante, en una búsqueda subterránea. Hay, sin embargo, una barrera que rechaza la corriente sombría del recuerdo. Inquieta, mira con fijeza a una hormiga que trepa el raizón. Sigue con atención los movimientos apresurados del insecto que sale al exterior por la boca negra del tronco. A través de la hendidura, la marea del follaje mecido por un soplo de brisa que hincha la selva y sacude el verbá, atrae sus miradas. Esa visión comienza a tranquilizarla. Un vago sentimiento de seguridad, sugerido por el hecho de que vislumbra el follaje y los insectos del monte en plena noche, aleja el estado anterior de temor e incertidumbre. Allí, metida en la cálida guarida, es, confortable y segura, solamente una terciopelo, dos metros de terror en la noche de la selva.

Se siente al verbá llamando desde afuera con un clamor de lluvia. Ahora sí, ahora sí precisa otro recuerdo, sumergido en un

hálito tonificante de ferocidad. Los animales del bosque acuden en manadas a comer las frutas que el árbol riega en el suelo. Con ellos llegan los animales de presa, a desgarrar la carne palpitante de los roedores, armados de zarpas, de colmillos que destilan un zumo paralizante y mortal. Bien pudiese ser que ella llegó, llamada también por la lluvia de las frutillas.

Quizás desde temprano su cuerpo robusto esté agazapado cerca del árbol, en espera de una presa. La víbora sale de la mamba embriagada en el recuerdo tremendo, guardado tanto tiempo en la sucesión de los días, las noches, los años. ¡Eso sucedió! Los detalles se aclaran paulatinamente y los matorrales se desperezan como en la madrugada inolvidable que alumbró el encuentro con ella, la hembra que una vez encendió en su vientre de macho una agonía indescriptible.

Bello recuerdo. La montaña despierta. Sacia la melodía de los pájaros su ansia de amanecida, y el sol gana, en la niebla y las quebradas, la victoria del color. Una larga noche de cacería arrastra el macho frente a un bañadero de puercos salvajes. De la derecha, resbalando desde un caña-blancal, surge una víbora espléndida. Es una hembra y ondula un terciopelo bruñido, metálico. Avanza desafiante y lo mira en la media luz de la madrugada. Se acerca con lentitud encrespando el aliento del macho. Los cerros están ahitos del

regocijo temprano de los tuca-
nes. Al pie de un jujucal, los
cuerpos enlazados encienden
apretones alucinantes sobre la
ventura de los vientres. El nudo,
ceñido, escalofriante, relumbra
en el sol.

Algo inesperado se interpone. La hembra endurece el espinazo y se separa con violencia. Sus pupilas malignas contemplan burlonamente las fauces babeantes del macho. Luego se pierde, rápida como la luz, en el caña-blancal.

En vano buscó en las hojas secas del monte. El cuerpo de la hembra se perdió en el bajerío. Al filo del mediodía, cesó el macho en su búsqueda. Arrollado en la penumbra de un pitaal se adormeció en angustiado sopor.

Dominado por el anhelo infame, avanza hacia el gigante del bosque, arrastrando la tortura de la digestión. De pronto se revuelve asustado. Desde el raizón del verbá un haz deslumbrante avanza hiriendo las pupilas. Atraído por la luz se acerca. Distingue la silueta confusa de un hombre. Lleno de terror precisa, en un segundo infinito, esclarecedor, el recuerdo surgido en el hueco del guayabo cimarrón y trata de huir. Es tarde. El cerebro estalla en un relámpago y la cabeza cae sobre un abismo sin fondo.

Se siente regresar, estremecido de dolor, de un mundo extraño de silencio y de negrura. Algo se mueve a un lado.

Trata de levantar la cabeza sangrante, y alcanza a mover, apenas, su cuerpo descoyuntado. Se siente herido en el costado. No la ve, pero la adivina. ¡Es ella! Le rasguña en el vientre toda su ternura de macho, pero el dolor detiene el movimiento, apenas iniciado. Una angustia desconocida se apodera del animal moribundo que siente veladas las pupilas por una sensación extraña, asociada al recuerdo y al disparo mortal. Lleno de furia, trata de sacudir la cabeza, y de los ojos se desprende un líquido que rueda por el hocico hasta la boca. Es salado. Levanta la mano y se restriega los ojos. ¿La mano? Sí... la mano. ¡Y es la mano derecha! También en la selva hay ahora un ruido chasqueante. Pero no, no es el batir de las mandíbulas de los puercos salvajes, ni el verbá que sacude sus ramas en el viento. Es más denso. Quizás más fino, y

hace realmente frío. El cobertor se ha corrido. Las dos manos tantean en la oscuridad, buscándolo. ¡Dos manos? El cuerpo de la terciopelo hembra se va deshaciendo en la irrealidad y en el rumor de la lluvia que castiga el techo. Además, la almohada es más suave que la hojarasca podrida. Sí, la hojarasca podrida huele a ropa sudada de indio. SUDOR DE INDIO. ¡Exactamente, sudor de indio; y se incorpora sobresaltado en la cama!

El hombre, completamente despierto, abandona el lecho enjugándose las lágrimas que siguen rodando copiosas desde los ojos. Sonríe. Afuera de la casa, la lluvia cae con ruido parejo sobre los rastrojos, sobre la montaña misteriosa que se perfila a lo lejos.

1939.

LA MUERTE DE NICANOR

El relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes pasó por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nucas de la serranía una sola queja: creciente... creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho rumbo a los bancos del río. Allí dejó co-

rrer las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice, miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba la potencia de la correntada que le hacía vibrar las entrañas, como si la caja torácica escondiera un sensible diapasón. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, la falta de vigor de que disponía su pecho flaco incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

— ¡No me quieras tanto que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso, sin embargo, nada pesaba ante el hecho

cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que esa: exceso. Ante aquel todo, excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría y, sobre todo, la vida misma. Si uno estudiara en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del "vivir" de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía; y el desgano, o aún más, el desmajeamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, moviase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorbiera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquinó cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. ¡LO QUERÍA! ¡Dios santo! , la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese engranaje sutil de fervores que

brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesa a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, también una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrin-

cante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos-boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino del rancho lejano en medio de las miradas hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella. Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. ¡Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y de las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaba a contar los truenos. Llo-

vía, llovía torrencialmente. Muy lejos, los caracoles marinos anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegado al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería y, además, un bultito redondo que introdujo en la 'chuspa' de hule. La puerta abierta enseñaba el cielo cruzado de latigazos de fuego. En el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitudes infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma el hombre vació el carburador en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos, como un crujido, apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz reveló a la mujer, incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara mofletuda. Reaccionó, y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del corpachón:

— ¿Onde vas con la noche tan fea?

Tembloroso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió —maldita sonrisa—, y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes, recibió en el bigote un beso blando. Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos. El suelo y las hojas secas se deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la "chuspa", y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente, buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha y se retiró a larga distancia. La culebrita de fuego avanzó hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbré a la úl-

tima pipa de la jornada memorable. Triste madrugada de creciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor se había transfigurado, con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara al subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero ¡oh felicidad impagable! , flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. ¡Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldicienda de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, "crack", un sonido apagado, humildísimo. Succedió lo que nadie podría evitar. La pasión de la amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el rostro sin vida de Nicanor le sonrió a la lluvia.

1939.

UNA ACLARACION NECESARIA

(Primer Premio del Concurso del Cuento de Navidad de "La Estrella de Panamá" – Año de 1948).

(Sobre una idea de Tristán Solarte)

Panamá, 27 de noviembre de 1948

Señor Director de
LA ESTRELLA DE PANAMA
Presente

Señor Director:

Hace dos meses, el prestigioso diario que usted dirige publicó una noticia extraordinaria. Recordará que la información original, llegada por conducto de su corresponsal, apenas si dio mérito a una gacetilla, perdida en una página interior entre las afligentes contingencias de la vida y la política nacionales. Con un titular concebido más o menos en los términos siguientes, decía: "Viejo y meritorio maestro de escuela muere en circuns-

tancias misteriosas". A continuación, se informaba que, en la ciudad de Bocas del Toro, fue encontrado sin vida el señor Aristóbulo Correa. La noticia, sin aventurar comentario alguno, insinuaba la posibilidad de un suicidio al manifestar que el cadáver, completamente desnudo, apareció sumergido en una bañera que contenía agua de mar, y, verdadero detalle espeluznante, rodeado de grandes cantidades de carne de res en estado de putrefacción.

Esta noticia, repito, apresurada y pobremente redactada, pasó inadvertida para la mayoría de los lectores de su diario. Sin embargo, el asunto comenzó a crecer poco a poco en importancia. Primero fue una especie de cronicón folletinesco, escrito en el tono más repulsivo del mundo; en él, su corresponsal pretendía ahondar en las particula-

ridades que rodearon la tragedia. Después, viajeros llegados de tan apartada localidad, hablaron de sucesos y de hechos que terminaron por despertar la curiosidad de los habitantes de esta capital.

Quiero advertirle, señor Director, que no intento criticar la forma en que su diario cotizó, con un criterio auténticamente comercial, las circunstancias muy especiales de la muerte del señor Aristóbulo Correa, viejo y querido amigo mío, ni el hecho de que usted permitiera a sus redactores especular con excesiva crueldad y frecuencia en torno al suicidio de este meritorio servidor público. Simpatizo sinceramente con la tarea del periodista, y sospecho su responsabilidad frente al mundo de los lectores, fauna despiadada, siempre ávida de sensaciones fuertes. Pero deseo referirme, sin embargo, a la actitud tendenciosa de su periódico al traer a colación un suceso lamentable de años atrás, con el que se comprometió el buen nombre de una bella región de nuestra patria. Me refiero al columnista de su diario que rememoró, a raíz de este doloroso incidente, una acusación de necrofagia formulada contra un indio loco. Debe recordar que el infeliz fue traído a la capital, cargado de cadenas; y que un conocido médico forense, con toda la clarividencia que exigía la situación y con el objeto de excitar apetitos incalificables en el pobre hombre, mordió la pantorrilla helada de

un inquilino del necrocomio.

Expreso la esperanza, señor Director, de que usted posea la sensibilidad del caso, a fin de que aleje de su mente la idea de que mi posición es parcial, condicionada por mis sentimientos de nativo. No, señor. Lo único que cuenta en este caso es el prestigio de Bocas del Toro, encantador jalón del paisaje nacional, al mismo tiempo que el triunfo de la verdad. La verdadera verdad sobre la muerte de Aristóbulo Correa.

Digamos, para establecer debidamente el orden de las explicaciones, que yo lo conocía desde los años de mi infancia. De entonces data una corriente de simpatía que, con el tiempo, se transformó en afecto fraternal. A pesar de la notable diferencia de edades, nos sentimos muy cerca el uno del otro. ¡Pobre! Aristóbulo Correa era fundamentalmente bueno, puro y candoroso.

Pero, humano al fin, tenía una debilidad; un vicio si se considera el apasionamiento que gobernaba los hechos que en una u otra forma tenían relación con esa actividad. Había en él, por sobre todas las cosas, un pescador. Domingo a domingo alistaba sus modestos arreos, echaba al agua un bote destartado y se perdía entre las numerosas islas del archipiélago. Poseía una intuición y una habilidad milagrosas para la pesca. Muchas veces lo acompañé en sus incursiones, y con él me ini-

cié en los misterios del arte. En esos momentos, verdaderamente felices, su voz, transformada, adquiría modulaciones de un encanto especial. Su rostro, su triste rostro aguileño y pensativo, reflejaba tal fuerza humana, que el espíritu participaba de un inevitable sentimiento de admiración. Era entonces imagen del hombre todopoderoso, triunfante sobre la fuerza de los elementos.

Pues bien, señor Director, ese inocente placer, ese único lujo que se permitía su carácter ascético, sencillo, fue la causa de su perdición. Estoy en capacidad de hacer semejante afirmación, porque yo tengo la clave del misterio. Cuando aún no me había repuesto de la impresión que me produjo su muerte, recibí una carta suya. Apelando a nuestra vieja y entrañable amistad, depositaba en mis hombros la difícil tarea de vindicar su memoria. Esa carta, verdadero documento de la angustia, reposa en mis manos, y se la transcribo para beneficio de la verdad y de mi bella provincia natal. Conviene terminar para siempre con actitudes mentales que perjudican la realidad nacional. Es ridículo, grotesco, establecer una probable relación entre una circunstancia meramente geográfica como lo es Bocas del Toro en su conjunto, y la manifestación de hechos que, por su naturaleza, escapan a toda clasificación conocida. Por ello, señor Director, transcribo la carta reveladora de Aristóbulo Correa.

Dice así:

“Querido amigo:

Sé que voy a morir antes de que esta carta llegue a tus manos. He pensado largamente en ti, ahora que, viajero sin retorno, busco en la muerte la clave de mi propio destino. Dejo en ti la responsabilidad de transmitir a mis paisanos, al mundo entero, la medida de esta angustia sin precedentes. He tomado esta determinación después de haber torturado mi cerebro por meses y meses, buscándole en vano un sentido o una justificación a mi espantosa tragedia. Quizás la respuesta no sea accesible al mecanismo demasiado elemental del razonamiento. Quizás cuando ya esté muerto, reintegrado al principio de todas las cosas, a los más remotos antecedentes de la vida y la muerte, logre romper el muro impenetrable de este misterio.

Es posible también que mi desaparición confirme los perversos rumores que desde hace tiempo circulan en este pueblo, tan amigo de asombrarse por cosas estúpidas, y que habrán de llegar algún día a tus oídos: que estoy completamente loco; que yo, solterón impenitente, mantengo en cautiverio, en la pobre casa que heredé de mis padres, a cinco o seis mujeres guaimíes, a las que alternativamente prodigo las mayores muestras de ternura y las más refinadas crueldades; que devoro diariamente enormes cantidades de carne cruda; que he caído en las garras de la morfina y de la magia negra.

Esta carta, querido amigo, aspira a vindicarme. Yo sólo pido justicia. Creo tener derecho a invocarla, por los treinta años en que ejercí el magisterio con fervorosa y solícita eficiencia; por haber educado a varias generaciones de mis paisanos, entre los que se cuentan los ciudadanos más meritorios, distinguidos y normales de esta Provincia; por haber sido toda mi vida un hombre virtuoso, ejemplo para la juventud; por haberme mantenido alejado de los vicios y por no haber concebido nunca pasiones violentas o malsanas. Tú sabes, Raimundo, que todos mis pensamientos, mi vida misma, han estado siempre orientados hacia la pequeña escuela, a la que muchas veces miré envejecer y renovarse. También sabes que la única diversión que me he permitido en el trayecto de mi vida sencilla, aparte de alguna que otra aventurilla amorosa, inocente y sujeta a los límites apropiados que señala la profilaxis más razonada y objetiva, ha sido la pesca, elevada por mi disposición y habilidad natural a la altura de un arte. Tú, que tantas veces participaste de ese lícito placer en mi compañía, sabes que no exagero, que yo entré en conocimiento de todos los secretos de la pesca; que, además, cuando se posee suficiente elevación espiritual, ese placer, vinculado de manera cierta a las excelencias del paisaje, deja en el corazón un sedimento de amor por las fuerzas de la naturaleza, armónicamente distribuidas para ser ponderadas

y gozadas por los sentidos del hombre. ¿Quién me iba a decir, Raimundo, que esa inclinación tan pura, a cuyo amable y elevado encanto rendí mis escasos ratos de diversión, terminaría por acarrearle el desprecio de mis conciudadanos? Sé perfectamente que el relato que te voy a hacer habrá de parecerte de dudosa veracidad. Pero juro por Dios, por el recuerdo amado de mi madre, que los hechos que paso a describir, ocurrieron así para mi perdición:

Nada en aquella mañana dominical, nublada y triste como tantas otras, me advirtió del cambio que iba a operarse en mi vida. Nada, ni aun las nubes curiosamente lilas del horizonte, me hicieron diferenciar aquella mañana de las anteriores. En esos momentos, pobre ciego, estaba poseído por la tranquila emoción de la pesca. Pasé, como de costumbre, frente al manglar de Solarte, sin sucumbir al llamado de sus aguas profundas, ricas en peces, en raiceros rumorosos y en conchas aulladas como navajas. Su antro misterioso, que tú has contemplado tantas veces desde lejos, me llena siempre de un sentimiento que linda en el temor. Además, tú sabes que en mi naturaleza nunca ha alentado el espíritu de la aventura, y que siempre he tenido el cuidado de rehuir las situaciones innecesariamente peligrosas. Pues bien: llegué a la altura del islote familiar, eché el ancla y me dispuse a repetir la faena de siempre.

La cosa anduvo despacio. Apenas dos o tres sierritas cayeron en el curso de unas cuatro horas. Un tanto desalentado, me ocupé de mi frugal merienda, cuando un tirón violento estremeció el bote. El peso de la cuerda tuvo la virtud de revivir mi entusiasmo.

Aplicando lo mejor de mi ciencia, cobré con rapidez, temeroso de que la barracuda, muy abundante en esas aguas, me arrebatara la presa. Al llegar al extremo de la cuerda, noté con estupor un cuerpo negruzco, más bien pequeño, que se agitaba débilmente. Francamente intrigado, lo suspendí en el aire para mirarlo mejor. Dos ojos grandes, saltones, inexpresivos como los de un muerto, me contemplaron con fijeza vidriosa. Asombrado, recorrí con la vista su cuerpo deforme, rechoncho como el de un sapo, provisto de una cola que en sus extremos se bifurcaba en —no encuentro descripción mejor— dos penachos de plumas gelatinosas. Por un segundo interminable, largo como una agonía me horrorizó la sensación de reconocerlo, como si su llegada correspondiera a un hecho antiquísimo, perdido en lo más remoto de mis recuerdos. Pero un rápido examen de mi conciencia me tranquilizó. Con profunda repugnancia lo tomé por su cuerpo baboso, con el objeto de extraerle el anzuelo y arrojarlo al mar. Mis esfuerzos resultaron inútiles, pues el maldito se lo había tragado.

¡Cuán fácil hubiese sido terminar con la presencia del animal repulsivo! Un corte rápido con mi afilado cuchillo, y vuelta a la profundidad del océano. Pero no. Todo el mundo está lleno de hábitos incalificables, lastre de estupidez que entorpece el albedrío en los hombres. En semejante trance, tenía que imponerse mi severo sentido de la economía para hacerme pensar en aquel anzuelo, forjado por un herrero en acero de primera calidad, especialmente destinado a resistir la voracidad de las barracudas, sanguinarios animales capaces de partir el anzuelo más eficaz con sorprendente facilidad. Estremecido por el asco, corté la cuerda y deposité el pez en la lata que utilizaba para extraer el agua del bote, queriendo dar oportunidad a que fuera vomitado el precioso anzuelo. La sola idea de aplicar mi navaja a su vientre blando, me llenaba de náuseas. ¿Cómo serían sus entrañas gelatinosas? ¿Cómo el excremento de sus intestinos, elaboración horrenda de una digestión increíble, de pesadilla?

A eso de las cuatro de la tarde, decidí terminar con la faena de ese día aciago. Inútil decirte que no hubo premio para tantas horas perdidas. Nervioso, agitado, los peces pudieron arrebatarme el cebo cuantas veces quisieron. Una esperanza angustiada, irrazonada, de que la lata estuviera vacía, de que tal pez no existía, sino que todo había sido una jugarreta de la imagina-

ción, me poseyó los breves instantes que gasté en llegar a la proa. Pero no; allí estaba el sapo, el pajarraco, el muerto; y, lo que es peor, aún conservaba el anzuelo en sus entrañas.

Cuestión de tiempo, me dije. Lo llevaré a mi casa y de hoy a mañana vomitará el anzuelo. ¡Loco, mil veces loco! Con ese razonamiento absurdo firmé mi propia sentencia de muerte, a pesar de que en realidad estaba dominado por un sentimiento de malestar, y una advertencia vaga me urgía a deshacerme del monstruo.

Llegado a casa, escondí en la cocina la lata con su habitante. Aquella noche dormí con sueño denso, atravesado de símbolos viscosos. Temprano en la mañana, me acerqué a observarlo. Nada. Aún estaba el animal con su trozo de cordel asomando en la boca. Pero un detalle me inquietó sobremanera. Me pareció notar que en el breve espacio de la noche, había aumentado de tamaño. Sus ojos indescriptibles me volvieron a mirar. Turbado, salí para la escuela.

Todo el día estuve poseído del recuerdo de su mirada. Las explicaciones de aquella jornada estuvieron llenas de incoherencias y disparates. Una cosa, una idea tremenda se había adueñado de mi cerebro, provocando una inquietud que en la tarde terminó por hacerme abandonar mis deberes con la intención estúpida de mirar otra vez al monstruo. ¿Cómo estaría? ¿Ha-

bría crecido? Próximo a la lata, me sentí presa de miedo abyecto. No. Gracias a Dios. No había aumentado de tamaño. Comencé a razonar con mayor tranquilidad, hasta sonreír de los temores de ese día. Observé con mayor detenimiento al pez, para convencerme de que era solamente un ser inofensivo, quizás un poco grotesco. Tomando unas migas de pan de la alacena, las eché en la lata. ¿Por qué le di alimento? Sin embargo, esa noche dormí apaciguado, con la esperanza de rescatar el próximo día, junto al anzuelo, el ritmo blando de mi existencia.

Lo que sigue es difícil de describir. Efectivamente, Raimundo, el pez creció durante la noche. Al otro día era tan grande que hubo necesidad de trasladarlo a otro recipiente. Renové el agua de mar y, por primera vez, fui especialmente a una tienda vecina y le compré un pedacito de carne. Desde ese momento, la operación de trasladar el pez a receptáculos cada vez mayores constituyó, día tras día, uno de mis pasos obligados, tanto como el baño matinal o el desayuno de soltero que cada mañana preparaba antes de salir hacia mis deberes docentes. La cosa, dicha con tanta sencillez, no da una idea de lo que en realidad estaba sucediendo. No, Raimundo. Basta con imaginar la sensación que podría producir un chapaleo permanente y ruidoso, saliendo de la bañera, único sitio que ahora podía dar cabida a su cuerpo gigantesco, gravitando

sin cesar sobre el insomnio de la noche. Su vecindad terminó por absorber toda la capacidad de percepción de mis sentidos, y, minuto a minuto, asistía desde mi lecho al proceso incontenible de su crecimiento. Pero el asunto no se limitaba a padecer su horrenda proximidad, sino que comenzó a proyectarse trágicamente sobre mi economía. Yo sé que desde hace tiempo he dejado de pensar con lucidez. Que en previsión a su voracidad, también creciente, he cometido la estupidez de adquirir compromisos que no habré de cumplir, porque mi sueldo y mis ahorros no lo permitirán. Diariamente me veo obligado a comprar enormes cantidades de carne para alimentar al monstruo, y es fácil suponer el gasto que eso representa. El anzuelo y la cuerda que provocaron esta situación grotesca, hace tiempo desaparecieron en su vientre insaciable. Cierta vez, cuando apenas medía una yarda, traté de arrojarlo al mar. Debes recordar que mi casa está situada a un centenar de metros de la playa. Pues bien. Animado por súbita resolución vacié el agua y me eché al hombro el recipiente. Sus coletazos vigorosos me hacían tambalear, mas, pese a mi constitución frágil, logré avanzar con mi cargamento hasta la mitad del trayecto. En esos momentos un grupo de noctámbulos se acercaba. Acobardado, regresé a la casa por temor a la curiosidad de esas gentes, viejos conocidos que siempre han manifestado

hacia mi persona la mejor disposición y simpatía. Ese es el fundamento de mi problema, Raimundo. Poder encontrar una explicación satisfactoria a la presencia, en mi casa, de tan extraordinario animal. Casi sin aliento, busqué un balde de agua de mar y devolví al pez la libertad de sus movimientos. Aunque parezca extraño, el prolongado tiempo en que permaneció fuera de su elemento natural, no pareció afectarlo en nada.

Bucno, hace dos días que el maldito ha dejado de comer. La carne se amontona en la bañera, sin que manifieste el menor interés por lo que desde hace dos meses constituye su alimento habitual. Anoche desperté sobresaltado, con la sensación desagradable de que alguien me estaba mirando. Tú sabes que mi alcoba está situada al lado del cuarto de baño, y que, desde mi lecho, puede distinguirse casi la mitad de la bañera. Procurando hacer el menor ruido posible, manipulé el conmutador de la luz y lo sorprendí en actitud aterradora. Descansando en el borde blanco de la bañera, me miraba con su boca entreabierta. Lentamente resbaló hacia el fondo, ocultándose a mi vista.

Desde anoche, pues, tengo la clave de la presencia del monstruo. El final se acerca. Estoy demasiado agotado para seguir luchando, a pesar de que me duele en lo hondo este epílogo humillante, esta muerte sin posibles antecedentes en la historia

de la humanidad. Pero sé que tiene que ser así; que habré de perecer víctima de su voracidad; que yo nací bajo el signo de una maldición. Tal vez el monstruo, una vez consumada su misión repugnante, abandone una noche mi bañera, resbale por las calles solitarias y regrese a la profundidad del océano.

Esta tarde, después de vencer las reticencias del boticario, me he procurado una dosis masiva de estricnina. Antes de someterme al imperativo de esta fatalidad, impregnaré minuciosamente mi cuerpo del veneno mortal, y, después de ingerir la mayor cantidad posible, dejaré que el animal se cebe con mi cuerpo. Hay demasiado maestro, demasiado inocente pescador en el mundo, y estas cosas horrendas no deben repetirse.

Adiós, querido amigo.

(fdo.) ARISTOBULO CORREA.

* * *

Hasta aquí, señor Director, la carta de él. Unos días después de recibida, tuve necesidad de efectuar un viaje a Bocas del Toro. Ya podrá imaginar el interés que desplegué, tan pronto estuve en el teatro de los acontecimientos, por penetrar en el misterio. Pero no fue sino más tarde, cuando ya había decidido mi regreso a la capital que descubrí de manera casual, en conversación sostenida con uno de los funcionarios judiciales que

intervinieron en la investigación, el indicio revelador. Después de pensar en todo aquello, he llegado a la conclusión de que pasó inadvertido en la actuación judicial, e incluso para su correspondiente, en razón de la afición de Aristóbulo Correa por la pesca, conocida de todos. Pero el funcionario a que aludo aseguro que, debajo del cadáver del infortunado maestro, fue encontrado el pequeño esqueleto de un pez.

Creo haber cumplido con la tarea sagrada de vindicar la memoria de Aristóbulo Correa. El hallazgo del esqueleto, desvirtúa por completo los rumores perversos que circularon a raíz de su muerte, así como la probable existencia de un peligro enorme, entrañado en las particularidades de Bocas del Toro, bello rincón nacional que usted debiera conocer. Es fácil imaginarlo todo. En el fondo de esta tragedia hubo, nada más, una afición desmedida por la pesca y un pez diferente.

Para terminar, apelo a su honradez profesional, a fin de que instruya a sus redactores en el sentido de que esta aclaración obligante y necesaria, goce de la prominencia que amparó las publicaciones realacionadas con la muerte de este distinguido ciudadano.

No estimo oportuno fundamentar la solicitud con cita de las disposiciones legales pertinentes, relativas a la responsabilidad de la prensa por razón de

la emisión de juicios temerarios, encaminados a lesionar la reputación de los asociados. Por encima de toda consideración, es este un caso de conciencia. La conducta de los hombres está condicionada a menudo por contingencias ineluctables, a cuyo imperio parece toda voluntad o razonamiento. Por eso conviene evitar enjuiciamientos prematuros, a fin de no incurrir en injusticias que después se lamentan. Además de que eso es fundamentalmente decente,

guarda relación con el más elemental instinto de conservación, porque, señor Director, nadie está exento de caer en situaciones desagradables. En este mundo ocurren cosas muy extrañas. Cualquier día, dentro de un mes o de treinta años, usted, yo, o cualquier hijo de Dios, puede sacar del mar un pez que no se parece a los otros.

Del señor Director, con toda consideración,

RAIMUNDO LULIO.

Planes de Sorteo

**PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES
A PARTIR DEL SORTEO N° 2860 QUE SE CELEBRARA
EL DOMINGO 16 DE DICIEMBRE DE 1973
EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D y E**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	TOTAL...		<u><u>B/.510,450.00</u></u>

Precio de un Billete Entero	B/.	82.50
Precio de una Fracción		0.55
Valor de la Emisión		825,000.00
Emisión Actual		660,000.00
Aumento en Emisión		165,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS DOMINGOS DE
ENERO DE 1974**

SORTEOS	Nº	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Enero 6	2863	7541	3060	4713
Enero 13	2864	9579	9943	8130
Enero 20	2865	4002	8486	7621
Enero 27	2866	0690	7190	3403

**PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS
A PARTIR DEL SORTEO N° 372 QUE SE CELEBRARA
EL MIERCOLES 19 DE DICIEMBRE DE 1973
EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F**

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero B/.49.50
 Precio de Una Fracción 0.55
 Valor de la Emisión 495,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA LOS MIERCOLES DE
ENERO DE 1974**

SORTEOS	Nº	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Enero 3	322	6019	2447	6797
Enero 10	323	2698	2497	0044
Enero 17	324	0907	2589	0979
Enero 24	325	9674	0313	4195
Enero 31	326	4256	3323	6226

**PLAN DEL SORTEO EXTRAORDINARIO No. 2878 DE
ABRIL DE 1974
EL BILLETE ENTERO COMPRENDE 15 FRACCIONES
A B/.1.10 CADA FRACCION**

PREMIOS MAYORES

		Fracción	Billete Entero	Total Premios
1	PREMIO MAYOR	B/.10,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1	SEGUNDO PREMIO	4,000.00	60,000.00	60,000.00
1	TERCER PREMIO	1,500.00	22,500.00	22,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

9	Premios—Cuatro Primeras Cifras	500.00	7,500.00	67,500.00
9	Premios—Cuatro Ultimas Cifras	500.00	7,500.00	67,500.00
90	Premios—Tres Primeras Cifras	50.00	750.00	67,500.00
90	Premios—Tres Ultimas Cifras	50.00	750.00	67,500.00
900	Premios—Dos Primeras Cifras	2.00	30.00	27,000.00
900	Premios—Dos Ultimas Cifras	2.00	30.00	27,000.00
9,000	Premios—Ultima Cifra	1.10	16.50	148,500.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

9	Premios—Cuatro Primeras Cifras	300.00	4,500.00	40,500.00
9	Premios—Cuatro Ultimas Cifras	300.00	4,500.00	40,500.00
90	Premios—Tres Primeras Cifras	15.00	225.00	20,250.00
90	Premios—Tres Ultimas Cifras	15.00	225.00	20,250.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

9	Premios—Cuatro Primeras Cifras	200.00	3,000.00	27,000.00
9	Premios—Cuatro Ultimas Cifras	200.00	3,000.00	27,000.00
90	Premios—Tres Primeras Cifras	10.00	150.00	13,500.00
90	Premios—Tres Ultimas Cifras	10.00	150.00	13,500.00
<u>11,397</u>	PREMIOS			<u>B/.907,500.00</u>

Emisión 100,000 billetes
 Precio de un Billete entero B/.16.50
 Precio de Un décimo quinto o fracción . . B/. 1.10